



UNIVERSITÀ
DEGLI STUDI
DI PADOVA

Università degli Studi di Padova
Facoltà di Lettere e Filosofia
Facoltà di Scienze Politiche
Dipartimento di Romanistica

Corso di Laurea Magistrale in
Lingue Moderne per la Comunicazione e la Cooperazione Internazionale
Classe LM-38

Tesi di Laurea

***La guerra civil española
en la prosa de Manuel Chaves Nogales
Propuestas de traducción***

Relatore
Prof.ssa Donatella Pini

Laureanda
Luciana Febbrari
n° matr.606966 / LMLCC

Anno 2010/2011

Índice

Introducción	4
Capítulo I <i>Perfil bio-bibliográfico de Manuel Chaves Nogales</i>	
1.1 La etapa andaluza	10
1.2 La etapa madrileña	14
1.3 La salida al exilio	18
1.4 Última etapa: Londres	20
1.5 <i>A sangre y fuego</i> : la guerra civil desde la perspectiva de un intelectual liberal	22
1.6 Origen, ediciones y publicaciones de la obra	24
Capítulo II <i>Propuestas de traducción</i>	
2.1 Al massacro! Al massacro!	27
2.2 E in lontananza una piccola luce	48
2.3 Le gesta dei cavallari	67
2.4 La colonna di ferro	87
2.5 I guerrieri marocchini	106
Capítulo III <i>Análisis lingüístico de la obra y de la traducción</i>	
3.1 A sangre y fuego: una mirada personal sobre la realidad de la guerra	123
3.2 La lengua de la inmediatez	126
3.3 La descripción entre instantáneas y esbozos de la realidad	131
3.4 El imaginario simbólico de los lugares	134
3.5 El lenguaje poético de las metáforas	137
3.6 La sintaxis	141

Capítulo IV	<i>Héroes, bestias y mártires de España: los personajes y los temas</i>	
4.1	La estructura de la obra	146
4.2	la ceguera del hombre ante el sectarismo de la contienda	147
4.3	La retórica de los bandos entre mentira y farsa	151
4.4	El triunfo de la violencia sobre los ideales	154
4.5	La libertad de elección humana	156
4.6	Conciencia moral, cobardía y culpa	161
4.7	La lucha entre la conciencia individual y la conciencia revolucionaria	163
4.8	La guerra “incivil” : el triunfo de la barbarie sobre la civilización	166
4.9	La incomunicación y la indiferencia como metáfora de la destrucción de las relaciones humanas	169
4.10	La primacía del instinto y de la necesidad frente a la guerra	172
4.11	La defensa de lo humano	175
	Bibliografía	177

Introducción

Antes de presentar el argumento y la estructura de mi tesis, me gustaría hablar de las circunstancias que me han llevado a emprender este tipo de trabajo, ya que la idea surgió precisamente en la tierra donde nació el mismo autor que voy a presentar en las próximas páginas. A este propósito, si me pongo a pensar en la primera vez en que me encontré con el nombre de Manuel Chaves Nogales, mis pensamientos empiezan a andar por las calles soleadas de la que para mí es la ciudad más bonita del mundo, uno de los lugares que más encierra las tradiciones y las costumbres de un país, el corazón de una tierra seca en su paisaje, pero extremadamente fecunda y rica en sus aportaciones históricas y artísticas. Me refiero a Andalucía y a su capital: Sevilla. Es en esta ciudad, donde tuve la posibilidad de vivir y estudiar durante unos meses, cuando ví por primera vez el nombre de este autor que titulaba una calle colocada muy cerca de la donde vivía yo. De allí, al principio por mera curiosidad, empecé a preguntar por su figura y lo que supieron decirme fue bastante para que su nombre llamase aún más mi atención. Periodista y escritor durante la segunda República, conoció de primera mano el dramático estallido de la Guerra Civil española y murió después de haber vivido una de las etapas más convulsas y trágicas de la historia de su país y de Europa. Fue así, casi por casualidad, como me acerqué a la figura de ese intelectual. Luego, impresionada por la belleza de uno de los relatos incluidos en la antología de narraciones sobre la Guerra Civil de Ignacio Martínez de Pisón ¹, descubrí que el autor era el mismo Chaves Nogales y que el relato había sido extraído de la obra *A sangre y fuego*. Fui a buscarla, la leí, me gustó y volví a leerla hasta convencerme de que podía ser el objeto de mi tesis.

Lo que quería hacer era un trabajo de traducción y el hecho de que la obra contase con nueve relatos de unas veinticinco páginas cada uno, me permitió elegir cinco de ellos sin que la obra resultase cortada como pasaría por ejemplo con la traducción de

¹ Me refiero al relato *La gesta de los caballistas* incluido en *Partes de guerra*, RBA libros, Barcelona, 2008.

una parte de una novela. Es más, otra circunstancia me ha empujado a elegir precisamente *A sangre y fuego*. El nombre de su autor, como el de muchos otros que habían sido censurados durante la larga etapa de la dictadura franquista, parecía haber sido completamente olvidado. No me refiero sólo a las pocas traducciones de la obra original a otros idiomas, sino sobre todo al hecho de que también en los manuales de literatura española hay un impresionante silencio sobre la figura de Chaves y sobre sus relatos de guerra. Andrés Trapiello es sin duda uno de los pocos críticos que ha sabido reconocer la belleza de la prosa de *A sangre y fuego* y la genialidad de su autor y es él mismo que, denunciando esa forma de ostracismo que le tocó a Chaves al igual que a otros intelectuales, dijo:

En cuanto a Chaves ni siquiera figura en los diccionarios de literatura, quizás porque lo tengan por periodista. Lo fue, sin duda, pero el nervio de su escritura y un talento ilimitado tendrían que haberle llevado ya por lo menos al gallinero del Parnaso, como el excelente escritor que fue. Si sale ahora el proscenio de estas páginas, es de la mano de un libro suyo en verdad excepcional, tal vez, de cuantos haya leído uno sobre la guerra española, el más sorprendente de todos. (Trapiello, 2002 : 131)

Tras haber leído las narraciones de *A sangre y fuego* nos damos cuenta del profundo sentido que tienen las palabras de Trapiello y sentimos una rara amargura al pensar en la escasa suerte que le tocó a la obra, puesto que no ha vuelto a ser considerada sino en esta última década. La verdad es que es una gran lástima cuando no se reconoce a una obra el valor literario que merecería, sobre todo si se trata de una pieza que, como la de Chaves, testimonia con gran lucidez el drama que vivió el pueblo español entre 1936 y 1939. Tras mi intento de traducir y analizar parte de esta magnífica obra hay entonces el deseo de dar mi pequeño y humilde contributo al reconocimiento del valor de *A sangre y fuego* junto con mi homenaje personal a la figura de Chaves, cuya personalidad me ha sugestionado mucho y que merece, yo creo, gran respeto y consideración. Por todas estas razones aproveché los últimos meses de mi estancia en Sevilla para recoger el poco material crítico que existe sobre la obra y para investigar algo de la personalidad de ese intelectual. El resultado es lo que he podido escribir en las páginas de esta tesis que, por los diferentes aspectos considerados, está dividida en cuatro capítulos.

El primero de ellos es concebido como una aproximación a la vida y a la obra de Manuel Chaves Nogales, que fue muy intensa y fecunda. El periodismo fue en efecto su

gran pasión y fue lo que le permitió viajar muchísimo durante toda su vida y conocer las diferentes cuestiones de la realidad social y política no sólo de su país, sino también de Europa. Como su vida está fuertemente relacionada con su trayectoria periodística y literaria, he dividido el primer capítulo en diferentes párrafos que corresponden a las distintas etapas vitales y profesionales de Chaves, subrayando los acontecimientos más importantes de su vida junto con sus principales logros literarios y periodísticos. En el primer párrafo, que se encuentra bajo el título de “etapa andaluza”, he hablado de su primer período de formación, destacando sobre todo sus colaboraciones con *El liberal de Sevilla* y con *la Voz de Córdoba* que le permitieron dar sus primeros pasos en el mundo de la prensa. Sin embargo, fue a lo largo de su segunda etapa, la madrileña, cuando Chaves alcanzó su verdadero éxito como escritor y periodista. El joven y brillante sevillano se instaló en la capital en 1924 y allí se quedó trabajando hasta 1936, año en que estalló la Guerra Civil. En este segundo momento trabajó Chaves en diferentes periódicos y revistas donde vivió las experiencias más intensas de toda su trayectoria profesional. Entre ellos destacan *El heraldo de Madrid*, del que llegó a ser redactor-jefe, *Estampa* y *Ahora*. A partir de noviembre de 1936, cuando la guerra ya había sobrevenido desde algunos meses, Chaves abandona España y se exilia en París donde se queda hasta 1940 colaborando con la prensa francesa para la cual escribe principalmente artículos sobre la trágica situación en que se encontraba su propio país. El tercer y el cuarto párrafos contienen la descripción de su vida de exiliado que lo llevó primero a Francia y después a Londres, donde murió en 1944. En la última parte de este primer capítulo, además, he hecho una breve presentación a *A sangre y fuego* que es pues el objeto principal de esta tesis. A partir del prólogo de la obra he presentado brevemente los relatos junto con el tema de la Guerra Civil y la posición del autor con respecto a ella. En efecto, justamente en el prólogo, Chaves toma claramente las distancias del uno y del otro bando que se partieron su país, declarándose tanto antifascista como antirrevolucionario y afirmando su postura de intelectual liberal al servicio de la República y de la democracia. Sólo después de esta breve presentación he hablado de la génesis de la obra, de las diferentes publicaciones de los relatos y de la sucesión con que se volvió a editar el libro de Chaves, abriendo así el camino para el núcleo fundamental de mi tesis: la traducción de algunos relatos de *A sangre y fuego*.

El segundo capítulo, pues, es el estrictamente dicho de traducción e incluye cinco relatos propuestos en lengua italiana a partir de la edición española de *A sangre y fuego* llevada a cabo por la editorial Espasa-Calpe para la colección Austral en 2010. La sucesión con que aparecen en mi tesis varía con respecto a la original, por el simple hecho de que he preferido traducir primero las novelitas que para mí mantenían cierta semejanzas en cuanto al escenario de los acontecimientos y en consecuencia también en cuanto al tipo de lenguaje utilizado en ellos. *Al massacro e In lontananza una piccola luce*, por ejemplo, tienen una ambientación principalmente urbana, es decir la ciudad de Madrid y, aunque varían en cuanto a sus tramas, tienen unos rasgos comunes que no se dan en los otros. *Le gesta dei cavallari* es ambientado en Andalucía y está plagado de términos relacionados con el campo, lo que representa un sector lingüístico muy distinto con respecto a el de los dos primeros. *La colonna di Ferro*, que se desarrolla sobre todo en la huerta de Valencia, es también otro ejemplo de cómo la ambientación de los relatos pueda producir un léxico específico que se aleja de el que caracteriza los otros. El último en aparecer es *I guerrieri marocchini* que, teniendo por protagonistas unos guerreros moros, presenta también unas peculiaridades lingüísticas relacionadas esta vez con el mundo árabe.

Las consideraciones lingüísticas sobre la obra y sobre la traducción las he dejado, sin embargo, en un capítulo a parte, es decir el tercero. Allí he analizado el lenguaje de la obra, individuando los problemas que se han planteado a la hora de traducir, debido a algunas de sus características. La inmediatez de la lengua de *A sangre y fuego* es sin duda una de éstas y no siempre ha sido posible trasferirla al italiano. He querido destacar el hecho de que Chaves presenta en los diálogos un tono bajo, a veces muy directo y sacado fielmente de la oralidad, es más incluye algunos vulgarismos que le dan mucha inmediatez y frescura a la obra en lengua original y que en la traducción se han parcialmente perdido. La misma inmediatez se puede encontrar también en las descripciones de la realidad donde Chaves refleja todo el horror de la guerra dando lugar a imágenes muy concretas y plásticas que deberían mantenerse también en italiano ya que representan una característica consustancial de la obra, pero frente a éstas he tenido que conformarme a las posibilidades existentes en nuestra lengua para reflejarlo que, claro está, no siempre equivalen a las españolas. El mismo problema vale para el

lenguaje simbólico y metafórico que enriquece la obra de un gran componente lírico y que tendría que ser mantenido también en italiano. Al final de ese tercer capítulo he considerado el tipo de sintaxis de *A sangre y fuego*, relevando la presencia de algunos problemas traductivos, puesto que la construcción de los periodos, a veces intrincados y complejos, ha requerido cambios e inversiones en los textos en lengua italiana.

El uso de la lengua está claramente relacionado con la cosmovisión del autor y, en consecuencia, también con los temas recurrentes en la obra. A pesar de eso, he intentado separar los dos aspectos, lo que me ha llevado a considerar las temáticas sobre todo en el último capítulo. Es aquí donde, a partir de las relaciones y de las actitudes de los personajes que se mueven en los relatos, he intentado focalizar los asuntos sobre los cuales ha querido reflexionar el autor, incluyéndolos en diferentes párrafos. Está claro que el trasfondo bélico con su espiral de violencia y crueldad es lo que cohesiona todos los relatos, pero a partir de ello el autor llega a profundizar muchas otras cuestiones, manteniendo siempre una postura lúcida y crítica sobre la realidad de la época. Al leer las páginas de *A sangre y fuego*, el lector se encuentra entonces frente a la denuncia de los extremismos políticos, a la lucha entre la pertenencia ideológica y la conciencia individual del hombre que, ofuscado por los imperativos de la consigna, queda despojado de sus valores humanos más básicos; también condena Chaves la barbarie a la cual han retrocedido hombres que se suponían civilizados; nos presenta así el tema de la soledad y de la incomunicación entre los hombres descubriendo toda la brutalidad que se había vertido sobre su pueblo en los años de la guerra civil. No obstante ese trasfondo de negatividad absoluta, Chaves consigue hacer que su obra sea, ante todo, un alegato en favor de la libertad y del respeto humano, más bien esos elementos se elevan dentro del escenario general de violencia, desolación y muerte, para convertirse en los bienes últimos y fundamentales que el autor defiende con toda su fuerza.

Al concluir esa breve presentación de mi tesis, cabe volver otra vez a la opinión de Trapiello, que coloca a Chaves dentro la que él considera como la tercera España, es decir la que estaba precisamente en el medio de la contienda, la España de los que no quisieron conformarse con uno de los bandos, porque no querían de ninguna manera dejar de creer en el valor de la vida humana, la democracia y la libertad. Chaves se sitúa allí, junto con muchos otros autores que por su integridad y equidistancia no ocuparon

un sitio dentro de la literatura de los vencedores ni tampoco en la de los vencidos y por eso acabaron siendo olvidados (Trapiello: 2000). La reflexión de Trapiello suena entonces como una invitación a volver a leer y considerar todos los textos que, al igual que *A sangre y fuego*, representan esa tercera España, la que huye de la retórica de los bandos y de los lugares comunes para contar el drama de la guerra mirándolo en su significado humano.

I Perfil bio-bibliográfico de Manuel Chaves Nogales

1.1 La etapa andaluza

Manuel Chaves Nogales nació en Sevilla el 7 de Agosto de 1897 en el seno de una familia de estudiosos ilustres: tanto su tío José Nogales como su padre Manuel Chaves Rey destacaron brillantemente como periodistas y escritores, mientras que su madre, Pilar Nogales Nogales, fue una apreciada concertista de piano (Cintas Guillén, 1993: IX). En cuanto a la actividad literaria y periodística de sus antecedentes cabe destacar que su tío fue director de *El liberal* de Madrid, desde 1901, y colaboró en cabeceras prestigiosas como *Blanco y Negro* y la *Ilustración Española y Americana*. Su padre, por su parte, fue autor de una obra ensayística extensa en la que hay que destacar su *Historia y bibliografía de la prensa sevillana*, publicada en 1896, y su actividad como redactor de numerosos periódicos incluso *El liberal de Sevilla* (Bernal Rodríguez, 2009: 10).

Manuel Chaves Nogales decidió pronto de seguir los pasos de esos ascendientes y desde edad muy temprana dio muestras de tener una voz personal en literatura y una actitud innovadora y abierta en el ejercicio del periodismo. Los primeros pasos como periodista los dio en Andalucía: desde 1918 hasta 1921 colaboró con *El liberal de Sevilla* y *El noticiero Sevillano* y desde 1920 hasta 1923 con *La voz de Córdoba*. Paralelamente empezó su actividad literaria. Hay que destacar que en esa primera etapa de formación dejó una importante huella también el Ateneo de Sevilla donde Chaves consiguió llevar a cabo sus estudios de Filosofía y Letras y donde encontró un estimulante centro de atracción y proyección cultural. Allí se cruzaron en efecto muchos

intelectuales, artistas, políticos y periodistas que crearon un ambiente propicio para el cultivo de las ciencias y de las letras en el cual nuestro autor pudo satisfacer las aspiraciones intelectuales que lo animaban.

La labor literaria y periodística resultan ser profundamente vinculadas la una a la otra, así que para los críticos es imposible prescindir de una de ellas en el análisis de su obra. En efecto, Chaves vivió casi completa la primera mitad del siglo XX y en estos años tan convulsos en Europa la prensa fue el único medio de comunicación de un público que exigía cada vez más y mejor información. Los intelectuales se comunicaban entre sí y con el gran público a través de la prensa y los escritores hacían de ella una fuente de ingresos más segura que la propia edición de libros. El periódico fue entonces el cauce de expresión también para Chaves, cuyos libros, excepto los dos primeros escritos en su juventud, aparecieron previamente en la prensa en entregas diarias o semanales. Chaves hizo en cierta medida la simbiosis entre dos géneros que en esos tiempos confundían sus perfiles, la literatura y el periodismo: noveló hechos reales y fue un maestro en la exposición e interpretación de los acontecimientos históricos que conoció de primera mano (Cintas Guillén, 1993: X).

La primera producción de Manuel Chaves Nogales se podría indicar con el término genérico de “etapa andaluza”. Se trata de una etapa de formación que, además de iniciarlo a las labores periodísticas, incluye dos libros. El primero es un libro de relatos breves que se publicó en Madrid en 1920 bajo el título de *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos* (Cintas Guillén, 1993: XVIII). Aunque Chaves nunca negó su deseo de hacer una novela, esta primera obra no es tal en el sentido estructural de la palabra, sino que es un conjunto de relatos de diferente extensión, en los cuales dibuja una serie de tipos humanos, a veces seres cotidianos, otras anónimos y representativos que luchan contra dificultades y dolores y que no tienen otro hilo conductor que la propia humanidad. El libro está dividido en tres partes. En la primera de éstas se presentan diecisiete biografías de algunos hombres desconocidos que permiten de reflexionar sobre temas universales como la mediocridad y la monotonía de la existencia, el afán de mejora que empuja a los protagonistas a abrirse camino en la vida, la influencia de las mujeres sobre ellos y otros más. La segunda parte tiene como protagonistas las mujeres

mismas, a veces llenas de astucia, otras víctimas de sus propios engaños. En la tercera parte aparecen doce relatos que hacen incursiones en el campo de lo irreal y constituyen pues las narraciones maravillosas de que se hablaba en el título. Lo que le da unidad al conjunto de la obra es la ironía con que el autor penetra en muchos aspectos de la personalidad humana a la cual mira siempre desde una óptica de comprensión fraternal (Cintas Guillén, 1993: XLV).

Cabe destacar además que fue en este año cuando Chaves conoció a la sevillana Ana Pérez, la mujer que lo acompañaría durante toda su vida y con la cual tuvo cuatro hijos. Un año después, aparece publicado también su segundo libro, *La ciudad*, un ensayo que se propone una exploración interior de la ciudad de Sevilla, en un periodo en que se había comenzado a crear el ambiente para la magna Exposición Iberoamericana que se celebraría en 1929 (Bernal Rodriguez, 2009: 12). Al describir la esencia, las costumbres y los lugares de su ciudad nativa, el autor hace aflorar todo el amor que siente por ella, pero él nunca carece de sentido crítico, lo que le permite reconocer los límites de algunas tendencias conservadoras frente a las cuales opone su propio impulso hacia el progreso y su afán de ir siempre hacia adelante. Este libro le servirá de carta de presentación en Madrid, adonde llega en 1924 con la intención de hacer carrera profesional. En efecto, a pesar de la efervescencia vital que se respiraba en Sevilla en los inicios de la nueva década, el ambiente lo oprimía y el horizonte cultural del sur le resultaba estrecho.

1.2 La etapa madrileña

Se abre entonces para Chaves un segundo momento biográfico y laboral que podríamos incluir bajo la etiqueta de “etapa madrileña”, ya que comprende una serie extensa de colaboraciones con diferentes periódicos de la capital. La primera de ellas empieza en 1924 con el *Heraldo de Madrid*, donde desempeñó con frecuencia misiones de enviado especial y de corresponsal hasta llegar a ser el redactor-jefe en 1927, año en que recibió el premio de periodismo Mariano de Cava y se incorporó en la Masonería ².

² Según la investigadora María Isabel Cintas Guillén, la Dictadura de Primo de Rivera y más tarde la República aumentaron la inscripción en las logias de un grupo de intelectuales, deseosos de intervenir

Cuando Chaves llegó, *Heraldo* era un periódico de éxito, pero tenía la atonía propia de la prensa de la dictadura que había sido impuesta en 1923 por Primo De Rivera. Aunque el periódico contaba en aquella época con muchos trabajos coyunturales que servían para rellenar el involuntario vacío informativo, hay que destacar que los de Chaves no eran mero entretenimiento, sino que procuraba siempre que sus artículos y sus crónicas llevaran, junto a la información, una crítica de amplias miras y una opinión constructiva (Cintas Guillén, 2001: XLV).

En 1926 se produjo uno de los acontecimientos más significativo en la trayectoria periodística de nuestro autor que, de periodista de mesa, llegó a ser enviado especial, lo que marcará para siempre su quehacer informativo caracterizado precisamente por su capacidad y su voluntad de ir siempre tras la noticia. El origen de ese cambio se debe al hecho de que Chaves fue encargado de seguir la aventura de unos aviadores que se lanzaban a la travesía del Atlántico a bordo del *Plus-Ultra* (2001: LI) . Durante el mes de abril *El Heraldo* recogió muchos artículos que trataban ese asunto y , a pesar de que esa insistencia en hablar de hechos menores es otra vez una señal de que había una estricta censura sobre cuestiones más candentes, de ellos trasluce el éxito de Chaves como cronista junto al inicio de su camino como periodista moderno y viajero.

Sólo un año después, en efecto, Chaves tuvo la posibilidad de viajar junto con la aviadora Ruth Helder, la primera mujer que realizó sola la travesía del Atlántico, durante la ruta Madrid-Lisboa. El reportaje que salió de esa experiencia, titulado *La llegada de Ruth Elder a Madrid* le hizo ganar el premio de periodismo y le hizo descubrir las potencialidades del avión que será un medio de transporte fundamental en su intensa actividad como reportero (2001: LXII) .

En 1928 realizó un largo viaje para *El Heraldo* por toda Europa; viaje que quedó recogido en veintiséis crónicas que aparecieron en el periódico desde el 6 de agosto hasta el 5 de noviembre. Durante este recorrido Chaves conoció muchos aspectos de la realidad política y social europea; entre ellos, la guerra civil en la U.R.S.S. y la gestación de los fascismos en Alemania e Italia. También en este periodo realizó

de forma activa en la vida nacional. La forma de entender la realidad y participar en ella y los principios que tenía la masonería llamaron la atención de una clase media burguesa pero con plena conciencia que tomaron parte en ella. Chaves entró con el seudónimo de Larra, lo que testimonia su profunda admiración por este escritor y periodista.

entrevistas a personalidades muy representativas y escribió sobre grandes temas. Ante el éxito alcanzado en la prensa por los reportajes, la editorial Mundo Latino publica en 1929 *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (Cintas Guillén, 1993: XXVIII). Ya en el prólogo del libro, es el autor mismo quien aclara cualquier duda que podríamos plantearnos acerca del género de la obra. En efecto, el autor lo define como un libro periodístico y explica que su técnica, la periodística, no se funda en un procedimiento científico, sino que consiste en andar y contar lo que ve. Y eso es precisamente lo que hace en su libro, donde se recogen consideraciones que no sólo afectan la política y la situación social de los países que visita, sino también sus usos y sus costumbres, lo que llama mucho la atención y la curiosidad de los lectores. El título deja intuir mucho sobre el contenido del volumen que además de describir las impresiones que tuvo el autor recorriendo Europa, dedica casi la mitad del reportaje a la condición de Rusia. Con su mirada de “pequeño burgués liberal” (Nogales, 2010:25), observa el fracaso parcial del bolchevismo en sus construcciones y en el intento de cambiar la esencia del pueblo ruso.

Haciendo uso de datos obtenidos en este viaje por Rusia y con un agudo sentido crítico y humorístico escribe, para la colección de folletines Asther de Barcelona, *La bolchevique enamorada* (1930) que será un esbozo de otra novela de mayores dimensiones y se presenta como un estudio sobre el amor en la Rusia roja, donde dos jóvenes revolucionarios y una dirigente de mayor edad, educada a los prejuicios burgueses y convertida al más rabioso comunismo vivirán en su interior el drama de los celos y la relación amorosa camuflada, esta vez, de prejuicios revolucionarios (Cintas Guillén, 1993: XL). Está claro que tras la trama de la obra el intento de Chaves es el de indagar los distintos aspectos de la realidad revolucionaria.

Chaves abandonó su puesto de redactor-jefe del *Heraldo* en noviembre de 1929, ya que los contactos que había establecido en París durante su viaje lo llevaron a poner sus miras en el periodismo europeo y a optar por una nueva misión de corresponsal en la capital francesa de donde hasta el mes de diciembre siguió enviando sus colaboraciones. Durante la dictadura el *Heraldo* se había esforzado en mantener vivo su talante democrático y después de la caída del gobierno, en enero de 1930, se encargó de conservar la memoria del régimen de oprobio que había vivido España y empezó una

verdadera campaña de concienciación (Cintas Guillén, 2001: XLV). A medida que la situación política se fue complicando, el periódico sintió cada vez más la necesidad de declarar sus posiciones. En el ensayo de recuperación de la obra de Chaves realizado por la investigadora María Isabel Cintas Guillén aparece un fragmento muy significativo, sacado del periódico mismo, que testimonia su clara oposición a la dictadura:

(...) *Heraldo de Madrid* ha combatido día tras día a la dictadura, desde el mismo 13 de septiembre, durante seis años, cuatro meses y trece días. Queremos hacerlo constar así, añadiendo que continuaremos luchando del mismo modo contra todo intento de tiranía, cualquiera que sea la forma que adopte (...) Que todo el mundo enseñe sus papeles. Los nuestros no pueden estar más en orden.(...)” (2001: LXXVI)

Dentro de la etapa madrileña hay que destacar un segundo estadio por lo que respecta la trayectoria periodística y literaria de Manuel Chaves Nogales, es decir el que abarca las colaboraciones con *Estampa* y su trabajo en *Ahora*. *Estampa* representaba un mundo completamente distinto al del *Heraldo*, ya que era básicamente una revista gráfica y literaria dirigida a un público femenino. Chaves empezó a colaborar con ésta poco después de su nacimiento en 1928 y siguió hasta 1935 cuándo la revista terminó de publicar por primera vez y en entregas los reportajes más famosos y logrados de Chaves, en los que culminó la fusión entre periodismo y literatura: *El maestro Juan Martínez que estaba allí* y *Juan Belmonte, matador de toros. Su vida y sus hazañas*. El primero publicado en 1934, es un reportaje novelado donde Chaves relata las aventuras y las aspiraciones de Martínez, un bailarín de flamenco, y de su compañera Sole que, huyendo de los brotes de la primera guerra mundial desde París, acabaron en la Rusia revolucionaria. Sin embargo, las vicisitudes de la pareja no son más que un pretexto para contar lo que de verdad le interesa: la revolución y la guerra civil en Rusia. Frente a los horrores de la guerra civil rusa, Martínez opone su ironía, su humor y su picardía, elementos que le permiten de salvarse la vida y de contemplar aquel conflicto desde fuera, lo que lo lleva a sacar conclusiones universales sobre la guerra y los extremismos (Cintas Guillén, 1993: LXVII).

Juan Belmonte es una biografía novelada del gran torero sevillano, donde confluyen una serie de rasgos comunes con los héroes que habían caracterizado la novelística taurina, género que tuvo un cultivo bastante marcado en el primer tercio del siglo XX. En este tipo de novelística hay una serie de rasgos comunes que confluyen

también en la obra escrita por Chaves; entre ellos destacan el origen humilde del torero, el deseo de subir en la escala social y de conseguir el bienestar económico junto con el amor y la admiración de las mujeres. Lo que diferencia *Juan Belmonte* y lo destaca dentro de su conjunto literario es el hecho de que el protagonista no es un personaje ficticio, sino un ser humano realmente existido y esa humanidad que recorre las páginas del libro es lo que impresiona tanto, sea a los aficionados al tema taurino que a los que nunca han presenciado una corrida (1993: LXXVIII). Eso lo demuestra también el hecho de que Chaves mantuvo verdaderas conversaciones con el torero y su biografía novelada, que ha permitido de transponer la figura de Belmonte desde la leyenda a la historia, ha salido precisamente a través de estos encuentros.

Paralelamente a sus aportaciones para *Estampa*, Chaves se embarca en el proyecto del diario *Ahora*, del que es nombrado vicedirector y que aparece por primera vez el 6 de diciembre de 1930. *Ahora* nacía como diario independiente de partidos políticos y gabinetes ministeriales. Fue concebido como una empresa mercantil que iba a financiarse exclusivamente con los ingresos procedentes de lectores y anunciantes, lo que garantizaba su independencia. Su propietario era Luis Montiel, o sea el mismo de la revista *Estampa* y el subdirector fue Manuel Chaves Nogales. Los dos pretendían hacer de él un periódico moderno, dotado de los últimos adelantos técnicos y capaz de servir una información veraz e imparcial.

Entre los trabajos que aparecieron en ese periódico hay que destacar la serie de crónicas que Chaves escribió a lo largo de su segundo recorrido por Europa en 1930, durante el cual fue en busca de los más destacados personajes de la revolución rusa en exilio. Los artículos aparecieron en entregas diarias en el periódico *Ahora* y el éxito de la serie llevó a la publicación, llevada a cabo por la editorial Estampa en 1931, del libro que la recogía por entero y que se tituló *Lo que ha quedado del Imperio de los zares*. Se trata de un amplio reportaje que da cuenta de las causas y de las consecuencias de la Revolución de Octubre a través de una serie de entrevistas que por su intensidad y dramatismo se acercan mucho a las novelitas de folletín. En la primera parte Chaves habla de los últimos años de la corte imperial para luego relatar la situación en que se ven reducidos los supervivientes de la familia real y la emigración de muchos

industriales e intelectuales al comprobar la permanencia del gobierno bolchevique (1993: LXV) .

En cuanto a la posición ideológica de *Ahora*, cabe reportar aquí las mismas palabras de la investigadora que se ha ocupado de recuperar la obra periodística de Chaves:

El hecho de no depender financieramente más que de su editor y director garantizaba al periódico la independencia de juicios y lo liberaba de presiones políticas; esto llevó el periódico a mantener una postura de centro, como aglutinante de ideologías no extremistas. (Cintas Guillén, 2001: LXXIV)

Hay que subrayar que la insistencia del periódico en afirmar la propia imparcialidad e independencia se debía esencialmente a la voluntad de mantenerse fiel a su talante democrático, en una época en que la prensa europea se mostraba claramente dividida entre prensa totalitaria y prensa democrática. Por esta razón cuando, el 14 de abril de 1931, se proclamó la Segunda República, *Ahora* siguió estando al lado del orden establecido y apoyó el nuevo gobierno regularmente constituido como representante de la ley. Durante los años en que permaneció en *Ahora*, Nogales realizó varias tareas informativas acompañando en sus viajes a los más altos dignitarios del gobierno y participó de manera muy activa a la vida política del país, en defensa de la República. Fue precisamente en este período que se acentuó su relación con Manuel Azaña: ambos entregados a la misión de defensores de la política del gobierno mantuvieron frecuentes encuentros, de los que salieron las directrices de la línea de actuación del periódico ante los diferentes acontecimientos políticos (2001: CVI) .

Los años en que Chaves permaneció en *Ahora* fueron caracterizados por una intensa actividad periodística, quizás la más cautivante de toda su vida, ya que en esta etapa se vio mucho más comprometido con las cuestiones sociales y políticas de su país. Entre los asuntos analizados en sus reportajes destaca el que afecta la situación del campo andaluz, trabajo realizado en 1931, el mismo año en que el gobierno había empezado a promulgar disposiciones para llevar acabo su proyecto de la reforma agraria. Con el título genérico de *Con los braceros del campo andaluz* Chaves realizó un profundo estudio sobre el descontento y la agitación de los braceros y de muchos otros aspectos relacionados con la difícil situación del campesinado (2001: CIII). Como podemos ver, Chaves conoció de primera mano muchos de los episodios que

alimentaron la tensión del clima social y político durante la Segunda República. El año 1933 terminó con el triunfo de las derechas en las elecciones y se abrió un periodo de conservadurismo en la historia de la República, lo que llevó a abiertos enfrentamientos entre las derechas y las izquierdas que desembocarán más tarde en la dramática etapa de la Guerra Civil. En 1934 Chaves se ocupó de analizar los problemas relacionados con la ocupación militar de Ifni que quedó otra vez recogida en un documental aparecido en trece entregas bajo el título de *La última empresa colonial de España* (2001: CXLIII). Entre tanto la situación política dentro del territorio nacional seguía haciéndose más conflictiva, como demuestra el hecho de que en octubre se produjo una crisis de Gobierno que asumió los rastros de una verdadera revolución, ya que hubo diferentes intentos de asalto a los cuarteles y huelgas generales. Frente a la declaración del comunismo libertario en Asturias, desde el 5 hasta el 18 de octubre, Chaves se desplazó pronto al Norte para realizar otra vez su misión de corresponsal de *Ahora*. Allí se encontró el periodista con uno de los episodios más violentos y crueles de la historia de República, pero también en este caso logró dar una información veraz y controlada de los hechos, a pesar de la tensión que se respiraba.

Las tensiones entre las derechas y las izquierdas se intensificaron a lo largo de 1936, año en que se vivieron una serie de convulsiones que anunciaron la llegada inminente de la guerra. Los españoles acabaron por dividirse en dos bandos políticos cuya fuerza minó completamente el ya difícil equilibrio de la República. Según lo que informa la investigadora:

Los conflictos sociales que se adivinaban en el horizonte de España iban impregnando a poco a poco la actividad pública. Las posturas se decantaban hacia uno u otro lado y, en consecuencia, cualquier actividad colectiva se teñía de color político. (2001: CLVII)

Las tensiones que se volcaron sobre el país se reflejaron también en la vida del periódico que se mantuvo al lado de la República y eliminó todos aquellos trabajos coyunturales para focalizarse en el asunto de la guerra, de acuerdo con la gravedad impuesta por la situación sobre todo a partir del levantamiento militar. Sin embargo el talante independiente y democrático que siempre había caracterizado *Ahora* tuvo que placarse frente a las presiones de los sindicatos de trabajadores que impusieron al periódico una fuerte marca revolucionaria. Eso pasó sobre todo en el caso de *Estampa* cuyos tonos extremistas y fuertemente revolucionarios, debidos a la incautación del

periódico por parte del CNT, llevaron Chaves a interrumpir cualquier tipo de colaboración con la revista (2001: CLXI).

1.3 La salida al exilio

Cuando estalló la guerra civil Chaves se encontraba en Londres y regresó pronto a Madrid donde encontró que el 26 de Julio de 1936 el Consejo obrero de los sindicatos de trabajadores se había incautado del diario *Ahora*. Chaves permaneció en su puesto y se convirtió en el “camarada director” del periódico hasta noviembre de 1936, cuando se exilió en París (Bernal Rodriguez, 2009: 15). Cabe destacar que la voluntad de Chaves de permanecer durante aquellos meses en *Ahora* fue debida al hecho de que él quería luchar con toda su fuerza contra los fascistas para defender su República, aunque su índole no tenía nada que ver con la de los revolucionarios que controlaban el periódico. Esa idea emerge claramente de las mismas palabras del autor que declara así :

Yo que no había sido en mi vida revolucionario, ni tengo ninguna simpatía por la dictadura del proletariado, me encontré en pleno régimen soviético. Me puse entonces al servicio de los obreros como antes lo había estado a las órdenes del capitalista, es decir siendo leal con ellos y conmigo mismo. Hice constar mi falta de convicción revolucionaria y mi protesta contra todas las dictaduras, incluso la del proletariado, y me comprometí únicamente a defender la causa del pueblo contra el fascismo y los militares sublevados. Nadie me molestó por mi falta de espíritu revolucionario....(Nogales, 2010: 27) .

Chaves se marchó cuando el gobierno de la República abandonó la capital de la nación yéndose a Valencia, es decir cuando él se dio cuenta de que todos los esfuerzos para mantener el gobierno democrático eran inútiles, ya que las autoridades mismas se mostraban cobardes y pasivas frente a la catástrofe que se iba a producir en España:

Me fui cuando tuve la íntima convicción de que todo estaba perdido y ya no había nada que salvar, cuando el terror no me dejaba vivir y la sangre me ahogaba. ¡Cuidado! En mi deserción pesaba tanto la sangre derramada por las cuadrillas de asesinos que ejercían el terror rojo en Madrid, como la que vertían los aviones de Franco, asesinando mujeres y niños inocentes. Y tanto o más miedo tenía a la barbarie de los moros, los bandidos del Tercio y los asesinos de la Falange, que a la de los analfabetos anarquistas y comunistas (2010: 28) .

La huida se precipitó ante las amenazas de muerte que de uno y otro bando llovían sobre Chaves y que él mismo cuenta de esta manera:

De mi pequeña experiencia personal puedo decir que un hombre como yo, por insignificante que fuese, había contraído méritos bastantes para haber sido fusilado por los unos y los otros. Me consta por confidencias fidedignas que, aun antes de que comenzase la Guerra Civil, un grupo fascista de Madrid había tomado el acuerdo, perfectamente reglamentario, de proceder a mi asesinato como una de las medidas preventivas que había que adoptar contra el posible triunfo de la revolución social, sin perjuicio de que los revolucionarios, anarquistas y comunistas, considerasen por su parte que yo era perfectamente fusilable (2010: 27).

Lo que trasluce de este fragmento es la idea de que en aquellos meses tan convulsos, que imponían la definición partidista de las propias posiciones, fue precisamente su ecuanimidad a costarle tan cara al autor. Sin embargo no hay que confundir su actitud independiente y libre con una falta de compromiso político, puesto que Chaves defendió infatigablemente su República democrática hasta que hubo una sola gota de esperanza para que se salvase.

Al plantearse la necesidad urgente de salir del país, miró hacia Francia. En cuanto llegó, el gobierno le proporcionó una casa en Montrouge, cerca de París. Allí se instaló Chaves con toda su familia y empezó a dedicarse a la elaboración de la revista de información y actualidad *Sprint*, donde el periodista daba su visión de los acontecimientos de Francia y España en guerra. La revista se difundía luego entre los españoles refugiados y las embajadas de diferentes países, sobretudo los de América Latina (Cintas Guillén, 2009: 170). En París empieza también a colaborar con *La Nación* de Buenos Aires, donde se publican muchos de sus artículos escritos desde el exilio.

A pesar de las dificultades de la vida como exiliado, el periodo francés fue caracterizado por una actividad extensa en la que no faltaron los encuentros y los contactos con numerosos amigos exiliados. Chaves consiguió enseguida trabajo en la agencia Cooperation Press Service que era especializada en la distribución de artículos políticos, para luego entrar a colaborar como redactor de la agencia Havas y France Press. Durante esta etapa parisina Chaves colaboró también con el periódico *Candide*, en el cual aparecían noticias, reportajes, pero también novelas cortas y largas por entregas. El intento de Chaves era el de colaborar con la prensa francesa sobre el tema de la guerra civil española; y su compromiso con la causa de su país pudo encontrar un gran espacio no sólo en *Candide*, sino también en la revista *L'Europe nouvelle* (Cintas Guillén, 2001: CLXVII). Al igual que muchos otros españoles exiliados, Chaves

consideraba que lo mejor que podía hacer para la causa española era ayudar la defensa de la democracia en Europa, pero su actitud tuvo que placarse al constituirse el gobierno Petain. En efecto, temiendo ser entregado a los alemanes, fue obligado a huir de Francia, lo que no fue fácil ya que el país de asilo se había convertido en una verdadera cárcel para los demócratas. Chaves consiguió por fin arribar a Inglaterra gracias a la intervención de sus agencias y antes de partir y de separarse de su mujer y sus hijos tomó medidas para que su familia se deshiciese de todos los papeles que había guardado en Montrouge.

1.4 Última etapa: Londres

Al llegar a Inglaterra, Chaves se instaló en Londres, en un pequeño apartamento de Russel Court. Estaba solo, puesto que su mujer y sus hijos habían vuelto a España, en un pequeño pueblo de las afueras de Sevilla, donde se quedaron junto con el hermano de Manuel (Cintas Guillén, 2009: 174). Sin embargo, allí encontró pronto muchos otros exiliados españoles, periodistas, escritores y políticos republicanos con los cuales empezó a colaborar. Los primeros trabajos con la prensa inglesa empezaron en la agencia de noticias Atlantic-Pacific Press cuyo dueño, de ideología laborista, había llamado a trabajar en su equipo a muchos españoles exiliados. Chaves hizo uso de sus contactos con la prensa sudamericana y estableció para América latina un eficaz servicio informativo sobre los acontecimientos europeos. Ese servicio se llevaba a cabo gracias a las traducciones que los exiliados hacían de artículos y colaboraciones procedentes de varios países europeos. Al mismo tiempo Chaves se ocupaba de la información de las embajadas de países sudamericanos en Inglaterra (Cintas Guillén, 2009: 174)

En 1941 se publicó en Montevideo *La agonía de Francia*, la última obra de Manuel Chaves Nogales. Se trata de un ensayo en el cual el periodista da su opinión sobre la caída, la defección y la agonía de Francia que, lejos de ser el país de acogida de los demócratas de toda Europa y el baluarte de los valores civiles que había sido un tiempo, se había entregado al enemigo alemán hasta llegar a firmar el armisticio. La actitud del autor es la de un verdadero testigo que gracias a los contactos que tuvo durante su estancia francesa sabe analizar y explicar las causas de lo que para él

representa un verdadero fracaso de la democracia (Cintas Guillén, 2007, a). A este propósito cabe relevar que entre los aspectos criticados con más fuerza por el autor destaca precisamente la sorprendente y espantable indiferencia de las masas. El derrumbamiento de Francia, según él, no hay que achacarlo a la democracia y a su incapacidad de enfrentar al totalitarismo, sino a la incapacidad misma de los franceses de preservar los valores que la democracia representaba. Desde su posición de exiliado Chaves subraya entonces lo que considera como una verdadera paradoja, ya que ningún país, como Francia, encarnaba esos valores ³.

A pesar de la intensidad con que se puso al servicio de la prensa en el Reino Unido, la estancia de Chaves en Londres no duró muchos años porque pronto se enfermó. Fue esa imprevista enfermedad la causa de su temprana muerte, en 1944. Su vida acabó pues pocos meses antes de que los aliados desembarcaran en Normandía y acabaran el capítulo de la Segunda Guerra mundial. Está clara la importancia de una figura como la de Chaves en las letras, no sólo por su valor literario, sino también por ser testigo directo de una larga y triste etapa de la historia española y europea del siglo XX.

1.5 *A sangre y fuego*: la guerra civil desde la perspectiva de un intelectual liberal

Chaves Nogales escribió *A sangre y fuego* desde su exilio en Francia. El libro fue publicado por primera vez por la editorial chilena Ercilla en 1937. Si consideramos el tiempo que transcurrió desde la llegada del autor a Paris (noviembre 1936) hasta la salida de la primera edición de la obra, está claro que estamos frente a un trabajo realizado con urgencia. A pesar de eso la obra no carece de esmero e intensidad, es más, es esta necesidad de responder a los condicionamientos del momento lo que le aporta su valor literario. En efecto estos nueve relatos largos de que se compone la obra están fuertemente vinculados a la realidad, es decir a la dureza y a la crueldad que la guerra civil española llevaba consigo. Muchos otros autores que escogieron ese tema literario fueron impulsados por la necesidad de relatar lo que pasaba en aquel momento y Nogales hizo lo mismo llegando casi a confundir los límites entre las crónicas

³ Chaves Nogales, *La agonía de Francia*, 2010, XI

periodísticas y el relato con elementos de ficción. El título completo de su obra, *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, presenta un lenguaje exaltado y desbordante, muestra de la urgencia que la narración de aquellos acontecimientos exigía. Sin embargo, los nueve relatos largos de la obra son un recorrido por muchos episodios del comienzo de la Guerra Civil y describen hechos llenos de intensidad y dramatismo con un lenguaje que ya no es exaltado, sino sobrio y directo. La perspectiva desde la cual escribe Chaves, en efecto, es la de un exiliado que se encuentra lejos del epicentro del conflicto y por lo tanto consigue escribir con una distancia crítica que la gravedad de los acontecimientos no habría consentido al encontrarse en el campo de batalla:

España y la guerra, tan próximas, tan actuales, tan en carne viva, tienen para mí desde este rincón de París el sentido de una pura evocación. (Nogales, 2010: 31)

Su posición hacia los acontecimientos españoles ya queda fijada en el prólogo que, más que para introducir los relatos, nos sirve para tener una clara visión de la personalidad del autor y de su posición con respecto a la situación política y social de aquella época. El autor empieza a presentarse como “eso que los sociólogos llaman un pequeño burgués liberal, ciudadano de una República democrática y parlamentaria” (Nogales, 2010: 31). Luego el autor describe el estado de la economía española anterior a la guerra civil y subraya su condición de “trabajador intelectual” que se encuentra al servicio de la industria y de la burguesía capitalista, puesto que ésta había monopolizado los medios de producción y de cambio. Además recuerda sus trabajos y reportajes para la prensa y las críticas que en ellos hacía al comunismo y al fascismo, pagando el precio que tenía que pagar a costa de no traicionar su verdad de intelectual libre:

Cuando iba a Moscú ...al regreso contaba que los obreros rusos viven mal y soportan una dictadura que se hacen la ilusión de ejercer...al regreso de Roma aseguraba que el fascismo no ha aumentado en un gramo la ración de pan del italiano...mi patrón no se mostraba tan satisfecho de mí ni creía que yo fuese realmente un buen periodista, pero a fin de cuentas, a costa de buenas y malas caras, de elogios y de censuras, yo iba sacando adelante mi verdad de intelectual liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria. (25)

Tras dibujar otra vez el problema de la censura y su compromiso total con la verdad, el autor fija de manera clara su posición declarándose tanto antifascista como antirrevolucionario:

Antifascista y antirrevolucionario por temperamento, me negaba sistemáticamente a creer en la virtud salúfera de las grandes conmociones y aguardaba trabajando, confiado en el curso fatal de las leyes de la evolución. Todo revolucionario, con el debido respeto, me ha parecido siempre algo tan pernicioso como cualquier reaccionario. (26)

Lo que Chaves quiere decir es que en ningún caso la implantación de una idea puede hacerse a costa del sacrificio de un pueblo, de los crímenes y de las masacres, para un demócrata, un humanitario, un hombre liberal como él, el sacrificio de una persona en el altar de un ideal es algo inaceptable (Peinado Elliot, 2009: 133).

A partir de este planteamiento y frente a las grandes ideologías que entraron en colisión en España durante la guerra civil Chaves Nogales establece claramente distancias con uno y con otro bando y a ellos opone su única y humilde verdad :

En realidad, y prescindiendo de toda prosopopeya, mi única y humilde verdad, la cosa mínima que yo pretendía sacar adelante...era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad; es decir, una aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia. (26)

Desde el momento en que estalló la Guerra civil, según Chaves la estupidez y la crueldad se iban difundiendo por toda España y está claro que para él tanto los rojos como los fascistas eran igualmente culpables. Según el periodista, idiotas y asesinos habían actuado con idéntica intensidad y profusión en los dos bandos que se partieron España.

1.6 Origen, ediciones y publicaciones de la obra

Los relatos de que se compone *A sangre y fuego* tomaron cuerpo cuando Chaves se encontraba en París y la idea de reunirlos en una única obra vino sólo después de sus previas publicaciones en la prensa. En efecto, como era frecuente en aquel periodo, la mayoría de los periódicos y de las revistas solían presentar relatos cortos que retrataban aspectos de la realidad. La Guerra Civil española era precisamente entre los objetivos informativos de primer orden en Argentina, donde muchos escritores españoles de

prestigio, habían empezado a colaborar con las mejores cabeceras nacionales. Igualmente, Chaves empezó a colaborar con *La Nación* de Buenos Aires que ya había publicado algunos de sus viejos reportajes y el domingo 31 de enero de 1937 apareció el primero de los relatos que ahora forman parte del libro. Se trataba precisamente del relato *Y a lo lejos, una lucecita* que llevaba, junto a la firma del autor, el subtítulo “para la *Nación*” y estaba fechado en París, el mismo mes de enero. Además hay que subrayar que el relato ocupaba una página entera del periódico y llevaba junto con él unas ilustraciones de Alejandro Sirio (Cintas Guillén, 2005: 121). *La Nación* publica otros relatos más con una relativa periodicidad: el 7 de febrero aparece *La gesta de los caballistas* acompañado de la epígrafe general del título final de la obra -lo que demuestra que Chaves ya estaba intencionado a recoger los relatos en forma de libro- el 14 de febrero aparece *¡Masacre, Masacre!, Los guerreros marroquíes* el 25 de abril, *La columna de Hierro* el 16 de mayo y *Consejo obrero* el 27 de Junio.

Pronto estos relatos tuvieron repercusiones en Europa, como demuestra la aparición de *¡Masacre, Masacre!* en el periódico parisino *Candide* el 15 de abril 1937 bajo el título de *Le jeu de massacre*.

En enero de 1938 también en Londres se difundieron los relatos de Chaves, ya que el periódico *An evening Standard* comenzó a publicar progresivamente la serie. Las traducciones fueron llevadas a cabo por Luis de Baeza que fue amigo de Chaves y corresponsal de *Ahora* en Londres. Aunque la orden de aparición de los relatos era diferente, se encontraban todos los que se habían publicado en la primera edición en forma de libro (2005:124)

En cuanto a las ediciones del libro cabe hacer una breve lista de las que se han conocido hasta ahora:

- Como ya mencionado, la primera fue publicada por la editorial chilena Ercilla en 1937: *A sangre y fuego. Héroes, Bestias y Mártires de España. Nueve novelas cortas de la guerra civil y la revolución*, Ercilla, Santiago de Chile, 1937.
- La segunda en aparecer fue la edición de Nueva York, del mismo año. Ésta contaba con los textos traducidos por Luis de Baeza y se titulaba: *Heroes and beasts of Spain*, Doubleday, Doran & Co, Garden City, New York, 1937.

- Después de un año la obra de Chaves fue publicada en Canadá, con textos en inglés y bajo el título de uno de los relatos incluido: *And in the distance a light*, traducción al inglés de Luis de Baeza y D.C.F. Harding, Heineman, London-Toronto, 1938.

Después de estas publicaciones el texto acabó en el olvido, no sólo durante la larga dictadura de Franco, sino también después. Las reediciones más recientes aparecieron a partir de los años noventa, pero hay que destacar que sólo recientemente se ha tomado realmente en consideración la genialidad y el importante papel de Chaves en la literatura de la guerra civil:

- En 1993 el texto de Chaves fue reeditado dentro de Manuel Chaves Nogales, *Obra narrativa completa*, edición e introducción de María Isabel Cintas Guillén, Fundación Luis Cernuda, Diputación Provincial, Sevilla, 1993, tomo II.
- A este trabajo de recuperación de la obra narrativa completa, siguió la edición de *A sangre y fuego*, Espasa Calpe, Madrid, 2001
- Por fin llega la edición a partir de la cual hemos traducido los relatos : *A sangre y fuego. Héroes, Bestias y mártires de España*, Espasa-Calpe, colección Austral, Madrid, 2010.

La rapidez con que siguieron las diferentes publicaciones y traducciones, es la señal de que la obra fue acogida con éxito en el ambiente intelectual europeo y americano que más estaba comprometido con la causa democrática. Sin embargo, al terminar la guerra civil y al instalarse el regimen franquista, *A sangre y fuego*, acabó siendo olvidado como muchos de otros libros que denunciaban los crímenes de la contienda española. Sólo veinte años después de la caída del regimen franquista, el texto de Chaves ha empezado a ser leído y considerado por lo que realmente es: un texto de gran valor literario que, en una prosa limpia y escueta describe la realidad de la guerra civil española, manteniendo una postura liberal en contra de la opresión y de la rebelión franquista, pero desprovista de la ofuscación partidista que la efervescencia de la

contienda implicaba. Quizá sea esta ecuanimidad lo que le da a la obra también un gran valor histórico.

II Propuestas de traducción

2.1 Al massacro! Al massacro!

Al sole del mattino, la bomba aerea che cade è una bollicina di sapone che in un istante riga il cielo azzurro dall'alto in basso. Vibra nel sentirsi ferito il grande diapason dello spazio e poi, se si è vicino, si sente nelle viscere uno strappo lacerante, come se ti

tagliassero a fette dentro e ti volessero rovesciare fuori. Lo stomaco, che sale fino in bocca, e il timpano, troppo sensibile per un rumore tanto grande, sono quelli che protestano più intensamente. Questo è tutto. Frattanto, l'uccellino nichelato, che ha deposto in mezzo al cielo il suo ovetto brillante e fugace come una scintilla, si libra in volo e presto non è che un punto perduto nella distanza.

Poi, comincia lo spettacolo della tragedia. Dov'è caduta la bomba? Nessuno lo sa, ma tutti suppongono che sia stato lì vicino, proprio lì, due case più avanti al massimo. Va a finire che è sempre un po' più lontano di quel che si pensava. La gente si accalca in fretta sul luogo dell'esplosione. I miliziani hanno tagliato la strada con i loro fucili e i curiosi devono accontentarsi di vedere da lontano i vetri frantumati di balconi e finestre e le saracinesche dei negozi scardinate. Si aspetta il passaggio delle ambulanze, fiutando con insano piacere l'odore del sangue. Nel centro della città le bombe degli aerei macellano sempre carne. Quando in una lettiga portano una povera sventrata o un bambino che ormai non è altro che un groviglio di stracci e sangue, la folla di curiosi rabbrivisce per l'orrore. Quando colui che passa esanime nelle barelle è un uomo adulto, il fatto, in quanto previsto, sembra naturalissimo e nessuno si sente obbligato a commuoversi. Anche la capacità di emozione, limitata, esige economie. In guerra non si amministra il sentimento con la stessa generosità che in pace.

Capita anche che, per questo popolo di giocatori di lotteria che è Madrid, il caso dell'aereo nel cielo che lascia cadere su una pacifica famiglia la sua carica di mitraglia alla cieca come l'urna della lotteria nazionale lancia la biglia dei quindici milioni di pesetas su un gruppo di persone umili e oscure, sia una sorte a cui tutti si sottomettono senza grande avversione. I bombardamenti aerei sono una lotteria in più per i madrileni. Una lotteria nella quale risultano premiate le migliaia e migliaia di giocatori a cui non è toccata la mitraglia. Il giubilo generale di coloro che in questo orrendo sorteggio non sono stati designati dal destino si nota nelle facce allegre della gente che cammina per la strada alla fine di ogni bombardamento. Non ci è toccata! Sembra che dicano con gaudio. E si mettono a vivere ansiosamente, sapendo che il giorno dopo ci sarà un nuovo sorteggio al quale dovranno prendere parte inesorabilmente. Eppure è tanto remota la possibilità che si vinca alla lotteria.

Questa delle bombe colpisce, invece, con impressionante prodigalità, e i madrileni che giocano incuranti all'azzardo del bombardamento, hanno dovuto imparare a proteggersi. I seminterrati, nei quali a volte bisogna rimanere per tutta la notte, si sono fatti abitabili e ormai ci sono dentro materassi, coperte, mozziconi di candela e stufe; in tutte le case gli inquilini organizzano turni di guardia per avvisare coloro che dormono quando le sirene della polizia diffondono l'allarme per vie e piazze; i commercianti hanno incollato strisce di carta sulle loro vetrine e, da quando una bomba è caduta in un garage e ha distrutto cinquanta automobili si è adottata la precauzione che le auto passino la notte al fresco, accostate qua e là ai marciapiedi come cani vagabondi, e siccome gli aerei fascisti un giorno sono riusciti a far finire le macerie e i vetri frantumati dall'esplosione di una bomba di centocinquanta chili nel piatto di minestra che si stava mangiando il presidente del Consiglio, nei seminterrati dei ministeri si sono preparati confortevoli rifugi, nel vetusto edificio del Ministero degli Interni fra gli anditi delle fondamenta, popolati di ratti e di ragnatele, c'è un'impressionante cantina da ministro con una poltrona di velluto e porporina e alcuni tappeti in disuso appesi alle pareti umide a mo' di arazzi.

Madrid sopporta i bombardamenti con allegra rassegnazione. Un giorno, un povero professore che si trovava nello scoperto di una birreria, è morto di paura al sentire un' esplosione vicina; ogni volta che suona il segnale di allarme, decine di donne infortunate vengono trasportate nei centri di pronto soccorso per la somministrazione di antispastici; c'è gente che s'infila alle entrate della metropolitana travolgendo i bambini e i vecchi con una precipitazione indecorosa, e durante la notte, per le madri, è un tormento insopportabile il dover strappare i propri figlioletti dalla culla in cui stanno dormendo e portarli, di corsa e mezzi nudi, nelle cantine, dove le creaturine passano le ore piangendo perché hanno freddo e sono spaventate. Tutto questo dolore e questo disagio e questa spaventosa carneficina delle esplosioni, e ancora la certezza che ogni volta sarà maggiore la strage e più orribile la sofferenza, non sono riusciti ad abbattere l'animo e la gioviale rassegnazione della grande città più insensata ed eroica del mondo: Madrid.

ooooo

C'è chi non lo sopporta con tanto coraggio. E non sono esattamente né i più deboli né i più indifesi. Questo gruppo di miliziani che, con l'impressionante appellativo di Squadriglia della Vendetta, collabora di sua propria e spontanea volontà con ciò che con grande pomposità viene chiamato "il nuovo ordine rivoluzionario", esercitando funzioni di vigilanza, indagine e sicurezza che nessun potere responsabile gli ha conferito, è, evidentemente, uno dei nuclei che reagiscono ai bombardamenti aerei con maggior accanimento e ferocia. Sprofondati nelle poltrone del circolo aristocratico che hanno sequestrato, i miliziani della Squadriglia della Vendetta si mordono le mani dalla rabbia e immaginano orrende rappresaglie mentre le sirene mettono in allarme la città addormentata e i botti delle esplosioni rimbombano in lontananza.

-Bisogna dare una terribile lezione a questa gentaglia, per quanto bruti siano arriveranno a capire che ogni bomba che sganciano su Madrid causa più perdite a loro che a noi. È l'unico sistema efficace – affermò convinto un miliziano che passeggiava per la stanza facendo ciondolare un' enorme pistola mitragliatrice che, infilata in una fondina di legno, gli pendeva dalla cintura al ginocchio.

-La cosa più efficace sarebbe che arrivassero una volta per tutte questi maledetti aerei russi e scacciassero i Caproni di Franco. Quanti aerei abbiamo per la difesa di Madrid?- Chiese un altro.

-Credo che ce ne rimangano cinque in totale- gli rispose Valero, un ragazzo comunista con un'aria da universitario che, lui pure con la pistola alla cintola, presiedeva gli incontri dei miliziani.

Tipico intellettuale rivoluzionario di quelli che si erano forgiati in quella scuola della disubbidienza che erano state le università spagnole durante la dittatura, Valero non apparteneva alla Squadriglia della Vendetta. Le sue relazioni con questa erano strette e costanti, ma non erano ben definite.

-E questi cinque aerei che ci rimangono- aggiunse- non possono uscire a scontrarsi con i trimotori italiani e tedeschi. Se li mangiano. I nostri ufficiali di aviazione sono caduti come mosche e i piloti stranieri hanno già detto che se non arrivano apparecchi più moderni e potenti non usciranno in volo. Alzarsi in volo è un suicidio. Oggi, al ministero degli interni, ho visto l'interprete degli aviatori inglesi che andava a congedarsi.

-L'interprete? Perché?

-Perché è rimasto senza inglesi. Uno dopo l'altro sono morti tutti in combattimento. Formavano una squadriglia di volontari che si è battuta eroicamente. Fino a quando, ieri, è caduto l'ultimo. Dei tipi intrepidi, gli inglesi!

-È inutile- argomentò il miliziano del pistolone- con gli aerei italiani e tedeschi non ce la faremo mai. Non c'è altra tattica che la mia, il terrore. Per ogni vittima aerea, cinque fucilazioni, dieci se è necessario. A Madrid ci sono fascisti in eccesso perché possiamo compensare con corpi⁴.

Il circolo di miliziani assentiva col suo silenzio. Quei dieci o dodici uomini che formavano la Squadriglia della Vendetta consideravano legittima la feroce rappresaglia e si sarebbero meravigliati se qualcuno avesse osato sostenere che ciò che loro consideravano naturalissimo era una mostruosità criminale. Alla fine di quattro mesi di lotta la psicosi della guerra produceva frequentemente questo tipo di aberrazioni. La vita umana aveva perso del tutto il suo valore. Quegli uomini che il 18 di luglio avevano abbandonato la loro normale esistenza di cittadini per lanciarsi disperatamente all'assalto della caserma della Montaña, dov'era iniziata la ribellione militare, e che poi si erano battuti a petto scoperto nella Sierra contro l'esercito di Mola, quando tornavano dal fronte portavano alla città la barbarie della guerra, la crudeltà feroce dell'uomo che, sperimentando la paura di morire, ha imparato ad uccidere, e se l'occasione di farlo gli si offrirà impunemente, non la sprecherà. È la paura a dare la misura della crudeltà. Fra questi miliziani che non avevano abbastanza fegato per affrontare indefinitamente il pericolo della guerra in prima linea, fra quelli che tornavano dal fronte intimamente terrorizzati, si reclutavano gli uomini di quelle sinistre squadriglie di retroguardia che volevano imporre al governo, ai partiti politici e alle centrali sindacali un regime di terrore, il terrore panico che sopportavano intimamente e che anelavano di proiettare nel mondo esterno. Fuggendo dal fronte si rifugiavano nei servizi di controllo rivoluzionario dei partiti e dei sindacati che, sospettosi della lealtà della polizia ufficiale e delle forze di sicurezza dello Stato, tolleravano l'ingerenza di

⁴ Nel testo: *Hay fascistas de sobra para que podamos cobrar en carne*. Difficile rendere in modo perfetto la crudezza del testo spagnolo in quello italiano. Per non allontanarmi troppo dall'idea della carne, ho utilizzato la parola "corpi".

queste squadriglie insolventi e autonome nelle funzioni di polizia. Ognuna di loro aveva il suo capo, un avventuriero, a volte un vero capitano di banditi, in via eccezionale, un mistico teorizzatore di mente limitata e cuore indurito che, con la più grande devozione rivoluzionaria, decretava spietatamente i crimini che considerava utili alla causa. Il capo della Squadriglia della Vendetta, Enrique Arabel, era un caratteristico prototipo di uomo rapace, un transfuga sganciato dalla disciplina comunista, che a capo di quel pugno di uomini senza scrupoli era riuscito a circondarsi di un sinistro prestigio. Investito di potere irresponsabile e assoluto, Arabel, disdegnava l'autorità del governo, sfidava i ministri e faceva fronte agli atterriti comitati dei partiti repubblicani. Al suo fianco, l'universitario Valero, militante delle Juventudes Unificadas, esercitava, con la cautela e la doppiezza tipiche del Comunismo, la difficile missione di sorvegliare politicamente quella forza incontrollabile di uomini senza freno nelle loro passioni e nei loro istinti, che, in nome del popolo e valendosi dell' argomento decisivo delle loro armi, seminavano dovunque il terrore. Arabel, capo indiscutibile della squadriglia, avrebbe voluto disfarsi dell'intruso Valero, ma sapeva che questi aveva dietro di sé il Partito Comunista e capiva che il potere e il prestigio rivoluzionario di cui lui e i suoi uomini godevano sarebbe scomparso il giorno in cui fosse entrato in collisione con i comunisti i quali, senza essere solidali con la loro azione terroristica, si limitavano a vigilarla da vicino e a servirsene politicamente.

Il bombardamento degli aerei fascisti era cessato da mezz'ora. Risuonava ancora ogni tanto il superfluo e puerile sparo di qualche miliziano allucinato che credeva di scoprire nel cielo scuro l'ombra quasi impercettibile di un aereo nemico in volo a due o tre mila metri di altezza; senza esitare puntava l'arma e sparava alla notte. Riponevano tale fede in questo gesto insensato che di frequente, dopo aver sparato, si rivoltavano furiosi per aver mancato un colpo che consideravano sicuro:

-Accidenti! Mi è scappato di pochissimo!- Diceva lamentandosi l'ingenuo miliziano.

Cacciare aerei a colpi di pistola gli sembrava la cosa più naturale del mondo.

Frattanto Arabel e i suoi uomini rimuginavano la vendetta che erano disposti a prendersi di propria mano quella stessa notte; bisognava dare una terribile lezione a questi fascisti. Valero, più freddo e sereno, in apparenza, ascoltava in silenzio i piani criminali della squadriglia come se si trattasse di fantasie irrealizzabili. Eppure, sapeva

per esperienza che quegli uomini erano fin troppo capaci di portare a termine le loro minacce.

Uno dei miliziani che era di guardia al portone venne ad avvisare il capo:

-Si è presentata una donna che vuole denunciare alcuni fascisti.

-Sarà una storia-disse Valero.

-Dice che può provare l'attività controrivoluzionaria di un comandante dell'esercito che svolge riunioni misteriose con altri capi e ufficiali.

-Fatela passare, la interrogheremo.

Entrò una donna giovane, bella e vestita con un lussuoso cattivo gusto. Era grassottella ed aveva un'aria affettatamente ingenua. Nonostante si presentasse un po' trasandata e si notasse che si era lanciata in strada mettendosi la prima cosa a portata di mano, s'intuiva che era una donna vanitosa e presuntuosa.

-Vengo- disse d'un tratto- a denunciare come fascista il comandante dell'artiglieria Don Eusebio Gutiérrez.

-E lei come sa che è fascista? Ha delle prove?

-Tutte quelle che volete. Senza girarci troppo attorno, mezz'ora fa, mentre gli aerei fascisti volavano su Madrid, si trovava in casa mia con due suoi amici, anch'essi fascisti, e non appena sentì il segnale d'allarme, disse traboccante di gioia: "Eccoli lì i nostri! Salutiamoli!" E tutti e tre sono rimasti fermi con il braccio teso per un pò.

-Come conosce lei, quest'individuo?- interrogò Valero.

-Era un mio vecchio amico- rispose la grassoccia arrossendo- Io sono orfana ed egli mi ha protetta per un po' di tempo nominandosi mio padrino, ma da alcuni mesi questo miserabile non ha fatto altro che infamie con me. È un fascista pericolosissimo, sì Signore. Dal balcone di casa mia, dove veniva tutti i pomeriggi in visita, ha continuato a sparare con la sua pistola contro il popolo il giorno in cui fu presa la caserma della Montaña.

-Perché non lo denunciò allora?

-Perché avevo paura di lui.

-E adesso non ne ha?

-Adesso sono disperata e disposta ad affrontare tutto. E' un vecchio spregevole che con me si comporta come un mascalzone.

- Avete avuto qualche alterco questo pomeriggio?

- ... Sì!

- E lei sostiene che sia comandante di artiglieria in servizio?

-Sì, sì, in servizio. Questa stessa mattina è andato a riscuotere la sua paga. Me ne sono resa conto ... per caso.

- Ha riscosso ... e non le ha dato il denaro, non è così? Non è stato questo il motivo del diverbio?- Chiese Valero mentre si alzava e volgeva la schiena alla grassoccia senza aspettare risposta.

Lei andò su tutte le furie. Reclamò la sua onestà e la sua lealtà alla Repubblica. Era andata lì a denunciare un nemico del regime e non a farsi insultare senza motivo. Il suo amico era un fascista pericoloso. Teneva riunioni misteriose con altri militari in una casa di calle Hortaleza dove spesso si fermava a dormire.

-Proprio adesso, dov'essere lì. – aggiunse.

-Non sarà che in quella casa abbia un'altra amichetta?

La giovane fece una smorfia di disprezzo e alterigia.

Arabel prese nota del nome e della casa.

-Bisognerà andare a vedere chi sono questi farabutti

Valero avvertì:

-La denuncia può essere falsa, maldicenze da letto, di sicuro. Non sarebbe superfluo che questa giovincella rimanesse detenuta fino a che non sarà verificato ciò che c'è di sicuro.

Arabel guardò la grassoccia dall'alto in basso e gli parve eccellente l'idea di trattenerla.

-Sì, sarà meglio che passi la notte qui.

Lei protestò, ma non troppo. E due miliziani, buoni ragazzi, la portarono al bar del circolo, dove la omaggiarono con un cocktail esplosivo e poi un altro e un altro ancora.

∞∞∞∞

Scovarono il vecchio comandante in una pensione equivoca di calle Hortaleza. Quando il portinaio e la padrona della pensione, tradendolo, condussero i miliziani di Arabel fino alla sponda del letto in cui dormiva, era tutto infagottato fra le lenzuola, il

viso pallido, avvizziti i baffi. Diede alcune spiegazioni inverosimili della sua presenza in quel luogo. Si vedeva chiaramente che era la paura delle squadriglie di retroguardia ciò che lo faceva scappare dal suo domicilio di notte per poter dormire con una certa quiete in luoghi dove s'immaginava che non dovessero cercarlo. Così, con questa angoscia, vivevano a Madrid migliaia di esseri. Qualsiasi militare, per il fatto di esserlo, era un presunto nemico del popolo. Il generale Mola aveva dichiarato via radio che su Madrid avanzavano quattro colonne di truppe nazionaliste, ma che nella stessa città disponeva, inoltre, di una "quinta colonna", quella che avrebbe contribuito più efficacemente alla conquista della capitale. Poche volte una semplice frase è costata tante vite. Ogni volta che ai miliziani si presentava un caso dubbio, quando non c'erano prove concrete contro un sospettato o quando l'incolpato credeva di aver smontato le accuse che gli venivano poste, il ricordo della minaccia di Mola decideva a suo danno e "nel dubbio che fosse della quinta colonna" si votava invariabilmente per la prigione o la fucilazione. È stata la frase più cara che si sia mai detta in Spagna.

«Nel dubbio che fosse della quinta colonna» i miliziani si presero il comandante dell'artiglieria. Mentre si alzava e si vestiva balbettò alcune goffe proteste di adesione al regime e di lealtà al popolo. La sua triste figura di Chisciotte⁵ in panni minori, umiliato e timoroso, non impietosì i miliziani, che spianandogli il cammino con le loro pistole, lo fecero uscire, lo caricarono su un'auto e lo portarono verso la periferia. Lungo il tragitto il vecchio comandante riuscì a recuperare la serenità e il decoro di fronte all'evidenza dell'inevitabile. Quando, raggiunto il nono chilometro dell'autostrada de la Coruña, lo fecero scendere dall'auto e lo spinsero verso un muro bianco di luce che si trovava al bordo della strada, lo si vide drizzarsi e marciare con passo fermo e rigido fino al luogo che lui stesso considerò più adeguato.

-Lì- disse seccamente ai miliziani.

Non consentì a nessuno di avvicinarsi. Trattenne con un gesto qualcuno che era andato dietro di lui con il proposito di accelerare dandogli con un colpo alla nuca, dicendogli:

-Aspetta.

Si mise di schiena alla parete e disse:

⁵ È l'epiteto di Don Chisciotte, "il cavaliere dalla triste figura", che è rimasto lessicalizzato

-Puntate!

I miliziani, un po' sconcertati, si allinearono goffamente e obbedendo alla voce di comando lo puntarono con le loro armi disuguali. Il vecchio alzò il braccio destro e gridò:

-Arriba España!

Sentì che le pallottole impacciate dei miliziani lo oltrepassavano e gli sfioravano la testa senza ferirlo. Ma gli avevano trapassato le gambe. Piegò le ginocchia e cadde a terra. Ebbe ancora il coraggio di drizzare il busto indenne e gridare colpendosi furiosamente il petto:

-Qui! Qui! Nel cuore! Canaglie!

Lo lasciarono lungo disteso nel campo. Disteso, scarno e con le vesti in disordine, era un grottesco spaventapasseri abbattuto dal vento.

-È morto bene il vecchio – osservò un miliziano quando ormai tornavano in auto.

- Ti sei convinto che era fascista? Alla fine, quando ha capito che tutto era perduto, si è levato la maschera. – segnalò un altro.

-Ci si azzecca sempre!

- Bisognerà fare una retata con tutti e fucilarli in massa- concluse Arabel.

Di ritorno al circolo s'imbatterono nella grassoccia, che se ne stava ancora arrampicata su uno sgabello del bar in compagnia dei suoi due bei ragazzi. L'alcool e le vampie causate dall'incalzare dei miliziani, le avevano colorato di un carminio eccessivo le guance tonde e lucide come quelle di una bambola a buon mercato. Brilla e allettante andò in contro ad Arabel quando lo vide entrare.

-Allora? L'avete scovato questo vecchio miserabile? – chiese sorridendo. – Io non voglio che gli succeda nulla di male eh, ma che lo spaventino, quello sì. È molto superbo e crede che al mondo non ci siano altri uomini all'infuori di lui. Avrei preferito che gli aveste dato uno schiaffo davanti a me! Se riuscite a fare in modo che mi chieda perdono, dovrete poi rilasciarlo. Perché in fondo, anche se è fascista, non è cattivo. E io non vorrei che gli capitasse qualche disgrazia a causa mia.

Valero, che contemplava silenzioso la scena, sentì il desiderio di colpire con il calcio della pistola quella bella testa di *poupée* di serie, sicuro del fatto che sarebbe

suonata a vuoto e che dentro, rompendola, non ci sarebbe stato nulla: il rovescio volgare di una mascherina di gesso lustra e truccata.

○○○○○

La cattura del vecchio comandante aveva fatto meditare Arabel. Madrid -pensava- pullula di tipi così; ci sono centinaia e centinaia di militari in riposo che, dichiarando la loro adesione alla Repubblica, stanno spiritualmente a fianco dei ribelli e, quando arriverà il momento critico, si getterebbero in strada per battersi contro il popolo. Sono la famosa “quinta colonna”. Cacciarli uno per uno adesso che camminano sospettosi e fuggitivi via dalle loro case, è un lavoro lento e difficile. E se gli si preparasse un’imboscata? Il governo potrebbe farlo facilmente se volesse, ma come tutti i governi, avrà paura delle misure radicali e non si azzarderà. Bastava convocarli tutti per mezzo del *Diario Oficial de Guerra* o della *Gaceta*.

-Non verrebbero-replicò Valero.

-Beh ... A riscuotere le loro paghe e le loro pensioni, sì che si presentano. E se si convocassero con il pretesto di pagarli?

-Il governo non lo farà mai.

- Ma possiamo farlo noi. Se non disponiamo del *Diario Oficial*, possiamo farli cadere nella trappola con una semplice convocazione nei giornali.

- E con quale pretesto li si convoca?

- Con quello di dargli del denaro, naturalmente. In una comunicazione che invieremo alla stampa con una firma e un timbro qualsiasi s’annuncia che tutti i militari in riposo che vogliono riscuotere i loro averi dovranno passare ad un’ora precisa per un determinato centro ufficiale che non gli ispiri sospetti, il ministero delle finanze, per esempio, e si avverte che colui che non si presenta puntuale sarà dichiarato fascista e non potrà riscuotere. Vedrete come accorreranno al richiamo, li catteremo a dozzine!

L’idea venne messa in pratica quella stessa notte e il mattino seguente i giornali pubblicavano la falsa convocazione. I miliziani di Arabel, appostati nel patio del ministero delle finanze, acciuffarono via via i ritirati di guerra che si presentavano. L’affluenza fu tale che i miliziani non ce la facevano a catturarli e a metterli nelle camionette in cui li conducevano alle prigioni. Arrivò a formarsi una coda di incauti

che aspettavano pazientemente che arrivasse il loro turno di cadere in trappola. I funzionari del ministero avvertirono la manovra che tramavano i miliziani in cortile e si affrettarono a comunicare a quelli che ancora aspettavano che il dipartimento non aveva trasmesso alcuna convocazione. Grazie a quest'avvertenza furono molti quelli che poterono salvarsi. Ciò nonostante, i militari catturati superavano i cinquecento.

-Avremmo potuto cacciarne duemila! Quegl' idioti del governo ci hanno fatto saltare l'operazione! -esclamava Arabel -Cinquecento perdite nella quinta colonna! - aggiungeva esultante.

-Beh, non tutti saranno fascisti- obiettò Valero.

-Tutti, tutti. Eppure, devo sottoporti qualche caso.

Gli fece un segno e se lo portò dietro di sé discretamente in un'altra stanza, la cui porta chiuse a chiave. Quando furono soli, l'uno di fronte all'altro, Arabel disse:

-So già che dobbiamo sacrificare tutto per la causa e che per noi non devono esserci immunità né eccezioni, ma a volte ci si presenta un caso di coscienza difficile da risolvere.

-Per me non c'è altra coscienza che quella strettamente rivoluzionaria. – replicò seccamente Valero.

-Non precipitarti, so che ti dai arie da incorruttibile! Non voglio, come sicuramente hai già pensato, sottrarre per legami particolari nessuno degli attuali detenuti.

-E se ci provassi, non te lo consentirei, Arabel.

-Basta, non si tratta di nulla che m'interessa personalmente. Riguarda te. Nella lista di militari detenuti oggi dalla mia gente ho trovato questo nome: Mariano Valero Hernández, sessantadue anni, comandante di fanteria collocato a riposo. Lo conosci?

-È mio padre. – replicò Valero senza alterarsi.

-Fascista?

-Potrebbe esserlo. Non lo so. Non vivo con mio padre da tempo e non lo vedo che occasionalmente.

-Bene, fascista o no, è logico e scusabile che tu lo voglia salvare. Io sono disposto a servirti e posso cancellare il suo nome dalla lista dei detenuti prima che si facciano ulteriori verifiche che potrebbero essere fatali per lui. Allora tu te ne vai al carcere e te lo prendi. Oggi a te e domani a me. Intesi?

Valero percepì con una sorda collera la manovra di Arabel. Voleva vendergli la libertà di suo padre in cambio della sua complicità nel traffico di detenuti, a cui sicuramente si dedicava alle sue spalle. Arabel sapeva che Valero poteva, in qualsiasi momento, essere la sua rovina e voleva tenerlo legato a sé. Valero aggrottò la fronte e rispose:

-Le faccende di mio padre mi interessano poco e niente. Se è fascista, fatti suoi. Se deve pagare, paghi.

E voltò le spalle superbo al ricattatore.

Uscì in strada. Con le mani in tasca e la sigaretta in bocca camminò vagando a caso. Al calar del sole, l'agglomerato delle strade del centro contrastava con la solitudine impressionante del resto dell'urbe. Una folla variopinta e vestita in modo arbitrario, di operai, miliziani, contadini fuggitivi, provinciali disorientati, gente di ogni classe e condizione, uniformemente trasandata, si stringeva nel recinto della Puerta del Sol, della Gran Vía e delle calle di Alcalá, Montera, Preciados, Arenal e Mayor, davanti alle vetrine delle gioiellerie inverosimilmente zeppe d'oro, argento, brillanti e pietre preziose, ai negozi di moda che esibivano ancora i più provocanti e costosi modelli di *Robes de soirée* e ai grandi magazzini nei quali, per strano contrasto, cominciavano a vedersi vuoti gli scaffali dove prima c'erano gli oggetti di più umile e indispensabile consumo. Si stava facendo scuro, e quella folla ammassata nel cuore di Madrid cominciava a disperdersi. Un'ora dopo non ci sarebbe stata un'anima nelle vie scure dove i lampioni a gas dipinti di blu, gettavano uno sguardo livido al passante smarrito.

Valero andò a rifugiarsi nella piccola taverna basca dove mangiava e cenava abitualmente. Non avevano ancora cominciato ad arrivare i clienti, un centinaio di miliziani che, da quando era iniziata la guerra, mangiavano e bevevano lì sostituendo l'antica clientela. Il proprietario era riuscito a riservare una saletta interna dell'edificio per i commensali che pagavano ancora in contante e sonante denaro borghese; fattorini, ufficiali delle milizie, deputati, "responsabili", giornalisti stranieri, intellettuali antifascisti ed alcuni tipi strani che nessuno sapeva chi fossero e a cosa si dedicassero.

Quando arrivò Valero la sala da pranzo era ancora deserta. Si sedette in un angolo e, davanti ad un bicchiere di birra, rimase in quello stato d'inibizione ed assenza in cui, a volte, cade l'uomo d'azione in mezzo al vortice degli avvenimenti. In quei momenti

non è vero che si rifletta o si pensi a qualcosa. Dopo un momento dall'arrivo di Valero, entrò un tipo malmesso e vacillante che andò a gettarsi bocconi sopra il tavolo dell'angolo opposto. Era un uomo giovane, magro, fiacco, le braccia lunghe e ciondolanti, un ciuffo di capelli da morto giù per la pallida fronte, lo sguardo torbido e ambiguo, il collo sfuggente e un ansimare che appariva faticoso. Batteva nervosamente i denti e buttava fuori l'aria dal naso con molto sforzo, le cui narici si dilatavano ansiosamente quando alzava la testa per prendere aria con un movimento di rotazione disperato. Per un po' di tempo quell'uomo stette con la testa poggiata sul braccio piegato come se singhiozzasse. Valero lo contemplò con compassione. Era l'immagine fedele e patetica dello sforzo sovrumano, la rappresentazione plastica della debolezza che fa di necessità virtù, l'incarnazione di Sisifo, il drammatico spettacolo dell'uomo che vuole e non può. Ebbe compassione di quell'uomo e di sé stesso e di tutti gli uomini che come loro combattevano, morivano e ammazzavano, eroi, bestie e martiri⁶ senza vocazione eroica, senza cattivi istinti e senza spirito di sacrificio o santità.

Dopo un po' lo sconosciuto si andò rasserenando e alla fine rimase calmo. Il cameriere che lo guardava altrettanto impietosito, disse a Valero con tono confidenziale: -Tutte le sere torna dal fronte disfatto; è un francese che è venuto in Spagna a battersi per la rivoluzione. È al comando di una squadriglia di aerei, ma non è aviatore. Credo che nel suo paese fosse poeta, romanziere o qualcosa di simile.

Cominciavano ad arrivare i clienti. Un gruppo di intellettuali antifascisti in cui avanzavano il poeta Alberti⁷, con la sua aria da divo cantante di tanghi, Bergamín⁸ con il suo pelame vecchio e sudicio di uccellaccio ammaestrato e imbalsamato e María Teresa León⁹. Palas¹⁰, paffutella e con una minuscola rivoltella nella larga cintola, andò a stringersi sollecita allo sconcolato francese, che in un istante cambiò l'espressione disperata del suo volto in un forzato e lindo sorriso.

⁶ Da qui è tratto il sottotitolo del libro: *Héroes, bestias y mártires de España*

⁷ Rafael Alberti (1902-1999) poeta antifascista che fece parte della Generazione del '27.

⁸ José Bergamín (1895-1983) poeta e scrittore antifascista che fece parte della Generazione del '27.

⁹ (1903-1988) scrittrice e compagna di Rafael Alberti, fu segretaria della Alianza de Intelectuales Antifascistas, organizzazione formatasi poco dopo lo scoppio della guerra civile che includeva un cospicuo gruppo di intellettuali difensori della causa repubblicana. Tra di essi vi furono anche Alberti e Bergamín.

¹⁰ *Palas*: da Pallade, dea della guerra, è un epiteto ora riferito a María Teresa León.

-Salve, Malraux¹¹.

-Salve, amici.

L'emozionante spettacolo dell'uomo così com'è nella sua debolezza e disperazione era stato sostituito dalla divertente commedia della vita bizzarra. Gli intellettuali discutevano animatamente, arrivavano nuovi commensali chiassosi ed ottimisti, si mangiava con appetito e si beveva con ansia; quelli che venivano direttamente dal fronte erano forse i più allegri.

Valero si alzò e se ne andò. Vagabondò ancora una volta per le strade, ora deserte e scandite dall'allerta dei miliziani. Fece molti giri per gli stessi posti, ed era ormai molto tardi quando si decise ad attraversare il portone dell'imponente convento che i miliziani avevano trasformato in prigione. Parlò con il compagno responsabile che stava di guardia e passò alla galleria che gli indicò. Lungo il muro c'erano da quindici a venti fagotti e rannicchiati in essi giacevano i prigionieri. Cercò il vecchio nella luce giallognola e tenue dell'unica lampadina elettrica che illuminava la galleria. Se ne stava là seduto sul bordo della branda con il capo canuto ed irsuto piegato sul petto e le braccia che cascavano fra le gambe. Gli si avvicinò lentamente. Il vecchio, nel sollevare la testa lo vide e parve che si rallegrasse, ma non si mosse nemmeno.

-Ciao, padre¹².

-Ciao.

-Come stai?

-Lo vedi da te.

-Sono venuto nel caso in cui volessi qualcosa.

-No, niente.

-Starò un momento con te.

-Bene, siediti.

Gli fece spazio sul bordo del suo fagotto.

¹¹ André Malraux (1901-1976), scrittore e politico francese, fu militante antifascista durante la guerra civile e partecipò attivamente alle missioni di guerra con la *Escuadrilla España*. A partire dalla sua esperienza della guerra civile spagnola scrisse il romanzo *l'Espoir* (1937).

¹² Non è una scelta traduttiva soddisfacente, ma non ho trovato alternative migliori e ho deciso così di mantenere la parola "padre".

Poiché né il padre né il figlio erano capaci di dirsi niente, presero delle sigarette e si misero a fumare. Mentre il giovane accendeva la sua, pensò: da quanto tempo è che mio padre mi lascia fumare davanti a lui? Tre anni? Cinque? Gli sembrerà una mancanza di rispetto che fumi in sua presenza ora? È sempre stato strano il vecchio! E sarà così fino a quando morirà ... o fino a quando lo ammazzeranno!

Interruppe il corso del suo pensiero e si distrasse osservando la parete nuda della galleria. Il vecchio, con il capo chino, lo guardava di sbieco e pensava orgoglioso: “È forte. Più forte di me.” Mentre si confrontava con il figlio, gli salì alla bocca un aspro risentimento. Anche lui era stato forte e sano nella sua giovinezza. Quarant’anni prima, quando si arruolò nell’esercito di Cuba sognando avventure ed eroismi imperiali, non avrebbe avuto nulla da invidiare a quel ragazzone presuntuoso. La campagna, la febbre, la fame e la disfatta lo restituirono alla Penisola dopo la catastrofe coloniale trasformato nello spettro di sé stesso. L’avevano sacrificato alla Patria. Non gli rimaneva altra consolazione che quella di sentirsi orgoglioso del suo sacrificio. Per questo rimase nell’esercito venerando in modo idolatrico i miti gloriosi che avevano distrutto la sua giovinezza e ridotto poi ad una vita triste di ufficiale malpagato, destinato sempre a città vecchie e misere, di scarsa guarnigione. L’uniforme e la subordinazione allo Stato in un popolo vinto che odiava i militari furono la sua croce e il suo vanto. Quando gli nacque un figlio, volle liberarlo da quella servitù senza gloria né profitto e fece di lui un universitario, un intellettuale. Il figlio gli divenne comunista. Ed ora, quando alla fine della sua vita suonava l’ora attesa della rivincita, quando i militari avevano trovato finalmente un capo invincibile, Franco, e un nuovo ideale che galvanizzava i vecchi ideali decaduti, il fascismo, quel figlio si alzava davanti a lui opponendogli la barriera invalicabile della sua volontà giovanile, più forte del suo vecchio risentimento. Più forte!

Il vecchio dette alcuni tiri voraci alla sua sigaretta e si fermò a guardare il suo avversario intensamente. Il giovane sostenne imperturbabile lo sguardo. E poiché né il padre né il figlio erano capaci di dirsi qualcosa, si alzarono silenziosi dalla branda quando ebbero consumato la cicca.

-Non hai bisogno di nulla, davvero?

-No, nulla.

Si abbracciarono e baciaron con reciproca tenerezza.

-Addio.

-Salve!

ooooo

In quel preciso istante scoppiò un grande tumulto, perché, a quanto pare, un miliziano si ostinava ad allineare le donne giovani che c'erano in coda, spingendole al petto con i palmi delle mani, e loro non volevano consentirglielo, per quanto fosse miliziano. Per questa coincidenza, nei primi momenti di stupore, nessuno seppe esattamente ciò che era successo. Si udì una grande esplosione e si vide che alcune donne di quelle che stavano in coda crollavano improvvisamente. Le altre si misero a correre terrorizzate. Fra il miscuglio di corpi insanguinati che restarono sul marciapiede, rimase in piedi soltanto una vecchietta con un fazzoletto nero sul capo e una sporta fra le mani che, estranea a tutto ciò che non fosse la sua bramosia perché giungesse il suo turno prima che fossero finite le uova, approfittò del subbuglio per spostarsi delicatamente lungo la parete schizzata di sangue e crivellata dalle raffiche di mitraglia fino al portone del negozio, felice di essersi venuta a trovare al numero uno della coda.

La cosa fu talmente inaspettata che nessuno se la spiegava. Ci fu chi disse che il miliziano aveva scaricato il suo fucile e che questo era tutto. Altri, che vennero dopo, rendendosi conto che c'erano sei o otto donne trafitte al suolo, affermavano con sicurezza che un'automobile fascista, approfittando del tumulto, era passata a tutto gas mitragliando la gente. Giunsero infine i miliziani che, anche se solo in parte, trovarono la verità: in mezzo alla coda di donne, formatasi davanti alla porta del negozio, i fascisti avevano gettato una bomba, che nell'esplosione aveva fatto una terribile carneficina fra le sventurate. Questo era evidente. Invece, senza che nessuno potesse appurare l'origine della cosa, si credette unanimemente che la bomba l'avessero gettata da uno dei piani alti delle case vicine. Qualcuno arrivò a segnalare il balcone preciso da dove l'avevano scagliata, e i miliziani, senza ulteriori accertamenti, fucilarono a volontà la facciata dell'immobile.

Poi si scoprì che non era così e che la bomba, cosa che nessuno riuscì a pensare, era caduta dal cielo. Erano gli aerei di Franco, che volavano all'oscuro su Madrid, senza

essere scoperti, quelli che l'avevano scagliata. Contemporaneamente, in dieci o dodici luoghi della Capitale era accaduto lo stesso. Una squadriglia di aerei caccia in volo a più di tremila metri d'altezza quando, pur non essendo notte fonda, faceva ormai scuro, aveva scagliato sul centro di Madrid una ventina di bombe piccole, di cinque o dieci chili al massimo, che avevano provocato una moria spaventosa. Fino ad allora, i madrileni erano abituati allo spettacolare bombardamento dei trimotori, che, preceduti dal segnale d'allarme, arrivavano volando in basso e si limitavano a lasciare cadere due o tre ordigni di cento chili su obiettivi determinati: il ministero della guerra, la caserma de la Montaña o la stazione del Nord. Quel bombardamento a tappeto e di sorpresa era incredibile. Nessuno si spiegava perché non fosse nemmeno suonato il segnale d'allarme. S'ignorava che proprio quella mattina, nel bosco della Casa de Campo, un aereo fascista aveva incendiato il pallone frenato¹³ che, con le apparecchiature che registravano il rumore dei motori, si innalzava tutte le sere nel cielo di Madrid per vegliare il sonno dei madrileni.

All'ora del bombardamento, le sei della sera, le vie del centro erano invase da una grande folla ed ogni bomba produsse decine di vittime; se una sola fosse caduta sulla Puerta del Sol, avrebbe causato un migliaio di morti. La moria fu terribile. Negli atrii dei centri di pronto soccorso, morti e feriti mescolati, per la maggior parte donne e bambini, si allineavano al suolo aspettando inutilmente che i medici e gli ausiliari potessero, almeno, riconoscerli. Alle dieci della sera si calcolava che le vittime del bombardamento, fra morti e feriti, superavano il mezzo migliaio.

Quando l'illuminazione pubblica si spense completamente e l'urbe sprofondò nelle tenebre, un acuto presentimento che l'ecatombe non fosse terminata pesava sull'animo dei madrileni. Ognuno andò a cacciarsi timoroso nel suo buco. La vita fuggì da vie e piazze: né una luce, né un rumore nell'ambiente spettrale della grande città. Nelle viscere febbrili di Madrid si stava tramando, invece, una spaventosa reazione. Tremavano di odio, disperazione e impotenza le cellule nervose della rivoluzione, bollivano di rabbia i gruppi di miliziani e gli operai nelle caserme, sindacati, posti di guardia, consigli operai, commissariati e circoli politici. In quei centri nevralgici che,

¹³ Nel testo: *Globo cautivo*: strumento destinato a osservazioni che si sostiene con un cavo. (Moliner 2004)

dietro l'apparenza mortale della notte mantenevano una vita intensa e segregata, si andava plasmando ogni momento di più l'immagine mostruosa della rappresaglia. Un'idea criminale germogliata nello stesso tempo in mille cervelli tormentati dalla mania di aprirsi strada e conquistare gli ultimi fortini dell'umana coscienza. Le teste più integre vacillavano, battute dalla torbida marea. Quella malsana idea, che s'impadroniva rapidamente dell'ambiente atterrito della città, si tradusse infine in una parola che divenne poi un grido unanime:

“Al massacro, al massacro!”

Lo gridavano senza capirlo centinaia di uomini che il lugubre significato del termine riempiva di speranze di vendetta

“Al massacro, al massacro!”

Diceva con voce nuova l'ancestrale crudeltà del celtibero.

“Al massacro, al massacro!”

Si preparava un assalto alle carceri. Nei commissariati di vigilanza, negli atenei anarchici e nelle radio comuniste, si operava il passaggio dalla parola all'azione, dalla nuova parola alla vecchia azione cainita. Gli uomini d'azione si predisponavano al massacro.

C'era ancora qualcosa che resisteva. Le centrali sindacali e i “responsabili” dei partiti esitavano ancora e, dal canto suo, il governo aveva ordinato di rinforzare le guardie delle prigioni. Era una precauzione inutile: i guardiani e i rinforzi stessi erano vinti dalla suggestione criminale.

A mezzanotte in tutti i centri vitali della rivoluzione si disputava la stessa disperata battaglia. Le squadriglie di miliziani di retroguardia, radunate e incitate dai loro capi, si disponevano all'assalto delle carceri. Arabel istruì segretamente i suoi uomini di fiducia che se ne andarono marciando con gli altri in piccoli gruppi.

-Dove mandi i tuoi uomini? – Gli chiese Valero.

-Vanno al carcere di San Román. A riprendere quel che ci è dovuto. Ti rendi conto? A riprenderlo!

-Io non ho alcun ordine del partito.

-E noi non ne abbiamo bisogno. La volontà del popolo è più forte di quella dei partiti. - replicò Arabel in maniera enfatica, sentendosi quella notte in un terreno più sicuro di quello del suo rivale.

-Io non sancisco questo massacro, che può avere un significato demagogico.

-Dunque rimani qui. Non interessartene. E lascia perdere queste teorie e pappardelle. Domani ce ne sarete grati.

Si preparò ad uscire. Valero, dopo un istante di titubanza, lo trattenne.

-Aspetta. Vengo con voi.

Si strinse l'attrezzatura e la pistola ed uscì con Arabel. Il superbo Hispano¹⁴ del capo della squadriglia, sfilò fra le vie deserte e si trattenne di fronte alla porta del vecchio convento trasformato in prigione. Nella penombra si distinguevano alcune sagome che bazzicavano nelle vicinanze o dimoravano davanti all'edificio formando gruppi minacciosi. Valero ed Arabel, nello scendere dall'auto, passarono vicino ad alcuni che si trovavano sulla porta stessa del carcere circondando i miliziani che stavano di guardia.

-Massacro!- Disse una voce sorda alle spalle dei capi.

Entrarono in fretta. Nel corpo di guardia il responsabile della prigione si dichiarava incapace di frenare quelli di fuori e temeva quelli di dentro.

-È inevitabile! È inevitabile! -diceva- Ci schiacceranno se ci opponiamo.

Valero fece telefonare ai centri ufficiali e ai sindacati. Le risposte erano deboli e tardive. "Resistere, aspettare, dissuadere, sondare l'animo dei fanatici, non impiegare la forza se non in casi estremi..." Insomma, le nervose chiamate telefoniche di Valero e del responsabile si perdevano nello spazio. Frattanto, molti miliziani che facevano la ronda nei dintorni erano andati a infiltrarsi fino al corpo di guardia. Quando Valero dispose di evacuare, era ormai avventato tentarlo. Un pugno di uomini più audaci, finì per travolgerli e una massa compatta di gente armata di pistole e fucili riempì l'atrio e il corpo di guardia gridando:

-Alle gallerie! Alle gallerie!

-Massacro! Massacro!

¹⁴ Si tratta di un'automobile di lusso

Stavano già per forzare le porte della prigione, quando Valero, solcando a viva forza quella massa umana, si mise di schiena contro la porta minacciata e con un grido feroce che dominò il tumulto e un gesto risoluto si fece ascoltare:

-Compagni! –Disse- La rivoluzione farà giustizia. State tranquilli. Venti uomini, servono soltanto venti uomini¹⁵, capaci di eseguire la volontà del popolo. Scegliete voi stessi i venti uomini in cui avete fiducia. Gli altri, fuori.

-Giustizia!-gridò uno.

-Si farà-rispose Valero.

-Adesso!

-Proprio adesso. Venti uomini che siano capaci di farla!

Ci fu dapprima un mormorio di sospetto e poi si vide che dalla confusa folla di miliziani si distingueva un giovincello pallido con i simboli di falce e martello sul berretto.¹⁶

-Io sono uno.

-Io un altro.

- Anch'io.

Dopo i comunisti, si fecero avanti i sospettosi uomini del CNT¹⁷ e delle FAI¹⁸ con le loro insegne rossonere. Quando i venti furono al completo, Valero ordinò con voce imperiosa:

-Fuori gli altri! I vostri compagni vi diranno come la rivoluzione fa la sua giustizia. Fuori!

Chiamò il responsabile e dispose che i venti volontari entrassero nelle gallerie e radunassero nel patio, sotto custodia, tutti i capi e gli ufficiali dell'esercito che ci fossero nella prigione. Mentre si compiva l'ordine e il responsabile tracciava con una matita rossa i nomi di coloro che erano condotti al patio nella lista dei prigionieri, Valero, seduto di fronte a lui, rimase in silenzio senza contrarre nemmeno un muscolo del viso.

¹⁵ Nel testo: *hombre* (errore tipografico)

¹⁶ Nel testo originale *el gorrillo de cuartel*. Si tratta del berretto utilizzato per stare dentro la caserma, si distingue da quello d'ordinanza.

¹⁷ La CNT (Conferderación Nacional del Trabajo) era un sindacato anarchico che ebbe grande appoggio soprattutto in Catalogna e a Valenza, ma era dovuto passare alla clandestinità durante la dittatura di Primo de Rivera. Nel 1927 s'incorporò alla FAI.

¹⁸ La FAI (Federación Anarquista Ibérica) era un gruppo anarchico che fu artefice di molte rivoluzioni durante la Repubblica e si affiancò ai comunisti durante la guerra civile.

I militari che si trovavano nella prigione erano centoventicinque. Quando vennero a dirgli che erano già tutti allineati nel patio, si alzò e dopo essersi passato la mano lungo la fronte, si mise a camminare. Uscendo sul patio non poté distinguere altro che il quadrilatero blu intenso del cielo stellato e una linea confusa di esseri umani lungo una delle muraglie nere.

-Bisognerà far arrivare luce –disse il responsabile.

-No, non ce n'è bisogno – replicò Valero che percepiva la penombra come un sollievo.

La brace della sigaretta di un miliziano gli servì da tacca di mira. La sua voce dura solcò le tenebre.

-Cittadini militari! –gridò.

Ci fu una pausa.

- Cittadini militari! -Ripeté – La Repubblica vi ha privati della libertà di cui godevate a suo danno. Siete in prigione per essere stati accusati di essere nemici del popolo e del regime. In circostanze normali i reati di cui siete imputati sarebbero sottoposti ai tribunali ordinari, ma la guerra, che è ormai arrivata alle porte stesse di Madrid, impedisce l'esercizio normale della giustizia. Sarete sottoposti immediatamente ad una giustizia di guerra inesorabile. Sappiatelo bene. Ma qualunque sia l'indole delle colpe che abbiate commesso contro lo stato repubblicano, potrete riscattarvi sul momento e recupererete la libertà. L'esercito del popolo ha bisogno di capi e ufficiali competenti e valorosi che li portino alla vittoria. Coloro che vogliono evitare la dura sanzione che per la loro passata condotta ricadrà su di loro, coloro che desiderano recuperare la propria libertà e il proprio grado all'interno dell'esercito, coloro che non vogliono essere giudicati come traditori della Patria e del suo governo legittimo, coloro che accettano l'onore di difendere la rivoluzione con le armi in pugno, un passo avanti!

Nella linea confusa dei prigionieri si poté percepire un debole sussulto. Tuttavia, nessuno si mosse. Non una fra quelle ombre osò distinguersi. Valero percorse con lo sguardo la fila immobile. Si faceva chiara nella penombra una testa canuta? Non lo volle sapere e chiuse gli occhi.

-Cittadini militari! –aggiunse- La Repubblica vi fa la sua ultima intimazione. Coloro che vogliono salvare le loro vite, un passo avanti!

Nessuno si mosse. Sempre più rigide e distinte, quelle ombre parevano di pietra.

-È ancora possibile! - gridò per l'ultima volta Valero con patetica intonazione. -

-Coloro che non vogliono morire, un passo avanti!

Nessuno lo fece. Valero si tirò indietro atterrito. In quel momento la voce di Arabel sussurrò al suo orecchio:

-Ora basta. Hai fatto tutto ciò che potevi per questa canaglia. Lascia fare a me adesso.

I miliziani iniziarono a manovrare nel patio. I motori dei camion silurarono la notte e i cani stettero ad ululare e ad abbaiare fino a che non fu giorno.

L'indomani, il bollettino ufficiale metteva a verbale che in seguito al bombardamento aereo erano morte duecentoventidue persone. Comparivano nel bollettino i nomi e i cognomi di un centinaio di vittime e alla fine si riportavano testuali parole: " i centoventicinque cadaveri rimanenti non sono stati identificati".

2.2 E in lontananza, una piccola luce

La via era una spaccatura profonda, lunga e buia. Un solco sulla crosta di un astro spento. Nel fondo si trascinava, come unico indizio di vita, una piccola lucciola, un'auto che, con i fasci luminosi dei fari spazzava i basamenti delle alte facciate, masse difficilmente percepibili, nelle quali, alla luce abbagliante, tracciava fantastiche sontuosità architettoniche insospettabili in quel taglio nero. Tutto ciò che c'è di inumano e mostruoso nella grande città, si vedeva ora che non c'era luce e la via nelle tenebre e senza vita era come una crepa di indubbia natura sismica.

In quella desolata profondità qualcuno era ancora vivo. Il miliziano Pedro si strappò dal sonno e dallo stipite che gli serviva da parapetto, fece scorrere la sicura del mauser e, impalato al centro della strada, con le gambe aperte e l'arma a tracolla, strizzò l'occhio della sua pila all'auto che arrivava. Questa fece tacere il suo respiro affannoso e chiuse le pupille indiscrete. La voce dura del miliziano risuonò nella notte.

-Alt! Alt!

I freni stridettero.

-La parola d'ordine ... forza!

-“Ma la vile canaglia ...”

-“..morirà per mani nostre”

-Salve, compagno.

-Salve.

L'auto proseguì il suo percorso, svelando spiragli di città in quella profondità tenebrosa, fino a quando se la inghiottì la distanza. Il miliziano Pedro, trascinando il calcio del fucile per il selciato, tornò al suo portone e alla sua sonnolenza. La cosa peggiore della guerra e della rivoluzione -pensava- è il sonno che abbiamo sempre. Se si potesse dormire ...! La guerra e la rivoluzione sarebbero meno dure e meno crudeli se gli uomini che le fanno avessero dormito bene, di gusto, in un letto soffice e grande in cui poter distendere le gambe fra delle lenzuola fresche. Quando gli occhi sono vitrei e le palpebre pesano come il piombo, quando si sente una fitta acuta nella schiena incurvata dalla fatica, non c'è da pensarci troppo. Bisognava vincere la guerra, fosse anche solo per poter dormire. Poi si sarebbe fatto tutto il resto. Invece bisogna fare tutto adesso, senza mai togliersi di dosso l'attrezzatura, senza dormire, senza fermarsi a riflettere su ciò che si fa. Tante cose bisogna fare!

La giornata è stata dura. Fra ieri e oggi- quando era ieri e quando è oggi?- è stato necessario che gli uomini di fiducia si occupassero di trasportare in fretta e furia tutte le riserve di proiettili ed esplosivi che l'esercito del popolo aveva a Madrid. Alcuni ufficiali di aviazione che fino ad allora erano rimasti leali, presero il volo e passarono dalla parte dei ribelli. Poiché i traditori conoscevano i depositi di munizioni si temeva che, entro poche ore, venissero i trimotori italiani e tedeschi a bombardarli, ed era stato necessario cercare luoghi nuovi e sconosciuti dove depositarli. Il comando aveva trovato un luogo perfetto: i seminterrati dell'antico Teatro Reale, situati a venti metri di profondità. Ma le bombe di centocinquanta chili non passano mai inosservate e, per evitare rischi, si era cercato di installare il nuovo deposito con la maggiore discrezione possibile. Solo gli uomini di assoluta fiducia, i militari più sperimentati, erano intervenuti nel trasferimento. Il miliziano Pedro era stremato a forza di trasportare le casse di munizioni, ma, una volta terminato il lavoro, si era recato come sempre a far guardia notturna nelle vie del quartiere aristocratico che pullulava di spie e antirivoluzionari da vigilare giorno e notte. Era spossato, ma sostenuto dall'orgoglio di aver prestato un servizio di fiducia alla causa. Gli ufficiali di aviazione che avevano tradito il popolo non avrebbero più saputo dove questi nascondeva le sue riserve di

esplosivi. Altri compagni si erano incaricati, inoltre, di impedire che ci fossero altri traditori fra gli ufficiali di aviazione. Si poteva dunque aspettare l'arrivo del nuovo giorno dormicchiando sullo stipite di quel portone senza il timore di una catastrofe imminente.

Nella notte immensa, l'ampia via dell'aristocratico quartiere di Salamanca, che il miliziano Pedro vigilava dal suo nascondiglio, rimaneva silenziosa ed oscura. Solo là in alto il cielo si rischiareva un po' alla luce delle stelle. Pedro, assonnato, rimase a contemplarle con lo sguardo perso nell'infinito. Ce n'era una, più grande e più vicina, che lampeggiava come se stesse giocherellando. Che stella era quella? Non assomigliava alle altre. Più rossa e più brillante delle altre, lanciava la sua lucina con strane intermittenze. Era una stella o una luce per segnalazioni? Pedro perforò la notte con i suoi occhi e si convinse che quella lucina, manovrata da qualche spia, stava trasmettendo segnali. Il suo primo istinto fu quello di ogni miliziano: puntare il fucile e sparare. La sferzata del mauser fendette le tenebre e la lucina si estinse.

-Sono un idiota- grugnì Pedro pentito- avrei dovuto sorvegliare e poi cacciarla.

Ma la lucina non tornò a brillare. Un'ora più tardi il cambio di guardia tirava fuori Pedro dal suo nascondiglio. Prima di ritirarsi avvertì il compagno che lo sostituiva.

-Qualcuno, lassù, manda segnali con una lucina. Non spaventarlo. Vediamo se riusciamo a rintracciarlo.

Morto di sonno, Pedro tornò alla base per cenare e mettersi a dormire fino all'alba. La base occupava il pianoterra di un maestoso palazzo nel quale, sotto il controllo della Federación Anarquista Ibérica (FAI), si era installato un circolo libertario con le sue cucine popolari e il suo corpo di guardia che, non si sa per quale ragione, sono gli elementi fondamentali in ogni circolo anarchico. I vasti saloni del palazzo, ricoperti di prestigiosi arazzi, servivano ora da rifugio ad un'ignota massa di famiglie contadine, fuggite dai villaggi invasi dalle truppe ribelli. Sui grossi tappeti lavorati a nodo avevano collocato i loro sacchi sudici, le loro cianfrusaglie da cucina, i loro basti e i loro utensili, e lì facevano la loro vita assurda da tribù transumante accampata, dopo aver attraversato il deserto della guerra, in una fantastica oasi da mille e una notte dove c'erano monumentali lampadari di cristallo, vecchi orologi di bronzo, cornucopie dorate, ma non c'era un angolino dove accendere un bel fuoco di ginestre o un piccolo

braciere, né un ruscello dove lavare la roba, né un prato dove i bambini potessero saltellare liberi. Stupefatte, senz'azzardarsi a far nulla, con il fazzoletto nero sul capo e le braccia legnose incrociate sul ventre, quelle donnicciole di provincia trascorrevano le ore morte piantate in mezzo ai salotti, mentre i bambini piagnucolavano e orinavano sui tappeti con grande invidia delle madri che l' avrebbero fatto anch'esse di buona voglia, se solo avessero avuto coraggio. I miliziani anarchici che le avevano portate in quel palazzo, compiendo così un atto tipicamente rivoluzionario, le trascinarono da un lato all'altro in malo modo e iniziavano a pensare che quelle donne sarebbero state meglio e più a loro agio nel cortile di una locanda che nel salone di un palazzo. Ma la rivoluzione ha le sue inevitabili puerilità.

Il miliziano Pedro passò fra quelle persone attonite ed andò a buttarsi su una poltrona del corpo di guardia, in un ampio salone dove c'erano otto o dieci materassini e alcuni divani perché i miliziani riposassero quando non erano di sentinella e, al centro, c'era un grande tavolo di quercia sul quale una potente radio, fra tempestosi rumori, faceva suonare *l'Horst Wessel* e poi il *Deutschland, Deutschland über alles*.

-Quello è Siviglia- assicurò un miliziano che, senza sapere con certezza che inni fossero quelli, sentiva già la solita musica delle fanfare sivigliane.

-Levalo, oggi non sono in vena di ascoltare quel tipo.

-Lascialo sfogare, è sempre divertente ascoltarlo.

« Buona notte, signori », diceva al microfono la voce roca del generale- *speaker* con la sua pittoresca cantilena da spaccone.

Mentre i miliziani si levavano le pesanti cartucchiere, si avvolgevano nelle coperte e rimanevano pieni di sonno con la sigaretta appiccicata alle labbra, il generale ribelle rovesciava, come tutte le notti, le sue sfilze di ingiurie. « la canaglia marxista », « Quei figli della Pasionaria... » . « Quei banditi rossi ».

Ai miliziani quelle parole non gli facevano nemmeno vento. Jiménez, il “responsabile” del gruppo, un ragazzino pallido e magro con occhi da pazzo nascosti dietro delle lenti spesse, era uscito da un ufficetto contiguo e ascoltava il pittoresco generale, camminando da un lato all'altro della stanza con le mani nelle tasche dei pantaloni e un sorriso congelato sulle labbra sottili da tubercolotico.

«Quegl'idioti- gridava il generale attraverso l'altoparlante- non sanno che entreremo a Madrid quando ne avremo voglia. Quando ne avremo voglia, dai!»

-Sì, credici!- commentava uno.

« ... perché i giorni della resistenza sono contati e allora quei mascalzoni le pagheranno tutte in una volta».

-Vieni qui, che le prendi- borbottava un altro da un angolo.

« ... Sappiamo che i rossi possono ormai contare su poche risorse per la difesa di Madrid . E perché si veda che siamo informati su tutto, abbiamo verificato che ieri si sono messi a trasferire le poche munizioni di cui dispongono ».

Jiménez, il compagno responsabile, rimase immediatamente inchiodato al centro della stanza. Pedro s' alzò su di colpo. Gli altri miliziani si guardarono l'un l'altro stupefatti.

«...Sì, signore, hanno messo le munizioni nei seminterrati del Teatro Reale con molta cautela. Ma qui si sa tutto. Ah ah ah! ».

La radio rotolò per terra con una manata.

-Siamo circondati da traditori- strepitò il responsabile.

- Ci assassineranno impunemente.

Pedro, attonito, guardò sospettoso i suoi compagni.

Chi erano i traditori? Ricordò allora la strana lucina che aveva scoperto mentre stava di guardia.

Si alzò con un salto e prendendo per un braccio il responsabile se lo portò in un angolo e rimase a parlottare con lui.

-Non avresti dovuto spaventarlo con lo sparo.

-Hai ragione. Vediamo se riusciamo a cacciarlo. Quella lucina stava trasmettendo segnali, sono sicuro.

Uscirono in strada. Il miliziano che stava di guardia nell'atrio si era addormentato. Là in lontananza, una luce rossiccia, molto alta e piccolina, continuava a strizzare l'occhio alla notte. Cercarono di orientarsi e di localizzarla. Fu un lavoro penoso. Colui che la maneggiava doveva essersi collocato in un luogo dal quale non poteva essere visto facilmente. Pedro e Jiménez salirono sui tetti di varie case senza alcun risultato, fino a quando, infine, si affacciarono da una soffitta dalla quale scoprirono, poco

distante, una piccola terrazza, dove indubbiamente si trovava colui che stava maneggiando la luce. Doveva essere una pila elettrica e i suoi segnali luminosi erano analoghi a quelli del sistema Morse.

Attraversarono la strada ed entrarono nella casa della spia. Il portinaio, intimorito, li informò sui vicini. Soltanto l'inquilino del mezzanino suscitava sospetti. Suonarono. Una vecchietta tremolante venne loro ad aprire. Il padrone non era in casa.

- Dov'è?

-Non lo so.

-Non sarà sulla terrazza?

La vecchia si alterò .

-Chi è il padrone della stanza?

-Un ingegnere.

-Militare?

- ... sì, credo di sì ...

-Grado?

-Comandante.

-Basta.

Il compagno responsabile e Pedro salirono con cautela sulla terrazza, le pistole in mano. Spinsero leggermente la porta e guardarono. Un uomo, rannicchiato dietro la balaustra della terrazza, manovrava una pila elettrica fra i vuoti delle sbarre. Era tanto assorto nel suo lavoro che non avvertì la presenza degli intrusi. Pedro arrivò fino a lui in punta di piedi, gli piazzò la canna della pistola sul fianco e gli ordinò seccamente:

-Continua ...

Quell'uomo fece un salto e gettò la pila per prendere una pistola dalla tasca. Jiménez, in agguato, si era avvicinato e, con una forza insospettabile in lui, gli stringeva il braccio. Pedro brandì la sua pistola prendendola per la canna e colpì con la culatta il viso della spia. Dopo averlo ridotto all'impotenza, Jiménez raccolse la pila dal suolo, gliela mise in mano e gli intimò di nuovo:

-Continua o ti ammazzo.

L'uomo vacillava. Quando vide che Pedro lo strappava dalla balaustra, lo collocava contro la parete e gli appoggiava la canna della pistola alla nuca, fece cenno

di rassegnarsi. Si avvicinò di nuovo all'angolo strategico e fece funzionare la sua lanterna elettrica come prima.

Quando ebbe fatto alcuni segnali, Jiménez ordinò:

-Basta.

I tre uomini attesero trepidanti. Poco dopo si scoprì in lontananza il brillio intermittente di un'altra lucina.

-Basta! – gridò, pieno di giubilo, il compagno responsabile.

Tentò di localizzare da lì la seconda spia, ma doveva essere lontana ed era difficile. L'operazione di provocare i segnali luminosi dell'altra spia per fissare la sua postazione si ripeté altre due o tre volte, fino a quando Jiménez credette di essere sicuro del luogo esatto da dove rispondeva.

-È l'altro lato della Castellana; mi sembra in una torretta che si trova vicino a Santa Barbara. Vado alla base perché alcuni uomini di fiducia mi accompagnino. Tu rimani qui e costringi questo a continuare a fare segnali, ma fai attenzione che non possa avvertire l'altro del pericolo. Quando io avrò scovato quello di là, con la pila farò otto segnali dall'alto in basso, l'uno di seguito all'altro. Intesi?

Senza perdere di vista il prigioniero che Pedro continuava a mantenere alle strette, Jiménez s'avvicinò al miliziano e gli sussurrò ancora qualcosa all'orecchio.

-Poi - aggiunse ad alta voce- i compagni verranno a prenderti per continuare la caccia.

Pedro e quell'uomo rimasero in solitudine e al buio sulla stretta terrazza. Davanti a loro, la notte e il silenzio. Madrid, senza una luce, senza un rumore, s'indovinava appena dai contorni imprecisi dei suoi edifici. I due uomini immobili si spiavano nell'oscurità. Il prigioniero era un ometto teso e magro. Aveva gli occhi fissi sul miliziano e gli si scorgeva appena il viso bagnato dal sangue che nemmeno si preoccupava di fermare. Trascorse un momento. Pedro continuava a tenere la pistola puntata contro al suo petto. Faceva freddo. Il prigioniero incominciò a tossire. Ci fu ancora un'altra pausa.

-Mi ucciderai? Non è così?- Chiese infine l'ometto con una voce chiara e un impressionante tono di naturalezza.

-Non lo so- farfugliò Pedro, sconcertato.

-Sì, ti ha detto di uccidermi.

-Farò quello che mi pare. Silenzio!

L'ometto si strinse nelle spalle. Trascorso un momento, bevve il sangue che scorrendogli per la guancia gli era arrivato al labbro e domandò:

-Mi lasci fumare?

-Fuma se vuoi.

L'uomo prese il suo portasigari e si mise ad arrotolare una sigaretta; prima di prenderla per sé, la offrì al miliziano.

-Vuoi?

-No, grazie.

-Di niente.

Pedro, sconcertato, iniziava ad irritarsi. Quando il prigioniero prese la scatola di cerini e cominciò ad accendersene una, si pentì della sua compiacenza e, dandogli una manata, gli gettò al suolo la sigaretta e i cerini.

- Non si fuma- ordinò.

-Potevi dirlo prima- Brontolò l'uomo. – Questo non va bene.

- Va bene tutto- ruggì Pedro - compreso a ucciderti.

- Questa è un'altra questione. – replicò il prigioniero con fare altezzoso.

Tornarono a rimanere silenziosi ed immobili davanti alla notte. Ogni tanto la lucina in lontananza brillava come se stesse interrogando. Pedro obbligava allora il prigioniero ad emettere tre o quattro sventagliate di luce con la lanterna per mantenere l'altro in attesa.

Il tempo passava. L'ometto tossì di nuovo.

-Fino a quando? – borbottò.

Ci fu ancora un momento di assoluta oscurità. Poi, Pedro vide disegnarsi un tratto verticale di luce nella cavità della notte, poi un altro e un altro ancora, fino a otto. I due uomini si trovavano ansiosamente inclinati sulla balaustra della terrazza. Pedro, un po' più indietro, continuava ad appoggiare la sua pistola al fianco dell'ometto. Questi girò la testa e lanciò a Pedro uno sguardo calmo e pesante. Pedro non fece altro che alzare il braccio passandolo lungo la schiena del prigioniero, appoggiargli la canna della pistola alla nuca e sparare. Lo vide piegarsi sulla balaustra, afferrarsi ad essa con entrambe le mani, scivolare e cadere bocconi al suolo, ridotto uno straccio.

Rinfoderò la pistola. Quando ormai usciva, lo assalì la curiosità di sapere chi fosse quell'uomo che aveva ucciso. Prese la pila con l'intenzione di puntarla alla faccia del morto, ma si pentì. Chi era? Com'era la sua faccia? Bah! Uno, un nemico in meno. Che gli importava?

ooooo

Appena uscì sull'atrio, arrivò un'auto con le canne dei fucili che spuntavano dai finestrini: erano quattro compagni che venivano a cercarlo.

-Pronti?

-Pronti. È caduto anche l'altro. Adesso andiamo a cercare il terzo, che abbiamo già localizzato. Dev'essere nella Gran Vía, sulla terrazza di un hotel, a quanto pare. Formano una vera catena e dobbiamo andare a prendere gli anelli uno per uno, prima che si faccia giorno. Svelti.

L'auto, con Pedro e i suoi quattro compagni, partì in direzione della Gran Vía. S'introdussero nella hall dell'hotel, rimasero a bisbigliare con il compagno del banco e salirono sulla terrazza. Da lì scoprirono la lucina che Jiménez doveva continuare a manipolare dalla torretta di Santa Bárbara per intrattenere la terza spia. Un'altra lucina brillava inoltre in modo intermittente là lontano, verso l'Ovest.

-Lì c'è anche l'altro! – Esclamò Pedro pieno di giubilo.

-Dev'essere nella Moncloa.

-No, no; è a Rosales o in calle Ferraz dove ha il suo covo.

Scrutarono ansiosamente la notte.

-È in un grande edificio che si trova a Rosales, davanti al Parque del Oeste; da quelle parti non c'è nessun'altra costruzione così alta. – concluse uno dei miliziani dopo minuziose osservazioni.

Si rimisero allora a discutere con il compagno del banco. In quale stanza dell'hotel poteva essere la spia che stavano cercando? Oltre alla terrazza, nell'hotel

non c'erano altre finestre da cui¹⁹ potessero essere visibili le due lucine, che quella di una stanza occupata da giorni da un aviatore catalano leale alla Repubblica.

-Andiamo a provare la sua lealtà. – disse Pedro.

Scesero, fecero saltare il chiavistello della stanza, fecero luce e irrupero con i fucili puntati.

Un uomo giovane, bruno, rasato con cura, i capelli ondulati, una piccola medaglia d'oro al collo e in pigiama, si trovava sull'altro lato del letto, davanti ad un ampio finestrone spalancato. Aveva le mani dietro la schiena e al gridargli «Mani in alto» fece cadere qualcosa che diede un colpo secco al suolo. Pedro si chinò e raccolse una pila elettrica. Gli occhi gli brillarono con un'allegria feroce.

-Fuoco!- gridò.

L'hotel si scosse con i botti di quattro detonazioni fuori tempo. Non c'era paura che lo strepito della scarica sconvolgesse il vicinato. Non si aprì una sola finestra, né si udì una voce allarmata. Né un rumore, né un'ombra nei corridoi. Come se quell'hotel e quel quartiere fossero disabitati. Nella stanza accanto, l'inquilino verificò soddisfatto che gli spari non avevano ucciso lui, si coprì la testa con il cuscino e rimase così, quieto quieto, fino a quando venne giorno.

Con un buchino sulla fronte e un filino di sangue che gli scorreva lungo la guancia e il collo, il bel ragazzo rimase lì in ginocchio davanti al letto. Aveva la testa piegata e appoggiata al bordo del letto. Le braccia, infilate nell'ampio pigiama di seta, gli pendevano inerti fino al pavimento e gli davano un'aria grottesca ed elegante da *pierrot* di pezza.

-Dovevate portarlo via.- richiese il compagno del *comptoir* ai miliziani. - Non è bello che il cadavere appaia domani proprio nell' hotel.

-Buttalo nel montacarichi. –gli risposero. E giù per il montacarichi lo buttò, sostenendolo sotto le braccia come un fantoccio di pezza con le molle rotte, di quelli che si gettano nella spazzatura.

○○○○

¹⁹ Nel testo: *No había más ventanas desde la cual*. C'è un errore tipografico: il relativo dovrebbe essere al plurale dato che si sta parlando di finestre.

La terrazza e i piani alti della casa del paseo de Rosales, da dove, a quanto pare, operava il quarto anello della catena di spie, erano disabitati. Gli inquilini, tutte persone abbienti, erano fuggiti nel territorio dei ribelli o erano prigionieri. Solo una stanzetta del quinto piano era abitata. Dentro, una donnina elegante, protetta, a quanto rivelò il portinaio, da uno dei personaggi più prestigiosi della Repubblica, rimaneva con sua madre e con la sua cameriera. Quando i miliziani chiamarono alla stanza della signorina Carmiña, ci misero un bel po' ad aprire. Apparve una donna in età avanzata che non si fece spaventare né dai fucili né dalle brutte facce dei miliziani. Dovettero allontanarla rudemente perché liberasse loro l'entrata e allora sì che cominciarono proteste, insulti e minacce. Coraggiosa vecchia! Come strillava! Quella era una casa fedele al regime, non vi erano dentro altro che donne e ciò che i miliziani stavano facendo era un sopruso che avrebbero pagato caro. In quei momenti, sua figlia stava telefonando al direttore generale di Sicurezza e allo stesso ministro degli Interni.

-Che si presenti sua figlia-ordinò il compagno responsabile.

-Mia figlia è coricata nella sua camera da letto e non uscirà.

A un cenno di Jiménez, i miliziani scostarono la vecchia e s'infilarono nel corridoio. Trovarono una porta chiusa, fecero saltare la serratura ed entrarono in un'alcova da donna lussuosa e civettuola. Affondata fra i pizzi di un letto sfarzoso appariva una testina bionda e ondulata che s'inclinava sull'auricolare di un telefono. Jiménez strappò l'apparecchio e lo gettò in un angolo. La signorina Carmiña s'alzò furiosa. Jiménez, imperterrito si mise gli occhiali dalle lenti spesse e cominciò ad interrogarla. La ragazza rispondeva con disinvoltura e alterigia e il compagno responsabile esitò. Si erano sbagliati? Guardò la finestra. Era chiusa, con le persiane accostate e le tendine abbassate.

-Vi state sbagliando- ripeteva lei.

-È possibile. – dovette riconoscere Jiménez.

Tuttavia, diffidente, decise di fare una perquisizione nelle case attigue.

-Lei rimarrà detenuta qui con una guardia in osservazione mentre io faccio alcune verifiche.

Guardò i suoi uomini cercandone uno. Pedro era l'unico che gli trasmise fiducia.

-Tu, Pedro, rimani qui e bada che questa giovine non si muova e che non possano avvisare nessuno dalla casa fino a quando torneremo.

Jiménez uscì con i quattro miliziani. Pedro rinchiusse la giovane e la cameriera sotto chiave. Poi tornò nella camera di Carmiña e si sedette tranquillamente su una seggiolina.

-Mi fa il favore di uscire un momento in corridoio?- chiese lei.

-No.

-È che devo vestirmi.

- Non m'interessa.

-Lei è una canaglia e ciò che vuole è abusare di me.

Pedro la guardò con spregio e fece spallucce.

-Per lo meno guardi verso un altro lato mentre mi vesto.

-Che idiozia! – grugnì Pedro inclinando il capo di mala voglia.

-Di là- indicò lei sorridendo compiaciuta.

Gli indicava l'estremità opposta della camera. Pedro guardò lì distrattamente. In quell'angolo c'era una piccola pettiniera nel cui specchio si riflettevano il letto e il corpo della giovane che in quell'istante usciva dalle lenzuola e si mostrava quasi nuda. Pedro chiuse gli occhi. Li riaprì. Li richiuse. Nel piano inclinato dello specchio vedeva la donna quasi nuda, sorridente, mentre cambiava studiatamente posizione. Strinse i denti con rabbia, si alzò e si mise a guardare il dorso della dozzina di volumi che c'erano in una piccola libreria addossata alla parete.

Lo umiliava e lo irritava quella stupidità borghese del tentativo di sedurlo. Si mise a sfogliare a caso i volumi. Romanzi erotici di scrittori reazionari. Nascosto fra le pagine di uno di essi c'era un piccolo opuscolo. *L'alfabeto Morse. Come s'impara ad utilizzarlo* lessero i suoi occhi raggianti. Chiuse il libro, lo ripose al suo posto e si girò verso la giovane.

-Devo fare una perquisizione in questa stanza.

-Lei non ha diritto.

Pedro, disattendendo le proteste di Carmiña, apriva ormai le porte dell'armadio e prendeva le cassetine della pettiniera. In una di queste scorse, dentro una cornice d'argento, un viso conosciuto. Dove aveva visto recentemente quella faccia? Era un

uomo giovane, moro e bello, che lui aveva sicuramente visto in qualche posto. Certo! Era l'uomo che aveva ucciso mezz'ora prima nell' hotel della Gran Vía.

- Quest'uomo? – chiese a Carmiña.

- Un amico: è un ragazzo aviatore fedele al regime. Potete informarvi. Vive nell' hotel della Gran Vía.

-Viveva.

-Come?

-Niente.

Pedro aprì la finestra. Indicò con il dito indice nell'oscurità della notte il luogo dove doveva trovarsi l'hotel e chiese a Carmiña.

-Lì, vero?

Carmiña, sconcertata, rimaneva in silenzio. Pedro, si girò improvvisamente verso di lei e le intimò:

-Dove ha nascosto la pila?

-Cosa?

-La pila elettrica, sì, dov'è?

-Non so di cosa mi parla.

Pedro impugnò la pistola, mise una pallottola nella culatta e mirò al petto di Carmiña. Questa si coprì il viso con le mani terrorizzata. Poi si ricompose, drizzò la testa e replicò:

-Non so di cosa mi parla. Non ho alcuna pila.

Jiménez e i miliziani tornavano sconcertati. Non avevano trovato nulla. I segnali luminosi dovevano essere emessi per forza da quella stanza.

-È da questa stanza, e questa è la donna che li faceva. – affermò Pedro - Prove? Il manuale dell'alfabeto Morse e il ritratto della spia scovata nell' hotel, amico o fidanzato di quella signorina.

-E che cos'hai aspettato? –chiese Jiménez con terrificante freddezza.

- Beh ... visto che si tratta di una donna! C'è lì anche la madre.

- Cos'è? Ti fa pena? O è perché te la sei spassata bene con lei?

Si girò verso Carmiña:

-Andiamo, bambina.

-Dove?

- A fare un giro.

-No! Non uccidetemi! Per Dio e per la Vergine, non uccidetemi! Io vi racconterò tutto.

La sua sicurezza crollò improvvisamente. Raccontò come l'aviatore, suo fidanzato, l'aveva indotta a prestare quel servizio. Rivelò dove stava il posto di segnalazioni a cui lei trasmetteva le informazioni che le inviava il suo fidanzato attraverso la pila elettrica. Era una casa piccolina, situata all'altro lato della Moncloa, nella cuesta de las Perdices.

Jiménez ascoltò impassibile la confessione di Carmiña e concluse:

-Va bene. Deve accompagnarci.

-Non mi farete niente, vero?

- No.

Uscirono sul paseo de Rosales e si misero a camminare fino ai giardini della Moncloa. Davanti avanzavano Carmiña, avvolta in uno scialle di seta, e Jiménez, con la mano destra appoggiata sul calcio della sua pistola. A pochi passi, il compagno responsabile rimase deliberatamente indietro. Lei, intimorita, voltò la testa e vide che i miliziani puntavano i fucili. Fece un grido d'orrore e corse avanti con le braccia tese. Lo scialle di seta le svolazzava intorno al corpo come una farfalla persa nella notte. Volava lungo il viottolo in cerca di un rifugio impossibile, quando le pallottole del mauser la trafissero. Si abbatté fra un vortice di sete e di veli. Nel cadere, la gonna leggera le si avvolse alla cintura e sulla ghiaia del viottolo rimase distesa una gamba sottile e lunga come quelle gambe di cera che si espongono nelle vetrine.

I miliziani tornarono sul Paseo de Rosales in cerca dell'auto che li attendeva. Uno di loro, soprannominato il Monago, era rimasto indietro.

Jiménez, dall'auto, lo chiamò.

-Ehi, tu, Monago! Che fai?

-Ora vengo.

Il Monago stava scrivendo su un foglio queste parole:

<< Spia dei fascisti >>. Poi mise il foglio accanto al corpo della ragazza. Lo fermò con quattro sassolini perché il vento non se lo portasse via ed andò a raggiungere gli altri compagni, che già si spazientivano.

I miliziani circondarono la casetta della Cuesta de las Perdices. Quando chiamarono alla porta, gli risposero sparando. Il Monago andò al distaccamento di Aravaca e tornò con altri quindici o venti compagni che organizzarono seriamente l'assedio e l'assalto della casetta. Quelli dentro, vedendosi spacciati, si arresero. Erano cinque, tutti giovani e in tenuta da miliziani. Si chiusero in un mutismo assoluto. Un sesto prigioniero, scoperto dopo in un buco della soffitta, li tradì tutti. Tutti e cinque erano ufficiali dell'esercito travestiti da miliziani che si dedicavano allo spionaggio. Lui, era attendente di uno di loro. Gli ufficiali erano in comunicazione con un piccolo hotel del Plantío, che era un altro covo di spie, e da lì trasmettevano i segnali luminosi ad una capanna da pastore nella circoscrizione di Torrelodones. La catena di spie arrivava fino alla Sierra e si addentrava nelle linee dei ribelli. Jiménez collocò i cinque ufficiali contro la parete e con le braccia in alto. Pedro voleva fucilare anche l'attendente che li aveva denunciati.

-È un traditore-diceva.

-È uno dei nostri, è un uomo del popolo- argomentò il compagno responsabile- Abbiamo il dovere di redimerlo. Invece, per questi, per i signorini, non c'è redenzione.

Proprio lì, contro la parete, li fucilarono. Dovettero sparare su di loro per un po', perché non li centravano. Che fatica farli morire!

Senza soffermarsi, la pattuglia uscì diretta al Plantío. Rimanevano due ore scarse di buio e bisognava scoprire la fine della catena di spie prima che fosse giorno. Nel piccolo hotel del Plantío, un buon signore, grasso, calvo e con un'aria da burocrate, fu fatto sdraiare bocconi su una scrivania borghese, mentre alcuni bambini piangevano rinchiusi in una cucina e un'infelice donna terrorizzata si strappava i capelli grigi.

Una volta ai piedi della Sierra, a Torrelodones, il lavoro non fu tanto facile. Quando i miliziani circondarono la capanna del pastore dove li aveva portati l'attendente traditore, alcuni mastini li tradirono e un omone barbuto e robusto uscì in maniche di camicia con uno schioppo tra le mani e in pochi attimi raggiunse alcune rupi vicine, dietro alle quali si asserragliò. Da lì, come un cinghiale incalzato dalla muta, rimase a difendersi. Due dei miliziani caddero: uno con il viso distrutto e l'altro con le

gambe trafitte dalle pallottole dei suoi spari. Fra il bagliore delle continue fiammate, Pedro scorse in lontananza una lucina che lampeggiava come se interrogasse.

-Lì, lì c'è l'altro- avvertì il compagno responsabile.

-Bisogna farla finita presto con questo. Quello di là, se si rende conto di ciò che succede qui, può sfuggirci.

-Non sarà difficile scovarlo. Fai attenzione. Si trova lassù, a metà costa della montagna, già vicino al passo di Navacerrada.

-Lo caceremo poi. Ora dobbiamo finire con questo.

I miliziani restrinsero il cerchio. Gli spari del fuggitivo si distanziavano sempre di più. Non sparava più che a colpo sicuro e risparmiando le munizioni. Quando, dopo avergli sparato contro senza ottenere risposta per dieci minuti, si decisero ad avvicinarsi con cautela chiedendosi se l'avevano ucciso, un'ombra gigantesca piombò improvvisamente su di loro, brandendo lo schioppo afferrato per la canna come se fosse una mazza. Il miliziano che si trovava più vicino schivò il corpo dalla terribile mazzata e il fuggitivo si fece strada verso la montagna. Mentre spiccava un enorme salto per sprofondare nelle tenebre di un vicino precipizio, Pedro sparò su di lui. La pallottola lo raggiunse in aria e gli fece fare una piroetta. I miliziani si avvicinarono. Disteso al suolo si dibatteva fra i rantoli dell'agonia un omone robusto che conficcava le unghie nella terra e, ansimando, sollevava il petto coperto di peli nel quale si aggrovigliavano alcune medagliette e un crocifisso.

-Che Dio vi maledica, figli di cani! – ruggì.

Jiménez lo girò, spingendolo con la punta del piede, gli puntò la pistola alla nuca, sparò e lo lasciò schiacciato contro la terra che mordeva rabbiosamente l'erbetta. Sul cocuzzolo ispido di capelli corti e ritti, gli si notava ancora il segno della tonsura.

ooooo

I miliziani consegnarono i due compagni gravemente feriti al comitato rivoluzionario di Navacerrada e, subito dopo, la pattuglia intraprese la scalata della montagna. In quelle lande desolate non c'era altro edificio, dal quale si fosse potuto mandare i misteriosi segnali, che un grande sanatorio antitubercolare, ormai evacuato a metà, fino al quale arrivavano a volte i proiettili dell'artiglieria ribelle. Qualche notte,

innanzi alla furia del cannoneggiamento e considerando imminente l'arrivo dei mori e della legione, più di un povero tisiaco tacciato di antifascismo era fuggito terrorizzato attraverso i campi, fendendo la notte con il suono rotto della sua tosse cavernosa e cospargendo la neve che calpestava con i papaveri dei suoi sputi sanguinolenti.

Nel sanatorio, ormai, rimanevano soltanto i malati che più o meno apertamente simpatizzavano con i fascisti- per cui non temevano, anzi desideravano il loro arrivo- e qualche altro caso di malato nell'ultimo periodo della tubercolosi per i quali la morte che fischiava nei proiettili fascisti era un pericolo molto più remoto di quello della morte che avevano già nel petto. Per quanto sembrasse inconcepibile, anche fra quegli esseri infelici che aspettavano di morire distesi nelle corsie del sanatorio, la guerra civile si sosteneva con un astio feroce. Fascisti gli uni e antifascisti gli altri, si aggredivano verbalmente dalle loro brande con un accanimento veramente patologico. Forti delle prerogative del loro male e sentendosi condannati da una sentenza inesorabile, sfidavano tutte le coazioni e le minacce. Uno di loro aveva un panno con i colori della bandiera monarchica nascosto sotto al cuscino e, quando la febbre lo faceva delirare, s'alzava nel letto e facendo tremolare la bandiera sopra la sua testa gridava freneticamente: « Arriba España », mentre i malati vicini, nemici del fascismo, si dibattevano impotenti fra le lenzuola e chiamavano i miliziani perché lo fucilassero. Nella clinica non era rimasta altro che una sorella della Carità, suor María che, convertita nella compagna María iscritta al Soccorso Rosso Internazionale e con la sua tessera del Partito Comunista al petto, andava e veniva da un letto all'altro tentando invano di pacificare il furore politico, l'odio di classe di quegli infelici.

Quando i miliziani si presentarono nel sanatorio, uno di quegli spettri orribili, chiamò il compagno responsabile e si affrettò a denunciare volontariamente la spia.

-Quello! quello è un fascista! Dovete ammazzarlo ...

- Hai osservato, tu, le sue manovre ? Non hai fatto caso se fa segnali con una luce durante la notte?

-Sì, Sì, sotto al materasso tiene nascosta una pila. Uccidetelo perché io possa morire in pace.

Jiménez si avvicinò al letto del fascista che, con la fronte sudata sprofondata nel cuscino, lo guardava di traverso con una pupilla febbrile.

-Alzati.

Non si mosse. Lo inclinarono di colpo e da sotto il cuscino gli presero la bandierina rossa e gialla e una pila elettrica.

- È roba tua? –Gli chiese Jiménez che era ai piedi del letto.

-Sì, è mia. E allora?- gridò il malato levandosi sul letto.

Jiménez non rispose. Prese la pistola, mirò lentamente e sparò contro quel groviglio di pelle ed ossa che, come in una scena grottesca di pulcinella, crollò senza proferire un grido.

-Grazie, molte grazie, compagno -disse dal suo letto l'altro tisico- Adesso posso morire tranquillo.

E si avvolse nella coperta per addormentarsi.

○○○○○

Superato il passo di Navacerrada cominciava lo scenario della guerra. Dovunque si trovavano cumuli di equipaggiamenti, camion carichi di munizioni e viveri, pattuglie e posti di guardia. Laggiù, alla fine del pendio, verso Valsaín, c'erano le avanguardie fasciste. Nella spianata de Las Dos Castillas, gli artiglieri leali collocavano i pezzi di grosso calibro per abbattere le posizioni fortificate del nemico non appena spuntasse il giorno. Jiménez, seguito dalla sua pattuglia, cercò il comandante di quel settore del fronte.

-È impossibile.- gli disse il comandante- che qui al fronte, nelle nostre stesse linee, ci siano spie che s'azzardino ad agire. Questi segnali luminosi che noi non abbiamo notato vanno sicuramente sopra le nostre teste al campo nemico.

- Dev'esserci ancora un ultimo anello nelle nostre file. – insistette Jiménez.

- Fate pure le indagini che volete. Ma state attenti. Il fronte è molto irregolare e potete finire nella bocca del lupo.

Jiménez e i suoi uomini discesero in auto giù per il versante nord della Sierra. Le sentinelle gli ripetevano sempre con più premura l'avvertimento del pericolo. Uno di loro non li lasciò più passare in auto e raccomandò loro che, se volevano proseguire oltre, lasciassero il veicolo lungo la strada e si mettessero a camminare con precauzione per i sentieri della montagna, senza perdere di vista gli appostamenti avanzati del fronte

repubblicano. Jiménez insistette nell' avanzare. Aveva visto là, lontano, nelle profondità della valle, una lucina tremolante, e voleva arrivare fino ad essa a tutti i costi.

-Lì! Lì ci sono gli ultimi traditori! –diceva- Non li lasceremo vivi per paura delle pallottole fasciste. Bisogna arrivare fino alla fine. Fino alla fine! – ripeteva ossessionato.

I miliziani che lo seguivano, vedendosi persi nei luoghi impervi della montagna, davanti alle trincee fasciste, esitavano.

-Bisogna andare a prendere questi traditori- insisteva il compagno responsabile- anche se fossero sotto il naso stesso di Franco.

E si lanciava giù per il dirupo come un pazzo, seguito da Pedro che, stringendo il fucile fra le mani e con le mandibole strette, avanzava senza vedere la strada, con gli occhi fissi nella lontananza dove, di tanto in tanto-illusione o realtà?- brillava una lucina. Gli altri miliziani rimasero indietro fra i pini. Jiménez, vedendosi solo con Pedro, urlò frenetico:

-Vigliacchi! Assassini! Non sono capaci d'altro che assassinare a tradimento vecchi e donne. Li fucilerò tutti. Tutti!

Impazzito dal furore, avanzava alla cieca con le lenti spesse degli occhiali appannate e credendo di vedere sempre una lucina ogni volta più distante. Pedro, dietro di lui, come un cane remissivo, spalancava disperatamente gli occhi alla fantasmagoria dell'aurora e cercava fra le esitazioni dell'alba quella lucina ideale che li portava alla morte.

-Tu la vedi?-chiedeva Pedro.

-Lì! Lì!-diceva Jiménez allungando il braccio senza smettere di correre.

Dal labirinto dei pini, le cui radici gli si ingarbugliavano fra le gambe, uscirono in una piana spaziosa al cui limite brillava, chiara e distinta, una lucina d'argento. Era quello il segnale della spia? Era la stella dell'alba?

-Lì! Lì! –gridò Jiménez trionfante, mentre correva per il grande prato.

Un semicerchio di fiammate tagliò il prato con le sue cinquanta linguette di fuoco. Sotto il tuono della scarica serrata, Jiménez e Pedro piegarono le ginocchia e palparono prima con le mani e poi con la faccia l'erba bagnata e fredda.

Jiménez restò lì con gli occhi spalancati. Inchiodata in quelli si portò per sempre l'immagine di quella lucina distante.

Pedro, mentre si dissanguava, si andava placidamente addormentando. Si sistemò sull'erba fresca e soffice. Nella guerra e nella rivoluzione era difficile dormire. Ma come si dormiva bene alla fine!

2.3 Le gesta dei cavallari

Trascinate da Currito, lo staffiere del marchese, le quattro cavalle dei signorini originarie di Jerez scalpitavano e urtavano con lo zoccolo i ciottoli del patio; la groppa lucida, la criniera curata, l'occhio vivo, l'orecchio teso, il labbro schiumante, la cinghia stretta, la carabina nell'arcione della sella da bovaro.

Volteggiava allegra la grande squilla sul campanile del casolare.

Nel cascinale²⁰ e nelle sue vicinanze, i ragazzi, con il cappello a tesa larga posto sulle sopracciglia ombrose e lo schioppo fra le gambe, attendevano seduti sulle panche di pietra che si celebrasse la messa dei signori.

Stravaccato su una seggiolina da frate, quando il passaggio della messa glielo permetteva, in piedi o con un ginocchio in terra e il nobile capo inclinato, quando il messale lo ordinava, il signor marchese assisteva alla funzione. Alla sua destra aveva la zia Conchita e dietro, dritti come fusi, i suoi tre figli maschi: José Antonio, Juan Manuel e Rafaelito, tre uomini imponenti come tre castelli, con le loro giacchettine bianche, i loro cosciali in cuoio, le brache strette, gli speroni d'argento, che giocherellavano col frustino fra le mani curate.

Padre Frasquito andava e veniva facendo a piccoli passi i suoi gesti rituali davanti ad una nicchia aperta nel muro di un' ampia sala da pranzo, dove di consueto si celebrava la messa dei signori in un altarino portatile che Oselito, il sacrestano, metteva e levava tutte le mattine dopo aver servito proprio lì la colazione. All'altra estremità della vasta stanza ascoltavano la messa anche l'amministratore, Don Felipe, il fattore Montoya e il caposquadra Heredia. Nel vuoto del passavivande sporgevano la testa le donne della cucina, una vecchia e due ragazzine vogliose di ricevere almeno di striscio la benedizione di padre Frasquito. Una grande spirale di fumo blu, attraversata da un raggio di sole molto esteso, profumava il mite ambiente con l'odore della lavanda fresca che Oselito bruciava nell'incensiere. Durante la messa dei signori si bruciava la lavanda e non l'incenso, perché al signor marchese infastidiva l'odore d'incenso e padre Frasquito non era troppo intransigente in queste minuzie liturgiche. Con gli ultimi amen e segni della croce le donne se ne andarono a fare le pulizie, il prete si levò di dosso

²⁰ Nel testo: *Gañanía*, luogo dove si raccolgono i braccianti (RAE). In mancanza di una parola esattamente equivalente in italiano, ho utilizzato un termine con un significato più generico.

“l’abito luccicante”, Oselito brandì lo spegnitoio e il signor marchese e i suoi tre figli si calarono gli ampi cappelli cordovani, trattenendoseli con le barbine, ed uscirono sul patio, dove Currito, il lacchè, li aspettava con i cavalli. José Antonio, il figlio maggiore, tenne la sella al padre mentre montava. Ad una rispettosa distanza i quaranta ragazzi della masnada, avanzavano con i loro cavalli da lavoro e i loro schioppi. Le due guardie giurate, bandoliere e terzaruolo, s’infilavano nella truppa di cavallari per dar loro le ultime istruzioni. Il signor marchese, a cavallo al centro del patio, assisteva a come si organizzava e si metteva in marcia la sua piccola truppa. I suoi figli gli facevano da scorta, mentre il fattore e il caposquadra, i suoi luogotenenti, andavano e venivano risolvendo le difficoltà che si presentavano all’ultimo minuto. Quando tutto fu predisposto, Padre Frasquito e la zia Concha uscirono a salutare i partecipanti alla spedizione. Dietro di loro, il coro di donne della cucina piagnucolava sommessamente.

La zia Conchita, con i suoi settant’anni, era l’unica donna dell’illustre famiglia che rimaneva nella tenuta. Le figlie e le nuore del marchese si trovavano a Biarritz, Cascaes e Gibilterra da prima che cominciasse la guerra. Ma la zia Concha, che non aveva paura di niente e di nessuno, non aveva voluto andarsene.

-Allora, padre Frasquito, lei non si azzarda a far parte della squadra?

-Mi piacerebbe molto andare alla caccia di questi banditi comunisti, ma non mi azzardo per rispetto dell’abito talare. Poi dicono che noi preti siamo bellicosi e sanguinari ...

-Ma si figuri, Padre Frasquito, lasci perdere gli scrupoli e se ne venga con noi. Se i comunisti prendono lei, non si faranno molti riguardi ad affettarle la collottola.

Senza pensarci due volte, Padre Frasquito, che lo stava desiderando, chiese uno schioppo e una cartucciera che si cinse sopra la veste, sostituì il berretto con un cappello cordovano e saltò valorosamente sul dorso di un ronzino.

-Che si sappia che Padre Frasquito non ha paura né dei comunisti né dei fascisti.

Il marchese, piegando il busto dalla sella, affrontò la sua gente che ormai si metteva in marcia. Avrebbe voluto pronunciare per loro una brillante arringa. Temette di farlo male e si accontentò di un cenno e di un grido.

-Viva la Spagna!- esclamò

-E la madonna del Rocío- aggiunse il prete.

I cavallari risposero scuotendo i cappelli e la piccola truppa si mise in marcia. Davanti, in avanscoperta, procedevano le due guardie giurate, seguite dai tre figli del marchese con il fattore e il caposquadra. Poi, marciava il marchese, portando da un lato il prete e dall'altro l'amministratore e, dietro di loro, a piedi, il lacchè Currito e il sacrestano Oselito. Poi veniva la massa compatta dei cavallari, tutti al soldo del marchese: bovari, mandriani, pastori, gente del campo nata e cresciuta all'ombra della tenuta e del marchesato.

Il marchese, il prete e l'amministratore conversavano:

-Il generale Queipo - diceva il marchese - mi ha chiamato per dirmi che, se lo aiutavamo, era disposto a lasciare pulita dai banditi comunisti la campagna del contado. Ieri pomeriggio, un centinaio di mori e un altro di legionari, che con mezza decina di mitragliatrici andranno a fare piazza pulita lungo la strada principale fino alla provincia di Huelva, sono usciti da Siviglia. Io mi sono impegnato a ripulire con la mia gente questi dintorni fino a riunirci con loro.

- Da Siviglia è uscito anche l'Algabeño con la sua truppa di cavallari nella quale si muovono i migliori fantini dell'aristocrazia sivigliana e gli uomini della sua squadriglia, i suoi banderilleros e domatori, valorosi come lui e capaci di battersi tanto in una corrida di Miura quanto in una giunta comunale del fronte popolare.

-Dietro ai mori ed ai legionari devono essere usciti da Siviglia, questa mattina, tre camion con quaranta o cinquanta ragazzi della Falange. Faremo una retata di questi banditi comunisti che non ne rimarrà uno in tutto il contado.

Non sembrava che ci fossero molti comunisti nel posto che la truppa di cavallerizzi attraversava. Per le strade deserte si scorgeva appena qualche vecchio o qualche donna che, non appena li vedevano, alzavano il braccio facendo il saluto romano.

-Questi cani- diceva l'amministratore- sono gli stessi che prima ci sventolavano il pugno sotto il naso, quelli che rubavano il bestiame del signor marchese e lo sgarrettavano quando non potevano fare altro e quelli che ad ogni ora minacciavano di scannarci.

-Il popolo- replicò il marchese- è sempre codardo e crudele. Gli dai la mano e ti prende il braccio. Ma se lo picchi ben bene si umilia. Da che mondo è mondo i popoli si sono

governati così, col bastone. Questo è quel che non hanno voluto capire quegli'idioti della Repubblica.

E poiché non aveva più niente da dire, tacque. Le nuvole bianche e rotonde camminavano nell'azzurro allo stesso passo lento della cavalcata. La campagna deserta, senza un albero, senza una casa, senza una collina, evidenziava la sfericità della terra. In testa al corteo, i tre figli del marchese chiacchieravano con il fattore e il caposquadra

-Quanta gente abbiamo di fronte? –domandava Rafael, il prediletto della famiglia, un ragazzo simpatico ed allegro a cui tutti i vecchi servitori della casa davano del tu.

-Poca, Rafaelito. Se non è venuta gente dalle miniere di Riotinto, i contadini di questi paraggi che sono andati con i comunisti sono pochi. Però sono i migliori.

-Come i migliori?- chiese in malo modo il primogenito.

- Beh ... i migliori per la lotta, voglio dire; i più ribelli, quelli che sono più capaci di rischiare la vita.

-Anche noi abbiamo gente coraggiosa. Ecco che arrivano il Picao, il Sordito e il Lunanco.

- Pff ... ubriaconi. Preghi Dio, signorino, perché le cose vadano bene e i comunisti non riescano a suonarle al marchese o uno di voi. Loro, i comunisti, hanno la loro idea e per essa si fanno ammazzare; i nostri no, vanno dove li manda il signor marchese. Che lui non ci manchi!

-Chi comanda i comunisti? –domandò Rafael.

-Quelli non li comanda nessuno. Con loro c'era il Maestrino di Carmona, quel ragazzo comunista...

- Julián?

- Sì, non era forse un tuo amico... ?

-Sì, l'ho conosciuto da studente.

-Insomma, lui e altri due o tre operai meccanici di Siviglia, di quelli che venivano in campagna per guidare i trattori, sono quelli che comandano i braccianti.

- Pensava bene mio padre, quando non voleva che le macchine entrassero in campagna. –replicò José Antonio. – Lui diceva che sarebbe andato in rovina piuttosto che mettere un uomo vestito d'azzurro in un cascinale. Questi piccoli operai della città sono quelli che hanno avvelenato queste bestie di contadini.

Il rumore di uno sparo interruppe all'improvviso la chiacchierata. Una delle guardie giurate che procedevano nel reparto avanzato se ne stava con lo schioppo puntato e un'altra spronava il suo cavallo per andare a prendere la preda. Un uomo o una bestia?

Un ometto che si rotolava e gemeva fra i cespugli come una bestia. José Antonio e Juan Manuel si avvicinarono. Lo sparo di sale della guardia l'aveva centrato sulla schiena e sul collo, da dove, attraverso la pelle lacerata, gli sgorgavano alcuni piccoli zampilli di sangue.

-L'ho visto quando ci stava facendo la posta nascosto fra i cespugli di cisto- spiegò la guardia-; gli ho dato l'altolà e non appena si è messo a correre, ho sparato contro di lui.

Era uno zingarello negro e asciutto come un abissino, le cui pupille, dilatate dal dolore e dalla paura, fissavano alternativamente i due che l'avevano preso, cercando di indovinare quale di loro gli avrebbe dato il colpo di grazia. Lo portarono strascicando alla staffa del signor marchese, che lanciò uno sguardo duro su quella povera cosa tremolante e non si degnò di rivolgergli la parola.

-Legatelo bene- ordinò- a Siviglia vuoterà il sacco.

Una delle guardie gli legò le mani alla coda del suo cavallo e il gruppo continuò il suo percorso lungo il sentiero polveroso verso il casolare della Concepción, dove, secondo i confidenti, i comunisti erano stati quella stessa notte. Già alla vista del casolare, i cavallari si piegarono in semicircolo e, con le carabine e gli schioppi appoggiati sul fianco, si lanciarono al galoppo. Arrivarono fino ai bianchi muri della proprietà senza che nessuno li osteggiasse. Nell'ampio patio, che la casa dei signori, il podere, il cascinale e le tettoie formavano, non c'era un'anima. Il sole faceva lentamente il suo percorso e alcune galline razzolavano in un mucchio di sterco. I cavallari, esultanti per la loro facile conquista, facevano caracollare i puledri e acclamavano il signor marchese, il generale Franco e la Spagna.

I figli del marchese smontarono ed entrarono nella casa di campagna. Nessuno. Nei grandi stanzoni deserti i cassettoni apparivano sventrati, le porte degli armadi scardinate e i coperchi delle vecchie cassapanche di quercia forzati. Quanto c'era di valore nella casa di campagna era stato rubato o distrutto. Confitto sulla porta c'era un foglio sul quale si leggeva Comitato. Dentro, un tavolo, fogli, molti fogli, cassoni rotti,

bossoli di proiettile e, nella parete, una bandiera rossonera²¹ e alcuni cartelli rivoluzionari scritti con molto odio e molti errori di ortografia. I signorini uscirono all'aperto attraverso la porta posteriore della casa devastata. Per di lì erano fuggiti alcune ore prima i comunisti. Nel piccolo recinto un vitellino, inchiodato al suolo con le zampe anteriori spezzate, alzava la testa al cielo muggendo tristemente. José Antonio, il primogenito, gli si avvicinò e il manzo girò verso di lui i suoi grandi occhi teneri e stupidi. L'avevano sgarrettato. Nel fuggire, i comunisti avevano spaccato i garretti ai manzi che non ebbero tempo o modo di portarsi via.

José Antonio, intenerito dalla sofferenza della povera bestia, prese il coltello dalla cintola e, prendendo il vitellino per una delle corna, gli piegò la testa, gli affondò il ferro nella piccola cervice e lo fece cadere scomposto in un solo colpo.

-Perché non soffra, poveretta.

Un impeto di furore attraversò i suoi occhi. Con il ferro ancora in pugno, si rivoltò furioso contro il piccolo gitano prigioniero che se ne stava ancora con le mani legate alla coda del cavallo.

-Canaglia, assassino! – gli gridò.

E la lama del coltello, tinta nel sangue della bestia, si affondò nella carne dell'uomo che, mentre spirava, rimase con le braccia distese, penzolando dalla coda del cavallo alla quale era ammanettato.

Il prete arrivò correndo a grandi falcate e recriminò José Antonio per il suo impulso.

-Hai fatto male, avresti dovuto avvisarmi prima. Perché sono qui, io, se non per sistemare le carte a quelli che dovete spedire in viaggio all'altro mondo?

E, tra il serio e il faceto, si mise a borbottare parole latine, a fianco del piccolo gitano morto, che, giacente, aveva il profilo preciso di un principe della dinastia sassanide.

ooooo

Il paese intero sembrava spopolato. La masnada camminò per tutta la mattina senza trovare un'anima viva che le venisse incontro. A mezzogiorno i cavallari

²¹ Sono i colori degli anarchici, non dei comunisti

arrivarono alle prime case di Villatoro. Il marchese ordinò che metà della sua gente smontasse e, lasciando i cavalli al sicuro, andasse in avanscoperta facendo il giro nei dintorni del villaggio fino ad accerchiarlo. I rossi potevano aver preparato la difesa all'interno delle case.

A capo dei suoi figli, dei suoi fattori e del resto della sua truppa, il marchese stesso s'incamminò avanti per la calle Real. Il passaggio dei cavalieri per la larga via fu una parata solenne e silenziosa.

Nel grande silenzio del villaggio risuonavano soltanto gli zoccoli ferrati dei cavalli nel cozzare contro i ciottoli della strada selciata. Le porte e le finestre delle case erano sbarrate, ma sulle tettoie e sulle terrazze erano appese, flosce, le lenzuola bianche della sottomissione. Il marchese e la sua scorta arrivarono alla piazza principale. Di fronte al municipio fumavano ancora le travi annerite della copertura della chiesa e le tavole degli altari ridotte in frantumi e sparse fra le macerie di quel che erano stati i muri dell'atrio. Il vento si divertiva a sfogliare le pagine dei libri parrocchiali e dei grandi messali i cui bordi erano mordicchiati dalle fiamme.

Asserragliati strategicamente dietro gli angoli con il fucile o lo schioppo fra le mani e disposti a respingere qualsiasi aggressione, i cavallari aspettarono che si unissero a loro quelli che erano usciti in avanscoperta. Né gli uni né gli altri trovarono nessuno. Era deserto il villaggio? Gli avevano teso un'imboscata?

Una piccola finestra angusta del soppalco di una misera casupola si aprì timidamente e vi si sporse una testa calva con una faccia gialla e una bocca senza denti che gridò: <Arriba España!>>

-Arriba España!-risposero i cavallari abbassando le canne dei fucili.

Poi quell'uomo uscì e a grandi riverenze andò ad abbracciarsi ad uno dei ginocchi del marchese, che ancora a cavallo al centro della piazza, distribuiva strategicamente i suoi uomini.

-Vivano i nostri salvatori! Viva i salvatori della Spagna! – gridava il vecchietto piangendo di allegria.

Raccontò che il villaggio era quasi deserto. All'inizio, quando i rossi se ne impadronirono, i ricchi che fecero in tempo scapparono a Siviglia. Quelli che non poterono fuggire, furono uccisi o portati prigionieri verso il Ríotinto e l' Extremadura.

Lui era rimasto nascosto in quella casetta per molti giorni col rischio che lo fucilassero se lo scoprivano, poiché era sempre stato un uomo di destra. Tutti, assolutamente tutti gli abitanti che erano rimasti nel villaggio, erano stati dalla parte del Comitato Rivoluzionario, alcuni per debolezza di carattere ed altri molto compiaciuti. Tutti avevano assistito impassibili ai saccheggi e alle uccisioni o avevano preso parte attiva in essi. Erano delle canaglie che bisognava fucilare in massa. Ci sarebbe andato lui a denunciare le angherie di ognuno.

-E sono ancora nel villaggio i responsabili?

-I più compromessi se ne sono andati all'alba al seguito del Comitato Rivoluzionario; sono rimasti solo quelli che credono di non aver lasciato traccia della loro complicità ma io sono qui, sono qui, ancora vivo, per smascherare questi ipocriti. Ogni volta che vedrò con il braccio alzato e la mano distesa uno di questi che se ne sono stati con il pugno in alto, lo farò impiccare. Sì, signore. Lo denuncerò io, io stesso, che non potrò vivere tranquillo fino a quando non li vedrò impiccati tutti.

E con la crudeltà feroce dell'uomo che ha avuto paura, una paura insuperabile, più forte di lui, domandava:

-Vero, signor marchese, che li impiccheremo tutti?

Rafael, che se ne stava nel capannello di coloro che ascoltavano l'afflitto strinse le briglie al suo cavallo e si allontanò intristito. Guardò la via deserta con le porte e le finestre delle case ermeticamente chiuse. Cosa succedeva, in quel momento, all'interno di quelle umili dimore? Cosa pensavano e cosa temevano da loro? Da lui stesso? Era vero che dovevano impiccare tutta quella gente come voleva quel vecchietto terrorizzato?

Delle grandi acclamazioni lanciate tutte in coro e un formidabile fragore di clacson e megafoni provenivano da uno degli ingressi del villaggio. Arrivavano i camion della Falange Spagnola, uscita da Siviglia per prender parte all'operazione di pulizia della campagna del contado. Sventolando le loro bandiere rossonere, alzando i loro fucili sopra le teste e cantando a gran voce il loro inno, i falangisti, ammassati nei camion, attraversarono il villaggio ed arrivarono fino alla piazza principale, dove smontarono e si schierarono con grande pompa e spettacolo. La centuria, divisa in squadre, fece varie evoluzioni al grido dei suoi capi.

I falangisti, con le loro uniformi irreprensibili, con camicie azzurre, i berretti da caserma, cinghie e pantaloni neri, imitavano il sussiego e l'automatismo militare con tanto zelo, che gli stessi militari di professione, nel vederli fare le loro evoluzioni, sorridevano benevolmente. Il gusto inedito del povero uomo civile per il brillante apparato militare aveva trovato l'occasione di saziarsi. Ai militari questa parodia non li divertiva molto.

Il capo della centuria della Falange rimase a conversare con il marchese e poi se ne andò giù per la via accompagnato dal vecchietto e seguito da una pattuglia di falangisti armi in spalla. Il marchese e la sua gente si riunirono a consulta senza scendere dalla sella. Lì non c'era nulla da fare. Il nemico era fuggito. Bisognava andare a cercarlo. Non si otteneva nulla terrorizzando quelli che se ne stavano rinchiusi nelle loro case mentre le bande di combattenti facevano di testa propria. Bisognava incalzarli e affrontarli a viso aperto. Tutti i comunicati segnalavano che i rossi nella loro ritirata si concentravano a Manzanar. Lì bisognava andare a dargli battaglia il prima possibile. I capisquadra uscirono per raggruppare la gente e spingerla un'altra volta verso i campi.

I capi fascisti avevano un'altra opinione. Prima di continuare ad avanzare, bisognava pulire la retroguardia. A Villatoro si poteva fare una bella retata di banditi rossi con la cooperazione della gente di destra del villaggio, che li avrebbero denunciati con piacere. Una semplice operazione di polizia, nella quale si sarebbero impiegate solo poche ore.

Il marchese, obietto sdegnosamente che quella non era un'impresa per lui e ripeté ai suoi capisquadra l'ordine di marcia. I falangisti decisero di rimanere nel villaggio. Avevano molte cose da fare. E formando diverse pattuglie presero le entrate e le uscite del borgo e si occuparono di andare casa per casa facendo perquisizioni e arresti. A guidare il capo della centuria c'era il vecchietto della finestrina.

Frattanto, Rafael lasciò a briglie sciolte il suo cavallo, uscì verso la campagna e facendo il giro dietro ai recinti delle case arrivò fino ad un oliveto nel quale scese a terra e si sedette su una pietra a fumarsi una sigaretta, da solo con le sue preoccupazioni. Da quel luogo vedeva le bianche casette del villaggio stipate intorno alla torre mozzata e annerita della chiesa incendiata. Non c'erano pennacchi di fumo nei camini delle case,

né si scorgeva un essere umano in tutto ciò che lo sguardo raggiungeva. Che solitudine! Che tristezza! Non aveva mai sentito tanto nettamente la sensazione del vuoto.

A scuotere la sua malinconia sopraggiunse una scena che si svolgeva in lontananza, davanti ai suoi occhi: una donna apriva prudentemente la porta posteriore del recinto di una casa, scrutava i dintorni e, alcuni secondi dopo, un uomo usciva dietro di lei, l'abbracciava in fretta e si metteva a correre rasente i graticci dei recinti. L'uomo andava chinato e portava in mano uno schioppo. Rafael fece per afferrare la carabina, ma in quel momento, due o tre ragazzini, che da lì si vedevano piccolini come nani, uscivano sulla porta del recinto e, alzando le loro braccine, salutavano quello che correva. Questi, senza voltare la testa, avanzava rapidamente lungo il campo raso per raggiungere quanto prima il folto dell'oliveto, dove Rafael con la carabina puntata, lo attendeva a piè fermo. In quell'istante vide che dietro alla donna e ai ragazzini apparivano cinque o sei falangisti, che riconobbe da lontano per la pennellata azzurra delle camicie. La donna, nel ritrovarsi con loro, si gettò ai piedi di quello che sembrava essere il capo e a Rafael parve di intravedere che si divincolavano con forza. Poté vedere come il falangista si staccava e, mentre la donna rotolava al suolo, puntava l'arma e sparava. Il fischio della pallottola dovette risuonare con la stessa intensità nelle orecchie dell'uomo che correva e in quelle di Rafael. Questi, nascosto dietro al tronco di un olivo, vedeva avanzare verso di lui il fuggitivo, che attento soltanto al pericolo che aveva alle sue spalle, gli si gettava addosso stupidamente. Ci fu un momento in cui avrebbe potuto ucciderlo come un coniglio. Forse la sua volontà avrebbe voluto essere quella di premere il grilletto della carabina e sparare. Ma non lo permette. Perché? Lui stesso non lo sapeva. Quando l'uomo, nel passare vicino a lui come una meteora, avvertì infine la sua presenza, lanciò una maledizione, fece un salto gigantesco e, allontanandosi, corse con più ansia ancora. Rafael lo seguì nella sua fuga contemplandolo dal mirino della sua carabina. E questa volta non lo uccise perché non volle. E pensando che era così, perché non voleva, lo perse di vista.

Gli inseguitori avanzavano ormai facendo fuoco di fila contro l'oliveto. Rafael si gettò a terra, dietro un grosso tronco, e quando sentì che i falangisti erano ormai vicini, gli gridò:

-Arriba España! Non sparate, amici, che colpite uno dei vostri.

Lo circondarono sospettosi puntandolo con i fucili.

Dichiarò la sua identità e lo riconobbero.

-Lei non ha visto passare per di qua un comunista armato che fuggiva?- Gli domandò il capo della centuria che andava a capo della pattuglia.

-No.

-È strano, è strano. Dovrà spiegarlo.

Rafael strinse le spalle e se ne andò. Lui era un *señorito*²². E si batteva per non smettere di esserlo.

ooooo

Il vecchio marchese e la sua piccola truppa, non sapevano dove si erano cacciati. Ogni finestra era una bocca di fuoco per i cavallari. I rossi, concentrati a Manzanar, li avevano lasciati arrivare tranquillamente e, quando li ebbero nella via principale del villaggio gli tagliarono la ritirata, e da tutte le case iniziò a piovere piombo sopra di loro. Alcuni cavalli si spaventarono, due o tre fantini caddero fragorosamente dalla sella, e il brillante corteo si accalcò intorno al suo capo, il vecchio marchese, provocando una spaventosa confusione. Reggendo con mano ferma il suo cavallo impennato, il marchese gridò:

-Avanti! Arriba España!²³

E circondato dai suoi figli e dai suoi capisquadra, che facevano fuoco disperatamente contro gli invisibili nemici, si fece strada verso la piazza maggiore. Dietro di lui accorse il grosso dei cavallari.

Quando sfociarono nella piazza, al galoppo, i rossi, che appostati all' entrata gli facevano fuoco a mansalva, ebbero un momento di sconcerto. Si aspettavano che i cavallari avessero retrocesso invece di avanzare. Questa mossa, li salvò. José Antonio e Juan Manuel, brandendo le carabine come mazze, si buttarono sui tiratori rossi e li dispersero momentaneamente. I cavallari approfittarono di quegli istanti per rifugiarsi dapprima nei porticati della piazza, buttarsi giù dai cavalli e cacciarsi poi avanti, di

²² Ho preferito mantenere il termine nella forma originale spagnola, dato che né "signorotto", né "signorino" riflettono l' idea del gruppo sociale implicito nella parola spagnola.

²³ L'esclamazione è rimasta anche in italiano come un'icona nazionalista. Meglio non tradurla.

slancio, nel casermone del comune, travolgendo quelli che cercarono di opporgli resistenza. Sotto un fuoco letale i cavallari arrivarono fino a lì e si asserragliarono. Quelli che restarono indietro caddero quando tentarono di attraversare la piazza, battuta dai quattro angoli da un fuoco terribile di fucileria.

I cavalli abbandonati correvano da un lato all'altro della piazza, sotto un diluvio di proiettili che li abbattono uno dopo l'altro. Le bestie ferite e grondanti di sangue, galoppavano furiosamente intorno alla piazza, cercando inutilmente un'uscita. Uno dei cavallari che giaceva ferito al suolo venne calpestato orrendamente. Un altro, che uscì insensatamente a salvare il suo cavallo, stramazzone abbracciato al collo della bestia: la stessa pallottola li aveva uccisi entrambi.

Quando non rimase un essere vivo nel cerchio della piazza e i cavallari che si erano salvati, stettero trincerati e in condizioni da impedire momentaneamente qualsiasi tentativo di assalto all'edificio del municipio, videro che del bizzarro squadrone rimanevano solo una ventina di uomini validi e otto o dieci feriti. Gli altri erano morti o erano in fuga per la campagna.

Rifugiati nei seminterrati del casermone, i fuggitivi incontrarono cinque o sei donne e otto o dieci ragazzini che si trovavano dentro quando i cavallari avevano fatto la loro irruzione e che erano rimasti in ostaggio quando i rossi vennero travolti ed espulsi. Questi continuavano a sparare, ma gli uomini del marchese erano ormai al riparo. L'edificio del municipio era solido, era isolato e si poteva tentare la resistenza per alcune ore. S'improvvisarono parapetti e feritoie, si distribuirono strategicamente gli uomini e si poté far fronte alla situazione con una certa speranza. Se avessero potuto resistere due o tre ore, ci sarebbe stato tempo per l'arrivo dei mori e della legione, che li avrebbero salvati.

I rossi, che di sicuro comprendevano la situazione, aumentavano la furia nell'attacco. Presto i cavallari si resero conto che si stava preparando un assalto in piena regola alla loro improvvisata ridotta. Ci furono alcuni minuti di terrificante calma. Quella pausa servì perché i rossi facessero agli assediati un'intimazione formale di resa. Il señorito Rafael sentì che lo chiamavano per nome dall'interno di un edificio attiguo a quello del municipio. Appiccicato al muro, accanto ad una finestra trasformata in feritoia, rispose:

- Rafael è qui. Chi lo chiama?
 - Sono io, Il maestrino Julián, che lo chiama. –replicarono dall’altro lato.
 - Cosa vuoi?
 - Che tu convinca la tua gente che si deve arrendere.
 - Ti sei dimenticato di chi sono io e di qual è la mia casta? Non mi chiamasti sempre “il señorito”? Un señorito non si arrende.
 - Maledetti señoritos! Vi conviene arrendervi se non volete morire tutti come cani. Non ci sono più i señoritos.
 - Prima vi arrenderete voi, codardi! In meno di due ore verranno in nostro soccorso le truppe di Siviglia. Fuggite presto se non volete che vi distruggano.
 - Fra due ore i nostri dinamitardi faranno saltare in aria la casa con tutti voi dentro.
 - Faranno saltare in aria anche le donne e i bambini che abbiamo preso qui.
 - Appiccheremo fuoco all’edificio e quando uscirete fuggendo dall’incendio vi daremo la caccia a fucilate.
 - Metteremo davanti le vostre donne e i vostri figli perché ci servano da scudo.
- Ci fu un momento di terribile silenzio. I due uomini provarono paura delle loro stesse parole.
- Tu non farai questo, Rafael. Non hai il coraggio per fare quest’ infamia. – disse dopo un pò il Maestrino.
 - Né tu farai saltare in aria la casa con la dinamite, Julián. –Affermó Rafael
 - Ci siamo detti tutto allora?
 - Ci siamo detti tutto.

La gente, da un lato e dall’altro si spazientiva. I rossi ripresero di nuovo il fuoco di fucileria contro gli assediati; questi, sotto il diluvio delle pallottole che s’infilavano nella casa per tutti i vuoti, si difendevano male, non avevano né uomini né munizioni per coprire tutti i punti vulnerabili.

-Dove non si può mettere un tiratore, si sistema ben visibile una di queste donne che abbiamo preso e poi vedremo se continuano a sparare. –propose il Lunanco, vecchio spaccone rurale, dalla pelle e dal cuore induriti.

-Questo no!-replicò Rafael.

-Perché no?- lo interpellò in malo modo il fratello Juan Manuel.

-Perché io non ho voglia- rispose Rafael –prima apro le porte a queste canaglia rossa perché ci scanni.

-Ed io, se anche solo ci provi, ti scarico addosso una pallottola.

I due fratelli, rannicchiati ognuno nella sua feritoia sotto il piombo nemico, si guardarono con odio.

Anche fuori infuriava una dura battaglia. I minatori di Riotinto preparavano l'esplosione dell'edificio mettendo le cartucce di dinamite sotto i conci di pietra delle fondamenta. Il maestrino si opponeva.

-Credi che li lasceremo vivi? –lo interpellò uno di quegli uomini vestiti d'azzurro con una grande stella rossa a cinque punte sul petto, uno di quei piccoli operai della città che secondo il marchese erano i colpevoli della ribellione dei contadini.

-Ci sono dentro le donne e i bambini- addusse Julián.

-Anche se ci fosse dentro mia madre. Avanti, ragazzi!

La violenza dell'attacco e la disperazione della difesa crescevano. Porte e finestre crivellate dai colpi saltavano ridotte in schegge; le cartucce di dinamite che scoppiavano sul tetto scagliavano grandi masse di terra, legni e macerie sopra gli assediati, una bottiglia di liquido infiammabile aveva attecchito il legno di una finestra e le fiamme iniziavano ad invadere la ridotta.

Finalmente ci fu un momento in cui si placò la sparatoria. Solo qualche cartuccia di dinamite, gettata da lontano veniva a provocare. Cosa succedeva? Avevano già minato l'edificio e gli assediati si ritiravano attendendo da un momento all'altro l'esplosione? Era necessario avvalersi di quegli istanti per fare un'uscita disperata prima che sopraggiungesse l'esplosione.

Si disponevano ormai ad uscire quando Rafael domandò:

-E le donne? E i bambini?

-Si metteranno in salvo quando vedranno che ce ne siamo andati e se non escono in tempo, che importa? Credi che i loro uomini ci lasceranno arrivare in vita all'altro lato della piazza?

-Il nostro dovere è avvertirle perchè si salvino se possono. –insistette Rafael.

-Io vado- disse il Lunanco strizzando l'occhio al señorito Juan Manuel.

E, affrettandosi, scese al seminterrato, minacciò le donne con un gesto perché non aprissero bocca, chiuse la porta lasciandole rinchiusa a chiave e si unì ai suoi compagni. -Ecco fatto. Adesso andiamo, a farci uccidere da queste canaglie.

Quando la gente del marchese uscì nella piazza, credendo che prima di varcare la soglia dell'edificio sarebbe stata mitragliata implacabilmente, si meravigliò nel vedere che salutavano la loro presenza solo dei tiri sporadici e mal diretti che non gli causarono alcuna perdita. Il gruppo attraversò la piazza di gran carriera sotto la stessa sparatoria rada e inefficace. Indubbiamente gli assediati non superavano la mezza dozzina.

Dov'erano andate le centinaia di uomini che un'ora prima li crivellavano?

Appena furono avanzati un po' lungo la via principale, i fuggitivi si resero conto di ciò che succedeva. Dalla parte della strada risuonavano distanti le scariche continue della fucileria. Si lottava nella periferia del villaggio. Era indubbio che erano arrivate le forze della legione e dell'esercito di regolari che inviava Queipo. Erano salvi.

Si avvicinarono cautamente verso il luogo della lotta. Il tamburellare delle mitragliatrici gli indicava la posizione che occupavano le truppe. Fra loro ed il resto dello squadrone di cavallari c'erano i rossi trincerati nelle ultime case del villaggio e nelle asperità del terreno che li favorivano. Bisognava attaccarli da dietro prima che reagissero contro di loro nel notare che avevano rotto il debole assedio che gli avevano teso. In quell'istante, spiccando dal fragore delle esplosioni, arrivò fino ai cavalieri il confuso rumore di un vocio lontano. Delle urla inarticolate che ricordavano l'ululato delle belve dominavano tutti i rumori del combattimento. Quella marea crescente di ruggiti minacciosi era inconfondibile. I mori si lanciavano nella lotta corpo a corpo per cacciare i rossi dalle loro posizioni.

Era l'istante critico. Gli uomini del marchese attaccarono simultaneamente e si produsse una confusione tremenda.

La battaglia prese in quel momento quel ritmo di vertigine che rende impossibile rendersi conto di ciò che succede intorno al combattente. Le battaglie non si vedono. Si descrivono poi grazie all'immaginazione e deducendole dal loro risultato. Si lotta ciecamente, obbedendo ad un impulso biologico che porta gli uomini ad uccidere e a un delirio della mente che li trascina a morire. Nel bel mezzo della battaglia non ci sono né codardi né coraggiosi. Vincono, una volta schivato il caso, quelli che sanno trarre

maggior beneficio dalla loro energia vitale, quelli che sono meglio armati per la lotta, quelli che han fatto della guerra un esercizio quotidiano e un mezzo di vita.

Vinsero, naturalmente, i guerrieri marocchini, gli avventurieri della Legione, i señoritos cacciatori e cavallari. Ai braccianti ribelli, l'eroismo e la disperazione non servirono ad altro che a farsi uccidere scrupolosamente. Un'ora dopo i mori prelevavano, infilzati sulla punta delle loro baionette, quelli che ancora resistevano nei loro parapetti e cacciavano come conigli quelli che per istinto di sopravvivenza cercavano un nascondiglio.

Le truppe vittoriose entravano facendo razzia per le vie del villaggio. Dopo di loro arrivavano la centuria della Falange e la truppa di cavallari capeggiata dal famoso torero l' Algabeño. La lotta era stata dura e il castigo doveva essere esemplare. Le pattuglie di falangisti entravano nelle case e si portavano via gli uomini che vi trovavano. Quelli che venivano colti con le armi in mano, venivano fucilati all'istante. Un sergente moro di statura gigantesca che se ne stava abbracciato a un fucile mitragliatore, a un semplice segnale dei suoi capi cospargeva di piombo i prigionieri che gli portavano, impunturandoli da cima a fondo con il semplice gesto di inclinare la canna dell'arma. Si fucilava all'istante chiunque sollevasse il sospetto di aver sparato contro le truppe. L'accertamento era rapidissimo. Lo si prendeva per il collo della camicia e gli si strappava la tela tutto di un fiato fino a lasciargli la spalla destra scoperta. Se si notava nella pelle la macchia livida dei rinculi che lascia il fucile nell'essere sparato, passava immediatamente alla terribile giurisdizione del sergente moro. E così andava compendosi per le case, le vie e le piazze l'orrenda giustizia della guerra.

ooooo

Rafael, allontanatosi dai suoi, tornava dalla battaglia con un'amarezza e una tristezza indicibili. Le tenebre della notte, spegnendo le trafitture sanguinose del tramonto, cadevano sul villaggio e si rovesciavano anche sul suo cuore.

Nel girare l'angolo di una viuzza solitaria, vide la sagoma di un uomo che correva fino a dov'era lui e che vedendolo retrocedeva precipitosamente e si asserragliava dietro il cardine di un portone. Credette di riconoscerlo.

-Julián!

Il fuggitivo non rispose.

-Julián! - Ripeté Rafael.

-Lasciami passare o ti uccido. –disse infine la voce dura del maestrino.

-Vattene- replicò Rafael allontanandosi – Non crederai che sono capace di denunciarti.

-Siete capaci di tutto! Assassini!

Il maestrino si mise a correre e nel passare vicino a Rafael, gli sputò contro di nuovo.

-Assassini!

Non aveva ancora girato l'angolo quando gli si gettò addosso una pattuglia. Alcuni colpi di pistola schioccarono come battimani. Le tenebre permisero a Rafael di rendersi conto che quelli della pattuglia mettevano alle strette il maestrino e che in pochi secondi cadevano su di lui e lo soffocavano.

“Adesso lo uccideranno” Pensò angosciato.

E invece no. Chi volevano uccidere era lui. Lo avevano visto nascondersi in fondo alla viuzza e, credendolo anche lui rosso e in connivenza con il fuggitivo che avevano appena catturato, gli lanciarono una scarica intimandogli di arrendersi.

-Sono dei vostri! –gridò.

Gli si avvicinarono con cautela. Questa volta non gli servì il suo nome. Se lo portarono via detenuto insieme al prigioniero e lo fecero comparire davanti al capo della centuria della Falange, a cui non seppe spiegare in maniera soddisfacente la sua presenza in quella viuzza solitaria insieme a uno dei più prestigiosi capoccia marxisti, soprattutto dopo il primo incontro che aveva avuto al mattino con i falangisti in circostanze altrettanto sospette. E a Siviglia se lo portarono prigioniero insieme al Maestrino e ai rossi che per caso o per utilità d'informazione non erano stati fucilati.

ooooo

Il carcere che i fascisti di Siviglia avevano improvvisato in un vecchio *music-hall* popolare, il pittoresco Salone Varietà della calle Trajano, non assomigliava per niente a un carcere. La campagna di repressione, che le truppe, i soldati *requetés*²⁴ e la Falange²⁵

²⁴

Erano le truppe del partito carlista o tradizionalista

portavano avanti per i villaggi della provincia, rovesciava quotidianamente sulla capitale un'enorme massa di detenuti che dovevano essere alloggiati nei luoghi più inverosimili. I grandi saloni da ballo del Varietà, popolati da un'umanità variopinta di contadini, operai, señoritos rossi - che ce n'erano pure- vecchi cacicchi²⁶ dei villaggi che a loro danno avevano giocato all'ultimo momento la carta del Fronte Popolare, professori sostenitori di Azaña, intriganti, agitatori e giornalisti repubblicani, offrivano un aspetto sconcertante e caotico.

Durante il giorno, il carcere del Varietà era il luogo più pittoresco del mondo. Il buon umore, il contegno e lo spirito degli andalusi escludevano ogni sensazione di tragedia. Un vero nugolo di venditori ambulanti di dolciumi, accorreva alle porte della prigione; i pescatori di gamberetti con la cesta al braccio, decantavano la loro merce per le gallerie; in un angolo canticchiava fandanghi un lustrascarpe comunista; un sindaco di paese che era stato dapprima per la dittatura e poi per Martínez Barrio raccontava barzellette sporche e, in un capannello, un piccolo impiegato effeminato e pettegolo ridicolizzava i capi fascisti di Siviglia raccontando episodi scabrosi delle loro vite con tanto spirito e tanta malignità che solo per esse si trovava in carcere. Un gobbetto a cui i rossi avevano ucciso due fratelli, andava e veniva in funzione di portiere, anche se stava lì ed aveva sollecitato quel posto mosso da un odio e da un desiderio di vendetta feroci, faceva molta attenzione a non fare mai un cenno o un gesto che tradissero il suo occulto e inestinguibile accanimento. I fascisti, con quella mania riformatrice dei costumi che prende a tutti i sostenitori delle dittature, volevano imporre ai prigionieri una disciplina spettacolare di origine germanica, a base di docce, ginnastica svedese e rigidità militare. Ma si annoiavano presto quando trovavano la resistenza passiva e intelligente dei prigionieri e in fin dei conti gli lasciavano fare quello che volevano. Canticchiare, mormorare negli angoli, e mordicchiare gamberetti o zampe di granchio. Ciò che per natura ha sempre fatto l'uomo andaluso caduto in cattività o disgrazia.

²⁵ Movimento politico e militare di ideologia fascista fondato da Primo de Rivera nel 1933. Sostenne il generale Franco durante la guerra civile e costituì il partito unico della Spagna dittatoriale fino agli anni settanta.

²⁶ Nel testo: *caciques*: proprietari terrieri che, avendo ridotto in una situazione di totale dipendenza le comunità locali, perlopiù rurali, finivano per controllare la vita politica, economica e sociale di intere regioni.

All'imbrunire, tutte quelle suggestioni pittoresche si cancellavano come per incanto, e quelle genti che durante le ore del sole si mostravano frivole e indifferenti al loro destino si ripiegavano su se stesse e, rannicchiate vicine ai fagotti, contavano con angoscia le ore che mancavano allo spuntare del giorno. L'ora della notte in cui cadeva il silenzio²⁷ era il tragico frangente della giornata. A quell'ora il gobbetto percorreva le gallerie e chiamava per nome i prigionieri che figuravano in una lista che portava in mano. Nella via, brontolavano già i motori di alcuni camion. In uno di essi venivano condotti i prigionieri che il gobbetto richiedeva. Le ribellioni non erano frequenti e neanche i crolli spettacolari. Gli uomini si lasciavano portare via come bestiame. Qualche volta, al massimo, si abbozzava un grande gesto tragico che si frustrava poi nel terrore congelato dell'ambiente.

-Arrivederci compagni! Viva la rivoluzione sociale! –gridava quello che se ne andava.

Nessuno gli rispondeva e il piccolo prigioniero piegava la testa e si lasciava condurre mansueto. Il camion in cui mettevano i prigionieri partiva diretto all'Alameda; dietro di lui andava un altro con una sezione di soldati regolari e, a chiudere la marcia, un terzo carico di falangisti.

Quando spuntava il giorno, tutto era finito.

ooooo

-Julián Sánchez Rivera, di Carmona - lesse il gobbetto.

-Presente- rispose con voce ferma e lugubre il richiamato.

Si mise in piedi e prima di iniziare ad andare, lanciò uno sguardo lento e triste intorno a sé. Rannicchiate vicino alla parete con i gomiti sulle ginocchia e la testa fra i palmi delle mani c'erano quindici o venti prigionieri che rimasero immobili. Solo un uomo che era sdraiato su una branda si drizzò e gli andò incontro a braccia aperte. Si abbracciarono silenziosi. Petto contro petto, sentirono come battevano all'unisono i loro cuori. Fu un istante, non di più. Per entrambi valse più della propria vita intera.

-Addio, Julián.

-Salve, Rafael.

²⁷ Nel testo: *conticinio*.

L'auto che conduceva Rafael lasciava indietro i piccoli villaggi soleggiati di Siviglia e di Cadice. Senza trattenersi, arrivò alla frontiera. Il viaggiatore mostrò ai *policemen* i suoi documenti in regola e passò. Andò direttamente all'hotel Rock, situato in uno dei pendii del Peñón. Spalancò la finestra della stanza che gli destinarono. All'altro lato della baia iniziavano a lampeggiare le piccole luci di Algeciras, anticipando il crepuscolo. Dietro, uno sfondo rosso che poi si faceva violaceo e infine nero aveva cancellato a poco a poco il contorno della terra di Spagna. Non si vedeva più niente. Solo era percepibile in primo piano la sagoma affilata delle corazzate britanniche ancorate nella baia.

Più tardi, scese nella *hall* dell'hotel. Delle inglesi silenziose lavoravano all'uncinetto; un vecchio magistrato britannico compostamente ebbro meditava sulle sue giustizie sprofondato in una grande poltrona; una bella nordamericana mostrava le gambe; una dama rispettabile si addormentava con perfetta rispettabilità, e mezza dozzina di inglesi non facevano niente, assolutamente niente. Cioè, vivevano.

Nell'attraversare la hall, notò che lo guardavano; ebbe la sensazione di portare uno stigma sulla fronte e che l'essere spagnolo pesava come un affronto. Radunando le sue forze sopportò senza abbattersi il peso terribile che si sentiva cadere sulle sue spalle. Sopportò tutto, tutto!

E ancora ebbe forza per alzare la testa e andare avanti ...

2.4 La Colonna di Ferro

Si piegò sulla ringhiera del palco e sporgendo il corpo all'infuori disse qualcosa che nessuno capì.

-Evviva il mister! – gridò una graziosa ragazza che gli era accanto, a quanto pare ebbra quanto lui. Tutti gli occhi si voltarono verso di loro.

-Evviva!- risposero alcuni spettatori condiscendenti.

L'inglese, molto tranquillo, molto sorridente, tornò a rivolgersi al pubblico divertito e con un gesto soave si mise di nuovo a parlare nella sua lingua. Una tempesta di grida, applausi, calci e fischi, si scatenò nella sala e soffocò la sua voce tenue. Senza smettere di sorridere e rosso come un papavero²⁸, l'inglese sopportò in silenzio la

²⁸ Nel testo: *amapola*: papavero. In spagnolo e in italiano il campo semantico dell'ubriachezza si associa al rosso, però in italiano normalmente non si esprimono paragoni con i papaveri, piuttosto con i peperoni o i pomodori. Un'alternativa potrebbe essere quindi quella di cambiare l'elemento di paragone con uno utilizzato con più frequenza in italiano. L'immagine del papavero compariva però anche nel racconto "Y a lo lejos una lucecita", riferendosi in questo caso al sangue del tubercolotico.

tormenta che aveva scatenato ingenuamente. Quando si convinse che non avrebbe mai potuto dominare quel tumulto alzò il pugno e gridò:

-Three cheers for mister Azaña! Hip, hip, hip! ...

Il trambusto si moltiplicò. La folla del *music-hall* ululava come un branco di fiere. Prima che terminasse il suo *teast*, una scarpa da donna attraversò il salone come un proiettile cercando la testa dell'inglese. Questi la acchiappò in aria e rimase ad esaminarla stupefatto. Fece un grande gesto inspiegabile e portandosi quella scarpa femminile alle labbra la baciò. Una sghignazzata unanime scosse la folla. L'orchestrina interruppe il tumulto attaccando briosamente con i ritmi dell' *Internazionale*, e la graziosa ragazza che stava dietro all'inglese gli passò il braccio nudo intorno alla gola e, tirandolo con forza, lo strappò dalla ringhiera del palco e lo attirò verso di sé. L'inglese, ubriaco fradicio, crollò fra le sue braccia. Lei lo baciò e gli porse alle labbra una coppa di champagne. Contento e soddisfatto di sé stesso, l'inglese rimase quieto e silenzioso con un'ineffabile espressione di felicità negli occhi chiari.

Lo spettacolo riprese. Cantanti di couplet dalle brutte voci e dai bei corpi cantavano male, ma cantavano nude. Il pubblico non consentiva loro neanche un nastro sopra le spalle. Quando qualcuna si ostinava a conservare il più insignificante brandello di velo sul corpo, si provocava un terribile scandalo nella sala.

Si tollerava solo che apparissero vestite le ballerine andaluse, che per i loro gesti fieri e le loro tragiche sfrontatezze si rendevano meritevoli della dignità del vestito. Il bolero, il fandango e la seguidilla erano i soli a ad essere esenti dall'umiliazione della nudità. Erano pure di un grande pudore gli interventi di un effeminato travestito da donna che cantava le più lancinanti tragedie amorose dell'Andalusia con patetici tremolii e tono straziante. Il suo viso impassibile, i suoi gesti di androgino e lo sfarzo orientale dei suoi vestiti bordati e ricamati ricordavano fedelmente l'eccesso esotico degli attori del teatro giapponese. A parte queste concessioni al gusto per la passione e la tragedia, che quel pubblico di levantini passionali indubbiamente sentiva, lo spettacolo del *music-hall* si sosteneva grazie alla più bassa e ingenua salacità.

Una donnina bionda stava cantando un couplet indecente in mezzo allo scenario, rattrappita come una gattina e così nuda che veniva freddo a vederla, quando, là nel fondo del salone, si avvertì un certo subbuglio. Alcuni miliziani ubriachi che davano in

escandescenze? qualcuno voleva andarsene senza pagare? Qualche lite fra un' artista e il suo fidanzato? La gente non ci fece troppo caso e la gattina spelacchiata continuò a cantare la sua canzonetta. Un confuso mormorio rivelava, tuttavia, una certa inquietudine nel salone. Alcuni spettatori prudenti se ne andarono.

Poi, proprio lì, sulla porta del *music-hall*, risuonò un colpo di pistola come se fosse stato un botto e subito dopo si sentì una scarica di fucileria. La gente corse accalcandosi da un lato all'altro. I musicisti dell'orchestrina tacquero fuori tempo, e la ragazzina nuda che stava sullo scenario rimase ancora più nuda e rattappita quando le mancò perfino il suono della musica di cui solamente si copriva. Gli spacsoni si lanciarono fuori dai palchi strappandosi le pistole dalle cintole, le donne corsero e strillarono, i vigliacchi si cacciarono sotto ai tavoli, e i camerieri uscirono disperati per trattenerne quelli che fuggivano senza aver pagato. L'inglese non si rese conto di nulla e continuò a guardarsi negli occhi della bella ragazza che aveva fatto sedere sopra le sue ginocchia.

Fuori infuriava la sparatoria. Le pallottole, oltrepassando il paravento di accesso al *music-hall*, attraversavano la sala fischiando. I camerieri e i miliziani che si erano ammassati all'entrata, si buttarono prudentemente a terra. Un uomo che si premeva il ventre con le mani entrò barcollando e, dopo aver fatto otto o dieci passi, piegò le ginocchia e batté la faccia contro il pavimento. Ci furono alcuni secondi di terrificante quiete. Nessuno osava muoversi. Poi, fecero irruzione nella sala quindici o venti uomini con i fucili e le pistole alzate. Uno di loro, che portava in mano una grande pistola mitragliatrice, avanzò, da solo, fino al centro della sala, si girò sui suoi talloni e, lanciando attorno uno sguardo di sfida, alzò il pugno e gridò:

-Evviva la Colonna di Ferro!

-Evviva! –risposero le voci roche degli altri intrusi.

Tagliò il drammatico silenzio provocato da questi evviva una voce stridula che diceva tranquillamente :

-*Three cheers mister Azaña!*

L'inglese si era finalmente reso conto che stava succedendo qualcosa di importante e si ribaltava sulla ringhiera del palco per lanciare la sua acclamazione preferita. La presero come una provocazione gli ultimi arrivati? Fu che non lo capirono?

La cosa certa è che gli scaricarono un colpo. L'inglese si sentì passare il proiettile vicino alla testa, fece il gesto grottesco di acchiappare una mosca per aria e sorrise come se gli tirassero coriandoli. La ragazza lo strappò ancora una volta dalla ringhiera del palco e, con una spinta disperata, lo fece rotolare lungo il pavimento. Lì rimase a divincolarsi con lui fino a quando lo ebbe costretto a non alzarsi.

Frattanto, i miliziani della Colonna di Ferro che avevano preso d'assalto il *music-hall* misero da parte l'infelice che aveva ricevuto il colpo nel ventre e avanzarono baldanzosi per il patio con i loro giacconi di cuoio, i loro berretti di pelle con i paraorecchie e i loro pistoloni, fino ad installarsi con aria da conquistatori sui palchi più visibili. Quello che sembrava essere il capo di quella truppa si accomodò circondato dai suoi luogotenenti in un palcoscenico e, mettendosi di fronte al direttore dell'orchestrina, gli gridò:

-Musica, maestro, musica!

ooooo

La Colonna di Ferro in poche settimane era riuscita a diventare il terrore del Levante. Formata da centocinquanta o duecento uomini che avevano disertato dai fronti di Teruel e di Huesca, percorreva i villaggi dell'antico regno di Valencia dedicandosi impunemente al saccheggio e alla distruzione. Con il pretesto di ripulire il paese dai fascisti imboscati, quegli uomini andavano per villaggi e borghi ammazzando e saccheggiando a loro capriccio, senza che le scarse forze di ordine pubblico di cui disponevano le autorità potessero fronteggiarli.

La maggior parte dei componenti di quella colonna erano ex detenuti rifugiatisi nell'ospitale padiglione rossonero degli anarchici. Tutta gente uscita dalle carceri o dai tuguri del Quartiere Cinese di Barcellona, che nei primi momenti della rivoluzione si erano uniti agli onesti combattenti del popolo e, mischiati a loro, avevano preso parte a quelle insensate spedizioni che uscivano da Barcellona e Valencia per liberare dal giogo fascista le province che non avevano avuto abbastanza coraggio da scrollarselo per conto loro. Finché la guerra si riduceva all'assalto e al saccheggio dei paesi indifesi, quelle bande diedero il loro appoggio ai difensori della Repubblica, ma quando si stabilizzarono i fronti e la lotta assunse ormai le caratteristiche di una vera guerra,

cominciarono a indebolirsi e a tradirsi. I leader anarchici in buona fede, che pure c'erano, quando s'imbattono nella resistenza organizzata dell'esercito sollevato non ebbero altra soluzione che sacrificare le loro utopie libertarie alla necessità impellente di una disciplina e di una gerarchia. Buenaventura Durruti, il capo anarchico che era uscito da Barcellona portandosi dietro tutta la marmaglia dei bassifondi, si tramutò rapidamente nel caudillo più inflessibile ed autoritario. In poche settimane sottomise la sua gente a una disciplina di ferro veramente spietata. Poche volte un capo ha esercitato un potere personale così assoluto. Colui che cedeva, colui che disubbidiva e colui che tentava di fuggire, pagava con la vita. La sua pistola minacciava continuamente il petto dei compagni che tentavano di ribellarsi. Quando qualcuno, invocando i sacrosanti diritti della reciproca convinzione anarchica, gli esprimeva il suo desiderio di abbandonare il fronte, Durruti, che non poteva rinnegare le sue dottrine, gli strappava il fucile dalle mani, lo spogliava di tutto ciò che portava addosso e, lasciandolo quasi nudo, lo metteva al margine della strada dicendogli:

-Sei libero e puoi andartene, se vuoi. Ti tolgo tutto ciò che il popolo ti aveva dato, perché lo difendessi. Eccoti la strada. Ma stai attento, per il traditore della causa c'è sempre una pallottola persa.

Quasi nessuno di quei disertori arrivava a destinazione.

Un giorno, il terribile caudillo si rese conto del danno che causava nelle sue file la piccola truppa di donne di malavita che andavano dietro ai miliziani. Detto fatto. Nella notte fucilò mezza dozzina di quelle disgraziate. Tutta la gentaglia del Quartiere Cinese di Barcellona, prostitute, omosessuali, ladruncoli e spie, sparì come d'incanto.

Questo barbaro sistema di comando eliminò dal fronte i criminali e i vigliacchi che erano accorsi solo fiutando il bottino. Interi distaccamenti si separarono in aperta ribellione dal nucleo delle forze governative e una di queste divisioni indisciplinate della Colonna di Ferro era quella che percorreva la regione seminando il terrore ovunque passasse. All'inizio erano solo una dozzina di uomini senz'altro armamento che i loro fucili, ma poi la milizia crebbe con l'incorporazione di molti altri disertori e criminali che vagabondavano per il paese. Quando si ritennero abbastanza forti entrarono a viva forza a Castellón travolgendo i governativi e impossessandosi delle loro armi. Poi, quando costituivano ormai una vera colonna con camion, mitragliatrici e

anche qualche carro armato, si lanciarono sopra Valencia. La loro entrata di sorpresa nella capitale del Levante seminò la confusione e il panico fra le forze leali alla Repubblica. Per diverse ore, gli uomini della Colonna di Ferro furono padroni assoluti della grande città e si abbandonarono impunemente al saccheggio. Alla fine se ne andarono nei *music-hall* e nei cabaret per bere e per impossessarsi delle donne e del denaro dei botteghini.

Dove gli opposero resistenza si fecero strada a forza di spari. Quell'orda avanzava disposta a soddisfare a tutti i costi i suoi feroci appetiti. Installati trionfalmente sui palchi del *music-hall*, costrinsero a far continuare lo spettacolo e si fecero servire vini e liquori a dismisura. Le povere donne atterrite tentavano di svignarsela, ma i miliziani della Colonna di Ferro, affamati di donne, le pigliavano al volo e le trattenevano sui palchi, dove si divertivano a palparle, a farle bere e a spaventarle. Il pubblico pacifico andò filtrandosi discretamente e poco dopo, nel *music-hall*, non rimanevano altro che i miliziani della Colonna di Ferro e quell'inglese ubriaco che si divincolava sul palco con la ragazzina.

-Chi è quel tipo? – domandò quello che sembrava essere il capo della piccola truppa, che i suoi uomini chiamavano, non si sa perché, “el Chino”.

-Un aviatore inglese volontario che è venuto oggi da Albacete²⁹ beneficiando di un permesso e che sperpera allegramente i suoi soldi con una cabarettista. È uno fuori di testa³⁰ che ha la mania di acclamare Azaña in inglese. – informò puntualmente il cameriere.

-Bisogna offrire da bere a questo ragazzo per vedere che ha in pancia. –replicò il Chino.

Si spostò lentamente verso il palco dove stava l'inglese, gli si avvicinò, lo salutò col pugno alzato e lo invitò ad andare sul palco dove stavano i suoi uomini per bere un bicchiere con loro. L'inglese accettò contentissimo.

-Tu non vieni con noi, bambina?- chiese il Chino affrontando la cabarettista.

- Miss Pepita- presentò cerimoniosamente l'inglese.

-Salve.

-Salve.

²⁹ Dunque faceva parte delle Brigate Internazionali

³⁰ Nel testo: *chalao*, da *chalado*, folle, pazzo (Tam, 2008)

Si guardarono reciprocamente dall'alto in basso senza alcuna cordialità. Lei tentò di dissuadere il suo amico dall'idea di andarsene a bere con i miliziani.

- Non puoi bere di più, Jorge - gli diceva- non ti reggi neanche in piedi, sei ubriaco fradicio.

-Io posso, io posso- assicurò l'aviatore svincolandosi irrigidito dal braccio del Chino.

Pepita, rassegnata, se ne andò dietro di loro.

Quando entrarono nel palco dei miliziani, una donna grassa e nuda danzava sullo scenario. Gli uomini della Colonna di Ferro seguivano attenti i movimenti della grassa ballerina. Uno di loro, soprannominato il Negus per la barba nerissima che si era lasciato crescere, si avvale del palcoscenico e, facendo un salto da scimmia, salì sul tavolato, prese per la nuda vita l'artista e se la portò in braccio fino al palco, dove la lasciò cadere sul tavolo con grande fracasso di bicchieri e bottiglie. La donna, terrorizzata, cercava di sorridere con gli occhi pieni di lacrime. Il Negus si buttò su di lei e le sfregò sul viso la sua barba irsuta. Lei cercava di scostarlo inorridita e, frattanto, il pubblico rideva a crepapelle del grottesco rapimento.

L'aviatore, che contemplava la scena stupefatto come se fosse caduto dalla Luna, ebbe una reazione inaspettata e, afferrando il Negus, lo rivoltò e quando lo ebbe di fronte gli mollò un cazzotto nella selva della barba che lo fece cadere di schiena, con la testa abbandonata all'indietro. Ci fu un momento difficile.

Pepita si appiccicò al fianco dell'inglese. Il Negus, s'alzava stordito cercandosi la pistola nella cintola. Il Chino interruppe l'incidente sostenendo il miliziano e buttando la cosa sul ridere.

-Ho creduto che il cazzotto dell'inglese ti avesse sbarbato di colpo, Negus.

-Di questo tipo me ne occupo io ... - diceva divincolandosi l'agredito.

- Ma figurati! Lascia perdere queste bravate. L'inglese è un amico. Vero, mister?

-Oh, sì!

E gli tese la mano con così umile franchezza che il Negus non poté fare altro che stringerla.

-Sei un tipo in gamba quando le suoni, mister- gli disse il Chino- dovresti venire con noi.

-Dove?-

-A combattere contro i fascisti; a non lasciarne uno solo vivo. Non sei venuto dalla tua terra per lottare contro di loro? Allora dai, vieni con noi.

- Beh...- replicò laconicamente l'inglese.- Io voglio andare a lottare contro i fascisti e ad ucciderli.

-Evviva il mister! –gridarono i miliziani.

-*Three cheers for mister Azaña!* Hip, hip, hip...! – gridò ancora l'aviatore inglese.

E cadde, ubriaco fradicio, fra le braccia di Pepita, che rimase a cercare di convincerlo inutilmente che non doveva andare con quella truppa.

Quando, all'alba, vide che i miliziani si caricavano Jorge e lo infilavano in uno dei camion che avevano alla porta, Pepita ebbe un momento di ansia e disperazione. Poi, avvolgendosi nel suo soprabito di seta, saltò anch'essa sul camion e se ne andò con loro.

○○○○

Trascorsero tutta la mattina sotto il telone del camion che si trascinava stridendo per le strade. Jorge si era sdraiato, lungo disteso, sul cassone del camion e dormiva profondamente. Pepita, rannicchiata in un angolo, aveva sistemato la testa dell'inglese sul suo grembo e ciondolava la testa sonnolenta senza riuscire ad addormentarsi del tutto. Nel sonno avvertiva le lunghe fermate della carovana nelle piazze dei villaggi e le frequenti dispute che gli uomini della Colonna di Ferro sostenevano con i miliziani e i comitati locali.

Quelle spedizioni delle bande armate che tornavano dal fronte erano il flagello del paese. Con il pretesto di ripulire la retroguardia andavano per paesi e villaggi commettendo qualsiasi tipo di abusi e crimini. La loro scusa era che le milizie e i comitati locali non agivano con una vera coscienza rivoluzionaria. I fascisti cercavano di rifugiarsi negli impegni del vicinato e nelle relazioni familiari per scampare al castigo che meritavano. Nei villaggi, soprattutto in quelli della ricca regione di Valencia, c'era troppo spirito borghese, troppa condiscendenza verso i controrivoluzionari. Questa era, almeno, la giustificazione di tutti i soprusi che commettevano quelle bande.

I villaggi colpiti sopportavano difficilmente quelle spedizioni dei disertori dal fronte e, gelosi della loro lealtà al regime repubblicano, reclamavano dal governo che

impedisce quel flagello. Ma il governo poco soccorso poteva prestar loro. Tutte le forze di cui disponeva erano ai fronti e quando gli uomini della Colonna di Ferro si presentavano in un villaggio, le autorità locali dovevano scendere a patti dandogli quanto gli chiedevano – armi, denari e sangue- o lottare alla disperata contro di loro. A volte i comitati locali riuscivano ad imporsi e salvavano il villaggio dalla predazione . Altre volte soccombevano.

La spedizione in cui si erano arruolati insensatamente Pepita e l'aviatore inglese arrivò dopo mezzogiorno alle porte di Benacil, prospero paese levantino che si innalzava fra aranci e palme da datteri in mezzo a una piana fertilissima. Le milizie locali distaccate nella strada obbligarono la carovana di camion a fermarsi. Avevano interrotto il passaggio alzando dei parapetti di sacchi di terra, e gli uomini della Colonna di Ferro non poterono fare altro che patteggiare con gli abitanti, piuttosto di invischiarsi con loro in una lotta sanguinosa alla quale, a occhio, erano determinati.

Il Chino, agendo con prudenza, preferì negoziare. Si presentarono i membri del comitato rivoluzionario di Benacil, per la maggioranza repubblicani e socialisti. Il presidente, Pepet, un vecchio repubblicano della piana dei tempi di Blasco Ibañez, si mostrava intransigente; al suo fianco, Tomás, il segretario del comitato, membro della gioventù socialista, appoggiava l'argomentazione del vecchio con la sua ferma dialettica tipicamente marxista. La lealtà rivoluzionaria di Benacil era garantita; i fascisti della città si trovavano già al sicuro e il comitato che li teneva sotto la sua custodia rispondeva di loro; le milizie locali assicuravano, inoltre, l'ordine nel paese e il rigido adempimento delle disposizioni governative. Il Chino, che si diceva enfaticamente portavoce del fronte, pretese, con dure ed eloquenti parole, che si mettessero a sua disposizione tutte le armi che c'erano a Benacil, richiese che i prigionieri fascisti fossero sottomessi alla vigilanza dei suoi uomini e insisté che il Comitato locale e le sue milizie dovessero prestargli assistenza nel lavoro di epurazione che, nonostante tutto ciò che assicuravano, bisognava portare a termine nel villaggio.

Non si mettevano d'accordo, ma mentre loro discutevano, gli uomini della Colonna di Ferro erano avanzati strategicamente, e quando i miliziani di Benacil poterono rendersi conto della manovra, i loro parapetti erano traboccati e loro potevano essere battuti dai fucili e dalle mitragliatrici degli intrusi. Questi, allontanavano già gli

ostacoli accumulati nella strada e mettevano di nuovo in marcia i motori dei loro camion, pronti ad avanzare ad ogni costo. Il Chino disse allora ai membri del comitato locale:

-I miei uomini devono compiere la loro missione rivoluzionaria ed è stupido che voi cerchiate di opporvi. Vi dichiareremo controrivoluzionari e farete la stessa fine dei fascisti.

Dovettero rassegnarsi. I camion della Colonna di Ferro fecero la loro entrata trionfale nel paese, che sembrava deserto, e si arrestarono davanti all'antico palazzo dei marchesi di Benacil, i cui saloni vennero invasi dal Chino e dai suoi uomini.

Nel frattempo, l'aviatore inglese continuava a dormire come un sasso³¹ nel cassone del camion che l'aveva trasportato, e Pepita, seduta vicino a lui, vegliava il suo sonno.

-Che facciamo col tuo uomo? – chiese a Pepita uno dei miliziani che si dedicavano a scaricare le salmerie.

- Lo facciamo salire e coricare dove si possa. – rispose lei.

Il miliziano si caricò l'inglese sulla spalla come fosse un sacco e lo depositò nel letto soffice di una delle camere del palazzo. Pepita, che era andata dietro di lui, si trovò di fronte a quell'uomo che, dopo aver lasciato il suo carico, l'abbordò sorridendo:

-Bene, bella, vediamo quando tocca a me!

Le strizzò un occhio maliziosamente, uscì e chiuse la porta dietro di sé. Pepita, quando si trovò sola con Jorge, che non si era neanche mosso, gli tolse le scarpe, gli sbottonò il collo, lo coprì con delle coperte, chiuse le finestre, fece scorrere le tende e poi si accovacciò ai piedi del letto come una gattina e si addormentò.

ooooo

Il comitato rivoluzionario di Benacil, riunito nel municipio, deliberò sulla situazione creata dall'arrivo della Colonna di Ferro. Quegli uomini, che per tutta la loro vita avevano lottato per il trionfo dei loro ideali rivoluzionari, non si rassegnavano al fatto che la rivoluzione li travalicasse ed erano disposti a far fronte a quella forza senza controllo che tentava di sottometterla.

³¹ Nel testo: *como un leño*.

-Se lasciamo che questi banditi della Colonna di Ferro si lancino al saccheggio e al massacro, il popolo si rivolterà poi contro di noi, che ai loro occhi saremo i responsabili dei crimini che avranno commesso. – diceva Pepet, il vecchio repubblicano che presiedeva il Comité.

-Non possiamo lottare, siamo stati sopraffatti ormai tempo fa. – affermavano i suoi correligionari, scoraggiati.

-Bisogna resistere ad ogni costo e mantenere nelle nostre mani il controllo della rivoluzione. -replicava con impressionante forza Tomás, il giovane socialista – faremo in modo di combattere il terrorismo di queste bande armate che tornano dal fronte e alla fine le estirperemo come abbiamo estirpato il fascismo.

- Sí, ma finché questi banditi potranno agire impunemente, il popolo rovescerà la responsabilità su di noi. Se lasciamo mano libera ai criminali della Colonna di Ferro, l'opinione pubblica ci si ritorcerà contro. Lo possiamo già vedere. I villaggi da dove passano questi banditi diventano fascisti. Queste canaglie sono i migliori propagandisti di Franco. Io ho visto vecchi repubblicani democratici autentici, rinnegare la rivoluzione e desiderare il trionfo del fascismo. -replicò Pepet.

- È l'orrore della guerra quel che provoca queste reazioni. Tu credi che dall'altra parte non ci sia gente perbene, conservatrice e cattolica che i crimini dei falangisti stanno trasformando in rivoluzionaria? Ancora sei mesi di guerra e vedresti l'enorme maggioranza dei rivoluzionari di oggi trasformarsi in reazionari, ma entro metà anno, se la guerra continua, anche a Franco non rimarranno più che i suoi assassini pagati. Le popolazioni che all'inizio si misero dalla sua parte aspireranno ad un regime di libertà e che cessi finalmente il regime di terrore a cui le hanno sottomesse.

-Sono tutte sciocchezze e fantasie. Qui quel che importa è impedire che il popolo sia vittima di quest'orda di assassini. Io, se non riusciamo ad evitarlo, me ne vado a casa rassegnato ad aspettare che arrivino le truppe di Franco e mi scannino. –affermò Pepet.

-Pure io.

-Ed io.

I vecchi repubblicani, i democratici, i liberali, stavano abbandonando il campo atterriti. Tomás, il segretario, cercò di restituirgli la perduta fiducia. Rinunciare alla lotta, per quanto feroce fosse, era una vigliaccheria e un suicidio. La guerra e la

rivoluzione erano così. Bisognava affrontarle con tutto il loro orrore. Avrebbero dato battaglia ai banditi della Colonna di Ferro. Nel villaggio e nella piana che lo circondava³² c'erano uomini di valore per fronteggiarli e, se loro non bastavano, avrebbero chiesto rinforzi al governo, che non poteva negarglieli. Tutto tranne arrendersi.

Prima che si facesse notte, il comitato aveva il suo piano tracciato. Ognuno uscì per conto suo a compiere la missione affidata. Pepet e gli altri capi repubblicani diffusero ordini di concentrazione a tutti gli uomini. Gli emissari iniziarono rapidi a perlustrare le stradine del campo con i loro sandali; la voce d'allarme si propagò per il labirinto di capanni e case coloniche. Presto i sentieri della piana iniziarono a riempirsi di contadini che, avvolti nelle loro coperte e con le loro carabine sotto al braccio, accorrevano solleciti a difendere la "loro" repubblica, quella repubblica ideale che avevano sognato di padre in figlio e che adesso da una parte e dall'altra volevano strappargli dalle mani. La vecchia fede democratica aveva ancora i suoi difensori.

Frattanto nella casa del popolo di Benacil, Tomás riuniva le gioventù operaie della città, socialiste e comuniste, e le arringava per lanciarle alla lotta contro quelli che fino a quel giorno erano stati loro alleati e che dalla sera alla mattina si trasformavano nel più pericoloso nemico. Era difficile convincere quegli uomini dallo spirito rivoluzionario e dalla rigida mentalità proletaria a lanciarsi a combattere contro chi era proletario come loro ed agiva pure in nome della rivoluzione. Ma il fanatismo e la disciplina comunista fanno miracoli. Quegli uomini avrebbero lottato contro gli anarcoidi della Colonna di Ferro con lo stesso fervore con cui lottavano contro i fascisti. Si trattava di nemici della dittatura del proletariato, e questo bastava perché fossero disposti ad annientarli.

Intanto che il comitato rivoluzionario di Benacil convocava le sue milizie e le distribuiva strategicamente, gli uomini della Colonna di Ferro cominciavano ad agire per conto loro. Il Chino, circondato dai suoi luogotenenti, si presentò nella prigione di Benacil non appena calò la notte e pretese che gli venissero consegnati tutti i prigionieri fascisti. Pepet e Tomás, opportunamente avvisati, si presentarono all'istante.

-Perché vuoi i prigionieri?

-Per fare la giustizia rivoluzionaria che voi non avete saputo fare. –replicò il Chino.

³² Nel testo: *En el pueblo y en la huerta que la cercaba, dove la è errore per lo.*

La prigione era assediata dai loro uomini e, proprio lì, nel patio, c'erano tre o quattro dei loro più valorosi ausiliari che lo circondavano. Si sentiva forte.

-Qui non c'è altra autorità che quella del comitato. – insisté Tomás.

-Io me ne faccio un baffo di tutte le vostre autorità e dei vostri comitati. Qui non c'è altra volontà che quella del popolo, e in nome del popolo fucileremo i prigionieri fascisti o li metteremo in libertà a seconda di come piacerà ai miei uomini che sono il popolo in armi. Hai capito?

-Quello che vuoi tu è assassinare alcuni infelici e mettere in libertà i controrivoluzionari che ti conviene. Come ti hanno pagato i fascisti, canaglia?

Il Chino gli saltò al collo, ma Tomás riuscì a sciogliersi e tirando fuori la pistola con un rapido movimento, lo trattenne per un momento, e lo stesso fece ai suoi uomini, mentre diceva a uno dei miliziani del villaggio che stava al suo fianco:

-Avvisate le milizie perché vengano ad arrestare questi delinquenti.

Il Chino e suoi uomini, sotto il tiro di Pepet e Tomás, non poterono impedire che il miliziano partisse, ma bastò che uno di loro facesse un fischio stridente perché si presentassero dieci o dodici individui della Colonna di Ferro, che, non appena si accorsero di ciò che succedeva, si precipitarono su Pepet e Tomás e li disarmarono.

-Dunque stavate per arrestarmi, eh?- disse il Chino minacciandoli con la pistola. – Sono io che vi fucilerò come traditori e controrivoluzionari.

Ordinò che li ammanettassero e si preparò a respingere il possibile attacco dei miliziani di Benacil che non si fece aspettare. Arrivò prima una pattuglia di quindici o venti uomini che furono facilmente dispersi alla prima scarica.

Il Chino, risoluto ad approfittare del tempo, ordinò poi che si concentrasse il grosso della colonna nella difesa della prigione ; che i camion, dovutamente protetti, fossero pronti e in ordine di marcia, e che i suoi luogotenenti entrassero nelle gallerie del carcere e s'impossessassero dei prigionieri fascisti per condurli ai camion, poiché aveva intenzione di portarseli con sé nel caso in cui avesse dovuto battere la ritirata.

I prigionieri avevano appena cominciato a sfilare davanti al Chino, che li interrogava di persona, quando si sentirono nuove scariche nei dintorni del carcere. Le milizie di Benacil, accorrevano in massa a liberare i loro capi, sapendo già che erano prigionieri. Il Chino non si allarmò.

-Questi idioti si faranno mitragliare dalla mia gente- commentò.

Ma la lotta era più dura di quanto i miliziani della Colonna di Ferro si aspettavano. I miliziani di Benacil, accorrevano a ondate pronti a battersi con coraggio e stavano organizzando un vero assedio alla prigione. Arrivò il grosso della colonna, ma quei centocinquanta uomini non bastavano a frenare la pressione della folla armata. La confusione e il fragore della lotta erano terrificanti.

Fra i prigionieri fascisti si produsse un movimento di terrore. All'oscuro di ciò che succedeva, ma convinti che erano le loro vite che si giocavano nella sorte di quella battaglia, cercavano angosciosamente l'occasione di fuggire approfittando del tumulto, colpivano freneticamente le porte delle loro celle e lanciavano grida strazianti. I miliziani della Colonna di Ferro entravano nelle gallerie dov' erano ancora rinchiusi, li incalzavano a colpi di calcio di pistola e si asserragliavano dietro alle finestre per sparare contro gli assediati. Ci fu un momento in cui la pressione di questi travolse gli uomini del Chino che, codardi alla fin fine, ripiegarono in disordine e si cacciarono come bestie insegue all'interno del carcere. C'era con loro anche una ragazza, pure lei con pantalone di fustagno e giubbotto di cuoio, che, brandendo una pistola, gridava come una furia per dare stimolo e coraggio ai lottatori.

∞∞∞∞

Quando il rumore lontano delle scariche lo svegliò alla fine, Jorge si ritrovò solo in un palazzo abbandonato. Fece fatica a ricordare quel che era successo e non tentò neanche di spiegarsi la sua presenza in quel luogo. Lo strepito della battaglia che stava spiccando nei dintorni del carcere, lo fece uscire precipitosamente per incamminarsi verso il luogo da dove partivano le detonazioni.

Per strada vide molti uomini che correvano nella stessa direzione. Fermò uno di loro e gli chiese:

-Che succede?

L'interpellato, un rude contadino che accorrevava, armato di un vecchio schioppo a difendere la "sua" repubblica senza avere ben chiaro che tipo di nemico la minacciava, rispose laconicamente:

-Vogliono prendere d'assalto il carcere per impadronirsi dei detenuti fascisti.

-Ma chi sono gli assaltatori?

-Alcuni banditi fascisti.

-E come sono arrivati fino a qui i fascisti?

-Ah! Che ne so?

E si mise a correre.

L'aviatore inglese, stupefatto, si avvicinò ai gruppi che, asserragliati nei dintorni del carcere, facevano fuoco contro gli uomini della Colonna di Ferro. Era indubbio che i fascisti avevano tentato un colpo di mano in quel luogo. Tirò fuori la pistola e se ne andò con la gente del villaggio, pensando che, siccome il suo fervente anelo di combattere il fascismo, lo aveva portato, non sapeva come, fino a lì, il suo dovere era battersi lealmente. Una volta entrato nell'avventura, non era il caso di tirarsi indietro.

Si preparava un assalto in regola alla prigione. Bisognava cacciare il nemico dal carcere prima che avesse tempo di assassinare i prigionieri. Si sentì una voce che chiedeva:

-Vediamo! Volontari per andare a petto scoperto fino al portone del carcere e preparare lì le difese!

Si staccarono sei o sette uomini, giovani nella loro maggioranza. Jorge si unì a loro.

-Dove vai tu con quella roba? -gli domandò uno di coloro che sembravano capi dei miliziani guardando sdegnosamente la piccola pistola dell'inglese. -. Butta via quel giocattolo e prendi questo.

Gli mise un fucile fra le mani.

-Come si spara?- domandò Jorge ingenuamente.

-Così- gli replicò il miliziano aprendo e chiudendo la sicura del mauser - Saprai farlo?

-Sì- gli rispose l'inglese, e si collocò fra i volontari che si disponevano all'assalto.

Spiarono il momento opportuno e, di corsa, con il corpo chinato a terra, abbandonarono l'angolo che li proteggeva e si lanciarono nell'attraversamento della piazza sotto il fuoco terribile che gli dirigevano gli uomini del Chino.

Gli assaltatori correvano e sparavano simultaneamente. Jorge tentò di imitarli, ma nonostante premesse il grilletto del mauser, lo sparo non uscì. In quel momento il portone della prigione si aprì e una raffica di piombo falciò i miliziani. L'inglese gettò l'inutile fucile e, chiudendo gli occhi e rimpicciolendosi, si precipitò ciecamente verso

quella fessura nera del portone che vomitava fuoco sopra di loro. Quelli della Colonna di Ferro avevano piazzato una mitragliatrice in fondo all'atrio e prima che i miliziani potessero avvicinarsi o fuggire li avevano spazzati via. Solo Jorge arrivò indenne fino alla porta della prigione. Ormai dentro all'androne, uno dei banditi che lo puntava con un fucile, si fissò su di lui ed abbassò l'arma sorpreso.

-Ma se è il nostro inglese! –esclamò.

Lo afferrarono per il braccio e se lo portarono dal Chino.

-Cosa facevi, idiota? –gli domandò questo.

Jorge, sorpreso di trovarsi fra i suoi amici della vigilia così come di aver combattuto contro di loro senza saperlo, rispose:

-Combattevo contro i fascisti.

-Ma se i fascisti sono quelli di lì fuori!

Non ci volle credere e lo lasciarono perdere. Non potevano perdere il tempo per dargli spiegazioni e neanche ucciderlo. Jorge, scottato, non volle continuare a giocare la vita finché non avesse saputo di sicuro per quale causa la rischiava e s' infilò dentro la prigione, pronto ad aspettare filosoficamente la fine di quell' incomprensibile putiferio. Nel salire al piano alto dell'edificio, sentì dei passi cauti, si fece da parte prudentemente e rimase nascosto nel vano della scala. Un gruppo di detenuti fascisti approfittava della confusione della battaglia per scappare. Cercavano discretamente un'uscita guidati da una ragazza in uniforme di miliziano che impugnava una pistola.

-Pepita!- esclamò Jorge nel vederla.

Quando i detenuti arrivarono nel patio, Pepita li fece nascondere dietro alcuni grossi pilastri che c'erano dietro all'androne, proprio alle spalle di quelli che manovravano la mitragliatrice.

-Aspettate qui- gli disse - il momento in cui entreranno gli assaltatori o in cui questi cercheranno un'uscita, e mescolati con loro cercate di fuggire e di mettervi in salvo. Siete a due passi dalla porta.

-Arriba España!- rispose uno dei prigionieri a bassa voce.

Pepita si girò e cominciò a salire le scale. Jorge la raggiunse a falcate, la afferrò per la vita e le disse emozionato:

-Hai fatto bene a salvare la vita di questi disgraziati. Suppongo che siano i prigionieri fascisti, ma ti sei comportata come dovevi, evitando che li assassinassero. Poi li ammazzammo lottando nobilmente contro di loro.

Pepita, timorosa di un' indiscrezione di Jorge, gli raccomandò che tacesse e facesse finta di niente.

-Oh, sì!- la tranquillizzò lui- comincio a capire la situazione. Per questo ti dico che hai fatto bene a salvarli.

Si unirono al gruppo che formavano il Chino e i suoi luogotenenti. Pepita, cambiando radicalmente aspetto non appena si vide di nuovo fra gli uomini della Colonna di Ferro, tornò ad esclamare bravate e imprecazioni per stimolare quelli che lottavano.

La cosa si metteva male per loro, ma il Chino era un uomo astuto. Decise di battere in ritirata. Non bisognava più pensare ai prigionieri fascisti, ma a scappare da quella trappola. Distrasse l'attenzione del nucleo principale degli assalitori portandola verso uno degli angoli più appartati dell'edificio, nel quale fece strappare le inferriate di una finestra come se gli assediati stessero per tentare un'uscita disperata da quella parte, e simultaneamente concentrò tutti i suoi uomini davanti all'entrata principale. A un suo segno si buttarono fuori con audacia. Nell'avanguardia procedevano quattro uomini con quattro fucili mitragliatori che alzavano davanti a loro una cortina di fuoco. Un ercole di cento e passa chili che portava la mitragliatrice camminava scaricandola e tenendola appoggiata contro al petto. La rapida e furiosa uscita aprì una breccia tra gli assediatori, e gli uomini della Colonna di Ferro poterono arrivare, a costo di alcune perdite, fino a dove li aspettavano i camion con i motori accesi.

Portavano con loro, ammanettati, Pepet, il presidente del comitato, e Tomás, il segretario, quelli che tennero esposti visibilmente al fuoco dei loro propri compagni perché gli coprissero la ritirata. I detenuti fascisti che, avvertiti da Pepita, erano usciti dal carcere confusi con loro, si dispersero nel tragitto.

Quando si perdevano ormai di vista le lucine di Benacil e avevano smesso di fischiare le pallottole dei miliziani, il Chino fece il conteggio dei suoi uomini. Le perdite, fra morti e feriti, non arrivavano a venti. Bah! La Colonna di Ferro si era salvata. Avanti!

Prima che si facesse giorno fecero di nuovo una sosta, ormai a circa venti o trenta chilometri da Benacil. Jorge, che stava a fianco di Pepita in fondo a uno dei camion, la invitò ad approfittare della fermata della colonna per allontanarsi un momento a piedi e parlare senza testimoni; poi li avrebbero raggiunti i camion quando avrebbero ripreso la marcia. Pepita, che se ne stava assorta con i gomiti sulle ginocchia e le guance fra le palme delle mani, guardò con compassione l'inglese con i suoi occhi febbrili e senza dire una parola si buttò dal camion e si mise a camminare avanti per la strada. Jorge la seguì, anche lui in silenzio.

Lo sconcertava tanto lo strano comportamento della ragazza che non sapeva cosa dirle. La cosa evidente era che lei, nonostante si fosse battuta con lo stesso valore di un uomo a fianco dei suoi compagni, aveva poi favorito la fuga dei fascisti. Perché? Jorge pensò che era stato un sentimento di pietà verso quegli infelici ciò che aveva spinto la ragazza e, credendo che fosse così, volle assicurarsi che aveva agito nobilmente.

-Per quanto grande sia il mio odio per i fascisti, io avrei fatto come te. – le sussurrò all'orecchio.

Lei lo guardò negli occhi e gli disse con voce dura:

-E chi ti ha detto che io odio i fascisti?

Jorge, impassibile, non rispose.

-Io non provo odio per i fascisti. – riprese a dire lei precipitosamente. –Io sono fascista. Lo vuoi capire? Quello che tu chiami il popolo è una banda di assassini. Sei con i tuoi. Per questo sei venuto a lottare romanticamente. Che? Ti trovi a tuo agio fra di loro? Io sì, io li trovo ammirevoli! Ma non perché creda stupidamente che riscatteranno l'umanità, né perché li consideri capaci di altra cosa che assassinare e rubare, ma proprio per questo, per la loro forza distruttiva, perché so che loro stessi sono quelli che faranno fuori tutti voi, con la vostra repubblica e la vostra democrazia. Io non credo nel popolo e nemmeno nelle sue virtù. Credo negli eroi, negli uomini che sanno comandare, ubbidire e morire per il loro dovere se è necessario; credo nei capi, nei fascisti e nei militari. Mio padre era militare e morì lottando in Africa, i miei fratelli sono ufficiali dell'esercito di Franco, io ... - Si trattenne. Cambiando il tono, parlò poi con voce più grave e profonda.

- ... Io avrei dovuto essere la tua perdizione. Ti ho cercato e ti portato al *music-hall* perché ti ubriacassi come un imbecille per ottenere da te ciò di cui avevo bisogno. Non ho saputo farlo! Non ho voluto farlo perché mi hai fatto pena! Vattene!

Salivano lentamente un'erta dalla cui cima si vedevano in lontananza i primi bagliori del nuovo giorno. Lei, con il viso voltato, rifuggiva lo sguardo di lui.

-Vattene! C'è stato un momento in cui ho creduto che fossi semplicemente un avventuriero e ho pensato che avrei potuto spingerti facilmente a disertare. Adesso che comincio a conoscerti bene ho perso ogni speranza di riuscirci. Ieri sera, quando ho visto che ti aggregavi stupidamente a questa truppa di banditi, sono venuta con te pensando che i crimini di questa gente alla fine ti avrebbero ripugnato e che avresti reagito come io avrei voluto: passando dalla parte dei fascisti. Ormai so che non sarai mai capace di farlo e che il tuo triste destino è lo stesso di questi due poveri imbecilli del comitato di Benacil che portiamo prigionieri. Morire assassinato da questa gentaglia che ami tanto. Vattene, vattene!

-Allora vieni tu con me-rispose Jorge.

-Io? Per mettermi come te al servizio dei rossi? Per sentirmi per colpa tua contro i miei? Mai!Ti ho già detto che non ti credo capace di un tradimento. Perché pensi che io sarò capace di farlo? Vattene!

-Cosa farai tu fra questa gente?

-Animarli, stimolare i loro istinti, fare emergere la loro forza distruttiva. Loro, soltanto con i loro crimini, sono capaci di far diventare fascista tutto il paese. Così servo la mia causa. Tu vattene a servire la tua.

Jorge la afferrò per il braccio, inorridito.

-E se io ti uccido adesso?-le disse.

Lei lo guardò con freddezza .

-Saresti un assassino in più fra gli assassini.

La carovana aveva ripreso la sua marcia. Quando i camion li raggiunsero, Pepita fece un salto e, arrampicandosi nella parte posteriore di uno di essi, partì e lasciò Jorge al bordo della strada senza salutarlo e senza voltare la testa per guardarlo.

-E l'inglese?- le chiese il miliziano che l'aveva aiutato a saltare sul camion.

-L'ho lasciato lì! È molto noioso!

-Era ora, bella! –commentò il miliziano leccandosi.

Jorge, quando vide perdersi nella distanza l'ultimo dei camion, si passò la mano sulla fronte bollente. Sentì il desiderio di mettersi a correre dietro alla Colonna di Ferro. Qualcosa di lui se ne andava dietro di lei.

Si strappò eroicamente da quella suggestione e, un passo dopo l'altro, intraprese la strada di ritorno a Benacil. Quando arrivò nel luogo dov'era stata trattenuta la carovana, trovò al bordo della strada i cadaveri degli uomini che erano stati fucilati a tradimento. Si tenevano fraternamente le mani.

ooooo

Il governo si decise finalmente a farla finita con il banditismo di quelle colonne di disertori del fronte che devastavano il paese. Si inviarono forze della guardia repubblicana perché li tenessero in scacco e si incitarono le milizie locali perché gli presentassero una ferma resistenza. Poiché non si riusciva ad annientarli, si stabilì che le squadriglie di aerei sorvegliassero i loro spostamenti e li bombardassero implacabilmente.

Jorge si offrì volontario per prestare quel servizio.

Stava pilotando un cacciabombardiere a capo di una squadriglia quando scoprì in una scura pianura la sfilza di camion della Colonna di Ferro. Scese rapidamente e, in un giro di controllo, si accertò che quelli erano effettivamente gli uomini del Chino. Si girò e, nel passare di nuovo sopra i camion, lasciò cadere al centro della colonna il carico di bombe che portava. Dopo di lui, gli altri apparecchi della squadriglia ripeterono la manovra. Quando fece il giro per la terza volta vide i banditi che non erano stati raggiunti dalle esplosioni abbandonare i camion e fuggire attraverso i campi in tutte le direzioni. Allora si abbassò ancora di più e, volando temerariamente quasi raso terra, fece funzionare la sua mitragliatrice e distrusse i gruppi fuggitivi. Fu una caccia implacabile. Finché c'era un uomo in piedi, gli aerei continuarono a passare e a mitragliare.

Drizzata sulla copertura di uno dei camion rimase a sfidarlo una figura di miliziano sottile e corta che si mantenne eretta mentre le altre si schiacciavano contro la

terra. Era lei? L'unica cosa di cui era sicuro era che l'ultima raffica della sua mitragliatrice la buttò a terra.

2.5 I guerrieri marocchini

-Paisa³³, per Dio Grande, no sparare, io essere rosso.

Con le braccia alzate, le mani aperte, una gamba tinta di sangue e le pupille verdi dilatate per lo spavento, Mohamed si arrendeva. Aveva gettato il fucile a terra in segno di sottomissione e, collocato davanti alla rupe dietro alla quale rimase a difendersi, aspettava che andassero a catturarlo. I rossi, fiutando una trappola del moro, non si decidevano ad uscire allo scoperto e continuavano a fargli fuoco dai luoghi protetti nei quali si erano trincerati per accerchiarlo. Di tanto in tanto, lo schiocco di una pallottola strappava una scheggia alla rupe dove si distingueva la sagoma allungata di Mohamed, sempre più meravigliato che, dopo avergli sparato tanto, non l'avessero ancora colpito.

-Non sparare-gridava con tono angustiato- Io essere rosso; io essere repubblica.

I rossi, dai loro parapetti, continuavano a sparare a vuoto su di lui. Eppure non lo colpivano. Mohamed, stupefatto nel vedere che le pallottole passavano vicino alla sua testa senza ferirlo, cominciò a sentire un certo disprezzo per quei maldestri sparatori. Era sicuro che lui non avrebbe fallito al primo colpo. E si fece un'idea così sprezzante di loro, che pensò di prendere di nuovo il fucile e continuare a lottare, sicuro di vincere dei guerrieri così incapaci. Uno di loro parve infine decidersi a sporgere il corpo fuori dal parapetto.

-Arrenditi!- gli gridò.

Gli altri tre nemici che lo accerchiavano affacciarono cautamente il collo.

-Arrenditi!-gli ripetevano.

Mohamed, che si era arreso molto tempo prima, non capiva quella paura e quelle eccessive precauzioni di quattro uomini armati contro uno solo, ferito e inerme. Quando vide che i quattro i miliziani intorno a lui non osavano ancora avvicinarsi, e considerò la

³³

Forma apocopata di *paisano*

miserevole statura che avevano e i vecchi schioppi di cui erano armati, sentì per loro un disprezzo infinito dal fondo della sua anima di guerriero africano e, dimenticandosi della sua inutile gamba, già trafitta da un colpo, si decise ad intraprendere di nuovo la lotta.

Lasciò che prendessero fiducia a poco a poco. Nascosta fra le pieghe della bisaccia³⁴ conservava la sua affilata daga, e il fucile, caricato prudentemente, era ancora al suolo a portata di mano. Aspettò il momento giusto e, veloce come una saetta, impugnò il coltello, lo affondò nel corpo del miliziano che aveva più vicino, si chinò per prendere il fucile, sparò contro un altro e si girò verso il terzo, che, lanciando lo schioppo, stava ormai per andarsene e cominciava a correre. Non ebbe il tempo di sparare. Il quarto miliziano, un capraio montanaro tarchiato e robusto, si lanciò su di lui caricandolo con il testone come un cinghiale. Il moro e il capraio rotolarono per terra. Strettamente abbracciati si dibattevano al suolo. Ci fu un istante in cui i due uomini reciprocamente attanagliati scambiarono uno sguardo feroce. La pupilla felina del guerriero berbero conficcò la sua verde freccia nell'occhio nero, striato di sangue e di bile, del castigliano. Il moro ruotò la vista, schivando la mostruosa ferocità di quello sguardo torbido. Il capraio tese il collo corto ed ampio, aprì le fauci e affondò i canini nella gola del moro, che ritorcendosi di dolore, riuscì ad alzarsi in uno sforzo disperato e lanciò violentemente in aria quel corpo robusto che si aggrappava alla sua carne con la tenaglia delle sue ampie mandibole da animale da preda. Non riuscì a staccarlo fino a quando sentì gli acuti canini che scivolavano via dalla sua carne lacerata. Mise di nuovo mano alla daga, ma prima che potesse avvicinarsi un'altra volta al capraio, questi, agitando in aria il braccio che aveva agganciato al pugno un macigno dagli spigoli affilati, gli scagliò una sassata sicura sulla fronte che lo fece cadere a terra senza sensi. Con una furia selvaggia, il capraio si precipitò su di lui e rimase a massacrargli la testa con soddisfazione.

Quando lo diede per morto si precipitò in soccorso dei suoi compagni. Solo quello che aveva ricevuto il colpo della daga era ferito, e non gravemente, la lama gli era scivolata lungo l'osso dell'anca. L'altro miliziano, che non era stato raggiunto dallo

³⁴ *Jaque*: tipo di borsa che portano i contadini appesa alla spalla o le cavalcature per trasportare cose (Moliner, 2004)

sparo del moro, e quello che si mise a correre terrorizzato e tornò dopo che era passato il pericolo, si caricarono il ferito e lo portarono a una capanna da pastore vicina, dove lo sistemarono sul dorso di una mula per portarlo a Monreal affinché lo curassero.

Contrariamente a quel che pensavano, si scoprì che il moro era ancora vivo. Doveva avere sette vite. Con una gamba trafitta da una pallottola, la testa massacrata e la pelle del collo squarciata, si alzò poco dopo e tentò ancora di fuggire. Non era riuscito a mettersi in piedi che crollò di nuovo.

-Lo faccio fuori?- domandò nel vederlo esanime il miliziano che era fuggito prima. E puntava alla testa rapata del moro con il calcio del suo schioppo che aveva impugnato per la canna.

-No; lascialo- gli rispose il capraio - lo porteremo vivo al villaggio. Vediamo se ci danno del denaro per lui.

-Per un lupo morto i sindaci davano cinque *duros*³⁵; per un moro vivo dovrebbero darne almeno cinquanta.

E con questa gradevole prospettiva legarono le mani al moro e lo misero di traverso sopra il dorso di un somarello che incitarono ad andare in direzione di Monreal. Il moro era legato al basto dell'asinello e dalla testa ciondolante gli colavano dei grossi goccioloni di sangue che lasciavano segnata la traccia della carovana per i luoghi impervi della sierra.

Il villaggio era lontano, laggiù, in una piana della valle del Tiétar che verdeggiava all'ombra dei monti di Gredos, el Almanzor e los Galayos, giganti sentinelle che impedivano il passaggio all'esercito sollevato. Partendo da Avila, le truppe ribelli tentavano di attraversare i valichi della sierra per piombare sulla valle, che era nelle mani delle forze leali, e aprirsi così una nuova strada verso Madrid. I miliziani della Repubblica avevano preparato la difesa sulle cime delle montagne; i piccoli villaggi della valle, situati a trenta o quaranta chilometri dal fronte, confidando nel fatto che i ribelli non avrebbero potuto forzare i valichi della sierra, conducevano, con relativa sicurezza, la vita normale delle popolazioni di retroguardia: organizzavano ospedali, improvvisavano carceri nelle quali rinchiudere i reazionari e creavano milizie nelle

³⁵

Duro: moneta d'argento da cinque pesetas

quali arruolavano tutti gli uomini utili, che, muniti di vecchi schioppi da caccia, perlustravano i campi prestando servizi di vigilanza.

Una di quelle pattuglie di popolani era quella che aveva scoperto il moro Mohamed in uno degli angoli più intricati della sierra. La presenza di un moro in quei paraggi era incomprensibile. Si credeva che le truppe ribelli fossero ancora dall'altra parte delle montagne e non era arrivata notizia che avessero potuto forzare i valichi. I paesani non sapevano che la notte prima una punta di avanguardia dell'esercito ribelle formata da mori e legionari si era infiltrata in uno dei passi meno accessibili e avanzava in mezzo alla retroguardia dei miliziani che difendevano le gole della montagna, con l'intenzione di sorprenderli attaccandoli alle spalle. Separato dal nucleo di queste forze, probabilmente per darsi al saccheggio tra i miseri alloggi montanari, il moro Mohamed si era smarrito e, camminando a caso, si ritrovò con la pattuglia di miliziani che lo aveva catturato.

L'entrata del moro e dei suoi sequestratori a Monreal fu spettacolare. Nessuno nel villaggio pensava che fosse possibile cacciare un moro all'interno della circoscrizione municipale e tutti i vicini accorrevano a vedere con i loro stessi occhi la singolare cacciagione, che osservavano come una bestia ancora più rara e difficile della stessa capra ispanica di quella regione montuosa.

Accorsero i membri del comitato rivoluzionario locale, che si presero il prigioniero per sottoporlo a un minuzioso interrogatorio dal quale non compresero più che quelle parole confuse, le uniche che sapeva in castigliano e che ripeteva senza fermarsi.

-Non *uccidere*. Per il Grande Dio, non *uccidere*. Moro *essere* rosso.

In seno al comitato rivoluzionario locale s'intavolò allora un lungo dibattito su ciò che si doveva fare in quell'insolito caso. I delegati repubblicani sostenevano che il prigioniero venisse condotto fino a Madrid e consegnato al governo; gli anarchici credevano che la cosa più logica fosse lasciarlo in completa libertà, perché si redimesse della sua passata servitù e si convertisse in un libero e onesto cittadino della libera Iberia; i comunisti reputavano che la cosa più ragionevole fosse curarlo dapprima e poi iscriverlo nelle milizie e inviarlo al campo perché lottasse contro i ribelli, dovutamente sorvegliato, naturalmente. E, alla fine, la voce del popolo, espressa a grida dai residenti

e dai miliziani e responsabili che si agglomeravano nella piazza, chiedeva unanimemente che gli venisse consegnato il prigioniero, per concedersi la soddisfazione di ammazzarlo. Era il minimo che si poteva chiedere.

Siccome non si mettevano d'accordo, il tempo passava e il moro, ogni volta più avvilito, era sul punto di ammazzarsi e mandare così a monte l'interessante dibattito, si prese provvisoriamente l'accordo che il prigioniero fosse portato all'ospedale da campo recentemente installato a Monreal, dove, per il momento, gli avrebbero prestato assistenza facoltativa. E all'ospedale se lo portarono. Nel tragitto, un miliziano volle fare una fotografia del prigioniero per mandarla ai giornali illustrati. Piazzarono il moro vicino a una parete per ritrarlo, ma quando lui avvertì la manovra si avventò sul fotografo come una fiera. Non ci fu modo di ritrarlo. Ogni volta che il miliziano tentava di metterlo a fuoco, il moro, credendo che l'avrebbe fucilato, fuggiva con l'angoscia della morte in corpo. Di sicuro non aveva mai visto una macchina fotografica in vita sua.

Quando si trovò infine sul tavolo operatorio dell'ospedale si sentì rivivere. Il medico, gli assistenti ospedalieri e le infermiere, con i loro camici bianchi, lo circondavano solleciti. Per un paio di ore rimasero a fargli una cura minuziosa. Lo trattarono con grande attenzione e delicatezza, misero uno zelo così umanitario nel ridurre gli interventi dolorosi e lo bendarono con tanto tatto e morbidezza, che nel viso contratto di dolore e di panico del guerriero africano cominciò a disegnarsi un tenero sorriso di gratitudine. Quelle infermiere rosse dovettero sembrargli vere e proprie uri del paradiso.

Frattanto, il comitato rivoluzionario aveva continuato la sua brillante discussione teorica, che terminò tempestosamente. La voce roca del popolo, espressa dal capraio che aveva catturato il moro, e da molti altri caprai, trafficanti e pastori, dominò i discorsi di quei teorici. Il moro era del popolo, perché del popolo erano i miliziani che lo avevano catturato. Né lo si inviava a Madrid, né lo si lasciava in libertà, né lo si faceva diventare miliziano. Bisognava consegnarlo al popolo perché esercitasse con lui la sua sovrana volontà. E, poiché i responsabili non lo consegnavano con le buone, gli abitanti decisero di impossessarsi di lui con le cattive, e un gruppo armato si presentò all'ospedale,

prelevò il prigioniero dalle mani soavi delle infermiere, lo portò in un vicolo e lo piazzò contro un muro.

Il moro, che si era visto trattare con tanto affetto, non sentiva più alcun sospetto, e quando lo collocarono davanti al muro di cinta, sorrise ingenuamente ai miliziani. Dovette pensare che volessero ritrarlo un'altra volta.

Non ebbe il tempo di meravigliarsi quando vide i miliziani puntare i fucili. Cadde, crivellato, ancora con il suo stupido sorriso sulle labbra.

Di questi tempi, l'anima in pena del moro, deve vagare per il paradiso in cerca di Maometto per chiedergli: « Mi vuoi spiegare, o Profeta, a che scopo si sono presi la briga di curarmi così amorosamente se poi dovevano uccidermi? »

∞∞∞∞

Quella notte i caid della *mehala*³⁶ attesero inutilmente nella loro tenda il tè alla menta che solitamente gli serviva Mohamed. Una pattuglia lo cercò invano per il monte. All'alba, quando si perse ormai ogni speranza di trovarlo, uno dei caid, disteso in un angolo sotto il tetto di olona della tenda, fumava silenzioso la sua pipa di hascisc e con le palpebre socchiuse evocava intristito la figura dello sventurato Mohamed, il valoroso soldato che per tanti anni era stato il suo fedele scudiero, il suo fratello di guerra più che il suo servitore. Nati entrambi nello stesso villaggio di Ait el Jens, dall'altro lato della cordigliera dell'Atlante, dove gli audaci guerrieri berberi dagli occhi azzurri e dalla bianca pelle combattono da quando nascono a quando muoiono con i nomadi del deserto, non si erano mai separati. Avevano lottato insieme dall'adolescenza, dapprima per tener a bada i *gazis* che formavano i famelici abitanti del Sahara con l'anelito di invadere le succulente praterie del Sus e del Nun; poi, capeggiati dal sultano azzurro che li aveva condotti vittoriosi fino a Marrakech; più tardi, nelle battaglie cavalleresche che sostenevano fra di loro le divisioni della bellicosa cabila di Bu Amaran e, infine, nella disastrosa campagna contro le colonne francesi che quattro anni prima li avevano travolti persino oltre le sponde del Draa ai confini del deserto. L'arrivo dei militari spagnoli a Ifni li aveva liberati dal doversi rifugiare nel Sahara perseguitati dall'esercito francese, e quegli indomiti guerrieri si erano messi volentieri al servizio dei militari

³⁶ *Mehala*: in Marocco, nome che si dava al corpo dell'esercito regolare. (RAE)

spagnoli che gli offrivano, insieme all'illusione della rivincita contro i francesi, gli indennizzi delle truppe coloniali e, soprattutto, il diritto a conservare le armi.

Quando i capi militari del territorio gli dissero che dovevano andare in Spagna a lottare contro i rossi appoggiati dalla Francia e dalla Russia, quei guerrieri nati, fedeli come buoni musulmani ai patti di amicizia, si prestarono a combattere di buon grado. Gli diedero delle buone armi tedesche e li imbarcarono con rotta verso la Spagna, dove le grandi città, con il loro sfoggio di ricchezza e, soprattutto, con le vetrine tentatrici dei loro negozi di orologi e i loro suggestivi negozi di specchi, soddisfacevano le speranze di bottino che avevano concepito. Poi, fedeli alla parola data e schiavi della disciplina di guerra, avevano lottato come leoni³⁷ contro masse enormi di soldati rossi “che non avevano la maestria”³⁸ e si lasciavano uccidere o fuggivano come conigli. Orgogliosi del loro brillante ruolo di conquistatori, si lasciavano ossequiare dalle donne e dagli ebrei (per loro, tutte quelle persone che non combattevano erano miserabili ebrei) che, nelle città che attraversavano, li acclamavano nelle parate e gli regalavano immaginetto e medaglie, accettate con la superba indifferenza dei credenti della vera fede. Se tutti quei gentili signori che festeggiavano tanto gli eroici guerrieri berberi avessero potuto indovinare il pensiero profondo e il sentimento autentico di quei soldati impassibili, le loro anime di cristiani e civilizzati sarebbero inorridite.

Dunque, intristito per la scomparsa del suo amato Mohamed, il vecchio caid uscì dalla sua tenda da campo, nella quale dormivano ormai gli altri ufficiali mori, e rimase a passeggiare per il monte alla luce della luna che penetrava tra le fitte chiome dei pini. L'aria sottile della sierra di Gredos accarezzava la pelle indurita del caid. A poco a poco si erano spenti i fuochi del bivacco. Solo una lama di luce rossiccia, che sbucava dalla tenda degli ufficiali europei, rimaneva nell' accampamento. Il caid si avvicinò, attratto da quella luce e dal ribollire che si sentiva dentro. Gli ufficiali festeggiavano chiassosi il trionfo della precedente spedizione e brindavano al successo dell'operazione del giorno seguente. Le loro risate e le loro canzoni intristirono ancora di più il caid. Il guerriero africano rimase a considerare quel giubiloso baccano per un lungo momento e, lentamente, il corso delle sue riflessioni andava suscitando nella sua addormentata

³⁷ Nel testo: *habían luchado como buenos*

³⁸ Nel testo: *no sabían manera*

coscienza un forte sentimento di disprezzo e di odio verso quelle persone che bevevano e cantavano celebrando le vittorie che si pagavano con il sangue dei mori, suoi fratelli, mentre lui vagava nella notte, solitario e con l'angoscia di aver perso per sempre il suo fedele Mohamed, della cui morte nessuno più di lui si sarebbe dispiaciuto in quel mondo estraneo.

Qualcuno alzò la tela che copriva l'entrata della tenda ed uscì. Il caid fece per nascondersi, ma non ebbe tempo.

-Che ci fai qui, caid?- gli domandò quando lo ebbe riconosciuto l'ufficiale che era uscito dalla tenda.

-Ero triste e passeggiavo.

-Entra, bevi con noi e te la spasserai un po'.

Lo fecero entrare nella tenda e gli offrirono vino. Non volle berlo.

-Il caid è triste perché i rossi questa mattina hanno cacciato uno dei suoi più coraggiosi *mejzníes*, il valoroso Mohamed. –spiegò allora uno dei tenenti.

Il caid assentì con la testa e per scusarsi abbozzò il cerimonioso sorriso dei musulmani.

-Allora bevi, bevi e ti rallegrerai – insistettero.

-Lasciamolo stare - gridò un ufficiale del Tercio che era già coscienziosamente ubriaco.

-I mori sono degli idioti che non sanno levarsi i dispiaceri bevendo. Io conosco i mori. Al caid hanno ammazzato uno dei suoi uomini e non sarà contento fino a quando non riuscirà a vendicarsi. Non è così, caid? Vuoi vendicarti, vero? Aspetta, aspetta ... domani vendicheremo il tuo fedele Mohamed. Quante orecchie di miliziani rossi vuoi che tagli la mia gente, domani, in memoria del tuo Mohamed? Quante? Mille? Diecimila? Vuoi che i miei uomini ti portino direttamente le orecchie del presidente della Repubblica in persona? Non intristirti, caid! Domani avrai le orecchie di Azaña! Te lo giuro! Guardale! Su queste che sono croci!

E abbracciava teneramente il caid e lo baciava riempiendogli di bava il viso grave e nobile.



Quando gli abitanti dei paesini della valle si resero conto che le avanguardie di mori e regolari avevano attraversato di sorpresa le gole della montagna e si calavano per

il pendio, ogni resistenza era ormai inutile. Nella valle non c'erano altre forze che quelle delle milizie locali, né altre armi che quelle possedute dai contadini. La notizia che i mori e il Tercio scendevano dal monte radendo al suolo il paese e fucilando quanti uomini trovavano, fece confluire nelle piazze dei villaggi terrorizzati migliaia di contadini pronti a vendere cara la loro vita.

-Armi! Armi!-gridavano disperati.

Era inutile. Non ce n'erano. Eppure, le masse di contadini armati con pali, falci e vecchi schioppi erano pronte a lottare. All'ultimo momento si presentò una colonna di miliziani inviati dal governo di Madrid e ad essa si incorporarono i ragazzi più agguerriti dei villaggi della valle.

-Compagno comandante, ci lasci andare con la truppa! –chiedevano al capo della spedizione.

-Ma se non ho fucili! Se non posso darvene nemmeno uno! Con che cosa lotterete? – replicava il comandante desolato.

-Non importa; andremo dietro ai miliziani e quando qualcuno cadrà, raccoglieremo il suo fucile e continueremo a lottare.

Così si organizzò la colonna che doveva contenere l'avanzamento dei mori e del Tercio per la valle. Dietro ad ogni uomo con il fucile ne marciava un altro, con i pugni contratti, che aspettava che il fuciliere cadesse per impossessarsi dell'arma e continuare a sparare. Poche volte la volontà di un popolo si è mostrata con tanto disperato eroismo. Trascinati dall'odio feroce per gli invasori, quei contadini delle viscere della Castilla, quei pastori e quei braccianti della sierra di Gredos avrebbero opposto il loro petto come barriera all'avanzamento delle truppe coloniali.

L'eroica resistenza si spezzò al primo scontro. Il cuore non basta. Mancavano armi e disciplina. I contadini vennero sconfitti e la loro disperata resistenza non servì ad altro che ad irritare i militari, che diedero libero sfogo ai loro uomini e li lasciarono sparpagliare per la valle seminando la morte e la desolazione. I gruppi di contadini armati fuggirono verso la montagna, dove le pattuglie di mori e di legionari li inseguirono astiosamente e gli inflissero una punizione implacabile. I prigionieri vennero fucilati a grappoli. Fino a notte fonda, le scariche di fucileria risuonarono nelle pinete vicine a Monreal.

I capi e gli ufficiali della colonna vittoriosa andarono a concentrarsi nella piazza maggiore del villaggio. L'ultimo ad arrivare fu il vecchio caid. Arrivava a capo di una piccola truppa di soldati mori che avevano gli occhi brillanti, le fauci aperte e la schiena oppressa sotto i pesanti fagotti che rivelavano il saccheggio; qualcuno di loro aveva le braccia coperte, fino al gomito, di orologi da polso, il pegno che più esaltava l'avidità di quei barbari e puerili guerrieri.

Quando il caid si avvicinò al gruppo di ufficiali e si mise sull'attenti, davanti a loro, portando la mano destra al bordo del fez, vide che gli si avvicinava a braccia aperte l'ufficiale del Tercio che la notte prima gli aveva offerto di vendicare la morte di Mohamed. Battendogli gioialmente le mani sulla schiena, l'ufficiale gli disse:

-Bene, caid; tu e i tuoi uomini vi siete distinti. Non credere che io e i miei ci siamo dimenticati di quel che ho promesso ieri notte. Le orecchie del presidente della Repubblica ancora non le abbiamo, ma eccoti qui un bell'anticipo.

E chiamò il suo assistente, prese dalle mani di questi una grossa bisaccia e la gettò ai piedi del caid.

-Prendi- gli disse- credo che la morte del tuo *mejazní* sia vendicata per bene. Eccoti cinquanta orecchie di marxisti.

Dalla bocca della bisaccia semiaperta spuntavano, in effetti, delle pellanciche sanguinolente.

ooooo

In tre giorni i militari imposero l'ordine e la pace in tutta la valle del Tiétar. Niente di più semplice. I contadini superstiti tornarono docilmente ai loro lavori. Non ci furono più scioperi né dispute per le giornate di lavoro; si tornò a lavorare dall'alba al tramonto nel campo, e i pugni chiusi di prima si trasformarono in braccia tese e mani aperte. La guardia civile tornò ad essere padrona e signora delle campagne e i falangisti organizzarono meticolosamente la vita dei villaggi. Le stesse carceri abilitate dai rossi per rinchiudere i reazionari furono utilizzate dai fascisti come prigione per i rossi.

Le truppe abbandonarono in fretta la regione. Il caid e i suoi uomini vennero trasportati al fronte di Madrid, dove, sempre in avanguardia, tornarono a lottare con quell'eroica costanza e quella paziente resistenza per le fatiche della campagna, che

erano la più ferma speranza di trionfo su cui contava l'esercito ribelle. Intimamente, i guerrieri africani si sentivano orgogliosi di essere loro il più saldo sostegno della ribellione. La loro vanità era soddisfatta. La Spagna, quel popolo pigro, di "ebrei che non sapevano lottare" ripiegava di fronte ai colpi dei mori "audaci". Una voce ancestrale, un anelito di rivincita insoddisfatto per molte generazioni, affiorava di nuovo e, spinti da quelle remote ambizioni della razza, i guerrieri arabi e berberi si lanciavano a petto scoperto contro le trincee dei rossi e sembravano gioiosi. Per il solo fatto di avere alla portata dei loro fucili gli europei, gli infedeli, i dominatori dell'islam, valeva la pena di rischiare la vita. E un buon prezzo per essa era l'orgoglio di vederli correre terrorizzati.

Il caid e i suoi uomini arrivarono quasi senza scontri fino alla Casa de Campo e, da lì, vennero lanciati di sorpresa all'assalto della Città Universitaria. Dalle colline in cui si trincerarono si scorgeva il panorama di Madrid sotto una chiara luce da quadri di Velázquez. Quella massa compatta di enormi costruzioni che si estendeva fino all'infinito meravigliava i marocchini. Madrid si offriva ai loro occhi assorti come una fantastica città da *Mille e una notte*³⁹. Quando all'imbrunire vedevano brillare i milioni di lucine dell'urbe e pensavano che tutto quello, quel mondo di ricchezze favolose, quell'immensità di tesori, era in balia del loro valore, del coraggio e della combattività di ognuno, un orgoglio satanico gonfiava i petti degli audaci guerrieri del Rif, di Yebala e dell'Atlante, che fino a quel fortunato istante avevano lottato e si erano fatti ammazzare semplicemente per la conquista di un paesucolo, per un prato nel quale potessero pascolare i loro greggi o per il sottile filo di acqua di un oasi del Sahara. La piena coscienza del proprio merito, la convinzione che erano loro, i mori, i miseri cabilani, i sistematicamente umiliati e vinti dai cannoni e dai fucili europei, coloro che in quell'istante avrebbero deciso la sorte di quella città da sogno offerta alla loro furia vendicatrice, raddoppiavano la loro rabbia e aggressività.

Il primo giorno di assalto a Madrid i mori si lanciarono con un impeto travolgente. Spiegati in guerriglia, con il corpo teso in avanti e ululando ferocemente, avanzavano passo a passo calpestando il fango sotto un diluvio di mitraglia. Accecati dal fuoco dei rossi, dovettero retrocedere per due volte e altrettante volte tornarono all'assalto con

³⁹ La stessa espressione appariva anche nel racconto *Y a lo lejos una lucecita*

raddoppiata ferocia. Al terzo tentativo arrivarono fino alle prime trincee dei miliziani repubblicani, e lì, per la prima volta, si trovarono corpo a corpo i barbari guerrieri africani e i duri lottatori del proletariato della grande e civile città europea. Quel giorno i mori impararono che non tutti gli spagnoli erano miserabili ebrei e che in quella Spagna che disdegnavano dalla loro altezzosa superiorità guerriera c'era un nocciolo duro e un impeto vitale che non cedevano al vento devastatore del deserto.

Durante l'assalto alla trincea, il vecchio caid scoprì un miliziano rosso che, rannicchiato dietro a dei sacchi da terra vicino ad un passaggio aperto nel parapetto dall'esplosione di un obice, tratteneva a piè fermo l'arrivo dei soldati marocchini che volevano invadere la trincea da quel buco e rovesciando come una mazza il calcio del suo fucile, li abbatteva con una furia terribile. Era un uomo robusto, con una tuta azzurra da meccanico, le braccia muscolose da forgiatore e un giubilo selvaggio sul volto raggianti. Ogni volta che schiacciava il cranio di un nemico con uno di quei sicuri colpi, la cui precisione matematica rivelava il buon operaio, il lavoratore coscienzioso e sicuro, saltava dalla gioia e incitava sé stesso con il suo pittoresco verbo da cittadino di periferia.

-Olé ragazzi! - si gridava- Un altro moretto per la spazzatura! Venite qua, belli, che vi concio per le feste! Volete prenderle? Eccovi uno affamato!

L'astuto caid si fece strada sparando e, schivando le pallottole dei rossi, arrivò da dietro fino a dove stava quel terribile nemico; strinse fra le mani il fucile con la baionetta inastata e, prendendo la spinta gli si lanciò appresso nello stesso istante in cui, una volta di più, il miliziano alzava la mazza del suo fucile per scaricarla su di una nuova vittima. Né il miliziano, né il caid mancarono il colpo. Un altro soldato marocchino cadde in fondo alla trincea con la testa schiacciata, ma quasi nello stesso tempo si abbatté violentemente su di lui il corpo robusto del miliziano rosso con la schiena trafitta dalla baionetta del caid. Al cadere nella buca, la testa del miliziano urtò sul petto della sua ultima vittima, che ancora respirava. Cercò di alzarsi con l'angoscia della morte in corpo, ma gli mancarono le forze e cadde bocconi. Il suo volto si schiacciò sulla faccia insanguinata del moro. Il suo sguardo torbido percorse da vicino il viso spaventevole del moribondo marocchino ed ebbe ancora abbastanza forza per balbettare:

-Che brutto sei, ragazzo!⁴⁰

Cercò di appoggiare la testa sulla guancia del moro e si rassegnò a morire bisbigliando fraternamente:

-Ormai ci hanno battuti ragazzo! Che sfortuna, caro!

I mori passavano sui loro corpi inerti attraverso quel passaggio stretto che il caid mantenne aperto. Presto la trincea rimase ripulita di miliziani. I rossi battevano in ritirata e i valorosi guerrieri africani ottenevano una nuova vittoria. Ma la ferma resistenza dei miliziani non si era rotta se non in in quel punto dove i mori sostennero il peso dell'attacco. Il resto della linea repubblicana si mantenne stabile, e gli assalti successivi che tentarono la Legione, i *requetés*⁴¹ e i falangisti fallirono impotenti davanti alla resistenza disperata dei difensori di Madrid. L'avanzata dei marocchini, non aiutati dalle restanti forze ribelli, sulla linea del fronte formò una sacca che correva il rischio di essere strozzata. Il comando ribelle, sicuro della costanza dei suoi soldati africani, non credette che fosse necessario rettificare il fronte dopo l'operazione, e il caid e i suoi uomini quella notte rimasero nelle trincee, che avevano appena portato via ai rossi, e lì cercarono di fortificarsi.

Per tutta la notte rimasero ad attaccarli per i fianchi. All'alba, le batterie governative cominciarono a lasciare cadere proiettili sulla postazione e, dai fianchi, i mortai vomitarono la loro mitraglia sui marocchini ora dopo ora.

Incollati a terra, i mori sopportarono quel diluvio di fuoco. Cercarono di avanzare e furono decimati. Nessuno accorreva in soccorso di quella manciata di intrepidi e il caid dovette rassegnarsi a dare l'ordine di ritirata.

Ma ormai era tardi. Le linee rosse dei fianchi si erano allungate chiudendo la sacca che formava la postazione e cogliendo i marocchini fra due fuochi. L'operazione fu così veloce e perfetta che i mori, nel tentare la fuga, s'imbatterono nelle bocche dei fucili repubblicani e non poterono fare altro che alzare le braccia ed arrendersi. Il gruppo, formato ormai da una trentina o una quarantina scarsa di uomini, si accalcò intorno al caid, mentre i rossi continuavano a fare fuoco a mansalva su di loro. Abbattuti dal piombo dei miliziani trincerati, i guerrieri africani cadevano uno dietro l'altro. Il

⁴⁰ Nel testo: *chato*.

⁴¹ Soldati volontari carlisti (Tam, 2008)

vecchio caid, sorpreso e sconcertato dal panico insuperabile dei suoi uomini, che si lasciavano uccidere come agnelli, cercò inutilmente di farli reagire spingendosi in avanti. Lo lasciarono solo nel mezzo di una pioggia di pallottole che non lo colpivano per un vero miracolo. Sarebbero morti tutti lì, se una voce potente che uscì dall'altro lato della trincea non avesse gridato:

-Cessate il fuoco!

Ormai si sentiva soltanto qualche sparo rado quando un miliziano rosso con un fucile mitragliatore stretto fra le mani saltò dalla trincea e, piazzandosi di fronte al caid, gli comminò:

-Arrenditi o ti ammazzo!

Il caid, docile e rassegnato davanti alla fatalità, alzò le braccia e si lasciò spingere dalla canna dell'arma fino al fondo della trincea, dove i miliziani si precipitarono sopra di lui.

Dietro di lui furono catturati i marocchini superstiti. Spinti a colpi di culatta, li condussero per le trincee. Perduto improvvisamente il morale, quei feroci guerrieri guardavano umilmente i miliziani domandandogli pietà con lo stesso sguardo triste e umiliato delle bestie che si sentono prese nella tagliola.

Uno dei mori cercò di scansare il colpo di calcio di pistola con cui lo minacciava un miliziano nel passare e non trovò miglior espediente che quello di alzare il pugno chiuso e mettersi a gridare nella sua goffa lingua:

-Viva i rossi!

-Mori *essere* rossi! Mori *essere* rossi! – gridarono tutti, credendo che con questo semplice stratagemma sarebbero riusciti a salvare le proprie vite.

Ai miliziani divertiva, effettivamente, vedere i cabilani che alzavano il pugno, e si divertivano a fare delle stridule ed entusiastiche acclamazioni alla Repubblica.

Un miliziano dall'aspetto duro e dai capelli brizzolati si avvicinò al vecchio caid, che rimaneva impassibile e gli domandò:

-Non *essere* anche tu rosso?

Il caid posò su di lui i suoi occhi chiari e rispose con un tono deciso:

-No. Io *essere* moro.

- Ammazziamoli, ammazziamoli! - gridarono i miliziani furiosi.

Uno di loro strinse la canna del suo fucile contro il petto del caid. Il veterano che lo aveva interrogato scostò l'arma.

-Perché lo ammazzate? Perché è un uomo onesto?

-Lo ammazzo perché mi va!- replicò furioso il miliziano. – E ammazzo anche te se ti metti in mezzo.

Il veterano sfilò il coltello e si mise in guardia. Gli altri compagni intervennero e li pacificarono. A mala pena, prelevarono dalle prime linee il caid e i suoi uomini in vita. Furono portati al posto di comando del settore, dove li interrogarono sommariamente. Si decise che venissero condotti a Madrid in un camioncino.

Fra i miliziani designati per custodirli si trovava il veterano che aveva difeso il caid. Era un uomo di una cinquantina d'anni, alto, asciutto e serio: la barba cresciuta e cenerina e la pelle indurita dallo stare nelle trincee avevano cancellato il suo aspetto abituale di cittadino e gli davano una strana somiglianza fisica con il caid. Seduto l'uno accanto all'altro nel cassone del camion che li conduceva a Madrid, si sarebbe detto che erano due fratelli della stessa razza.

Quando entrarono per le vie della capitale, i mori, meravigliati, si alzarono per assistere allo spettacolo della grande città. Il caid che aveva sognato di fare un'entrata trionfale a capo della sua milizia, non volle girare la testa. Approfittò di un attimo in cui i suoi uomini non lo guardavano per prendere una delle mani del miliziano, portarsela alle labbra, baciarla e dirgli:

-Moro *essere* grato.

Il miliziano, confuso, rifuggiva lo sguardo del moro.

-Ti uccideranno, moro, ti uccideranno! Non farti illusioni!

E per non farlo incorrere in dubbi, fece il gesto di tagliargli la gola. Il caid, sereno, rispondeva:

-Non importa. Moro *essere* grato a te.

Il camioncino carico di prigionieri era arrivato nel centro di Madrid. Erano le cinque del pomeriggio e a quell'ora le vie del centro erano traboccanti di una folla animata e rumorosa. I mori, disposti in piedi sul cassone del camioncino erano uno spettacolo insolito e, grandi e piccoli corsero dietro di loro tempestivamente. Il

camioncino si trattenne in un incrocio della Gran Vía e presto lo circondarono migliaia di passanti desiderosi di vedere e di toccare i prigionieri da vicino.

Qualcuno dovette credere che quell'esibizione dei mori catturati sarebbe stata efficace per risollevar l'animo e lo spirito combattivo del popolo, perché a partire da allora il camioncino carico di dozzine di cabilani superstiti andò di strada in strada per tutto il pomeriggio, fermandosi a tutti gli angoli e circondato sempre da una massa enorme di madrileni che si rallegravano nel vedere i mori che facevano, instancabili, il saluto antifascista.

-Come quelli -diceva vantandosi un madrileni autentico- ne abbiamo presi più di dieci mila.

-È che si sono sollevati, lo sa? Hanno scannato Franco e sono passati nelle nostre fila- replicava un altro, a cui questa versione sembrava più credibile che quella della cattura dei diecimila marocchini.

-Ma no, se i mori sono così bolscevichi! Vero Mustafà? – chiedeva un terzo mettendosi amichevolmente di fronte ad uno dei prigionieri storditi.

I mori, come se volessero corroborare questa ingenua presunzione, si sgolavano acclamando la Repubblica. Qualche vecchia brontolona o qualche miliziano di brutto aspetto dicevano nel passare:

-Quel che bisogna fare con questi assassini è fucilarli a tradimento.

C'era sempre chi replicava:

-Chi bisogna fucilare è chi li ha portati, i fascisti, cento volte più criminali di loro.

Perché, in realtà, l'esibizione dei mori prigionieri non provocava nella massa del popolo un grande risentimento contro di loro. Il buon popolo di Madrid considerava i mori, che avrebbero potuto entrare a ferro e fuoco per le loro vie e piazze, come strumenti incoscienti del male che facevano. Dalla loro altezzosa superiorità di cittadini responsabili, i madrileni li guardavano più con pena che rancore, come esseri inferiori, povere bestie istigate. E, nel vedere i prigionieri⁴² che alzavano il pugno grottescamente, gli davano noccioline, come facevano con le bestie ingabbiate nello zoo del Retiro.

La grande massa popolare, che non sa fare la guerra e non conosce nemmeno le sue esigenze, si mostrava indulgente con i mori e gli avrebbe risparmiato la vita. Ma la

⁴² Nel testo evidente errore di stampa: l'articolo *los* compare attaccato all'infinito.

guerra ha le sue terribili leggi e chi la faceva in nome del popolo decretò implacabile la morte dei prigionieri. Quando, al calar della notte, la folla si disperse e le vie di Madrid rimasero deserte, il camioncino carico di prigionieri cercò un posto solitario della periferia di Madrid. L' esibizione era finita ed era arrivata l'ora di disfarsi di quell'inutile carico di umanità.

Il vecchio caid, che era rimasto rannicchiato nel camioncino di fianco al veterano rosso che li custodiva, gli prese di nuovo la mano e gli domandò :

-Uccidere mori, ora?

Il miliziano assentì gravemente.

-Allah è grande! - fu l'unica risposta del caid.

Dopo una pausa il miliziano aggiunse:

-Io volevo che tu vivessi. Sei un vero uomo. Ma non posso fare nulla per te.

-Io *sa*. Io *sa*. - diceva il caid premendo dolcemente con la sua mano lunga e ossuta quella del miliziano. -Moro sa che tu *essere* amico anche se uccidi. Anche moro ucciderebbe. *Essere* cosa di guerra e di uomini. Allah è grande!

∞∞∞∞

Li misero in fila contro un muro di cinta e li falciarono con le raffiche di piombo di una mitragliatrice.

III Dentro de *A sangre y fuego*: análisis lingüístico de la obra y de la traducción

3.1 Una mirada personal sobre la realidad de la guerra

El intento de inscribir *A sangre y fuego* dentro de un género literario bien definido nos lleva a reflexionar sobre el estilo y la manera de escribir del autor. Tal y como mencionado en el primer capítulo, las nueve novelas cortas de que se compone la obra son un recorrido sobre diferentes episodios de la guerra civil que se refieren a los primeros meses de la contienda. El autor, al escribirlos, ya se encuentra lejos del epicentro de la batalla lo que supondría cierto alejamiento de la materia narrada, no obstante, no se puede negar la frescura y la inmediatez que desbordan de sus narraciones de la guerra. Es, pues, esta inmediatez que acerca sus relatos a las crónicas periodísticas, género en el cual se había forjado durante toda su vida. Lo que más impresiona es su capacidad para equilibrar los elementos de ficción típicos de la novela dentro de un marco histórico difícil, en el cual relatar los acontecimientos tal y como sucedían en la realidad era una necesidad imperativa para dar luz al caos en que España

y Europa estaban envueltas. Para averiguar esas consideraciones hay que volver al prólogo y a la nota que preceden los relatos, donde el autor mismo declara sus opiniones sobre la obra y sus intentos narrativos:

Estas nueve alucinantes novelas, a pesar de lo inverosímil de sus aventuras y de sus inconcebibles personajes, no son obra de imaginación y pura fantasía. Cada uno de sus episodios ha sido extraído fielmente de un hecho rigurosamente verídico; cada uno de sus héroes tiene una existencia real y una personalidad auténtica, que sólo en razón de la proximidad de los acontecimientos se mantiene discretamente velada. (Nogales, 2010: 33)

Como dejan intuir sus palabras estamos frente a unos relatos sacados de hechos verídicos, de la realidad personal del escritor y de las noticias traídas por otros exiliados en su casa de Montrouge (Cintas Guillén, 2005:123). El narrador de la obra, que se identifica en el prólogo con el autor, es un narrador testigo que transcribe lo que ha visto y que ha vivido. Eso implica que los personajes, a pesar de la máscara literaria que le pone el autor, no son el producto de su imaginación creativa, por el contrario, personifican unos tipos humanos auténticos y representativos de un contexto histórico bien definido. A este propósito cabe destacar que a lo largo de la obra aparecen incluso algunos nombres de intelectuales y de personalidades conocidas de la guerra civil. Es el caso del poeta Alberti, de Bergamín y de María Teresa León en *Masacre, Masacre* y del Chino o del Negus en *La Columna de Hierro*.

Por lo que concierne el intento de buscar una corriente literaria donde colocar la obra, cabe destacar que la opinión de los críticos tiende a inscribirla en la tradición del realismo. Eso es lo que trasluce de las palabras de Andrés Trapiello, uno de los pocos que hizo aparecer *A sangre y fuego* entre los textos representativos de la literatura de la Guerra Civil. En su breve presentación de la obra impresiona leer que “si Galdós hubiera podido escribir de aquella guerra, sus episodios no serían muy diferentes de los de Chaves” (Trapiello, 2002:131). Lo que quiere subrayar es el hecho de que la obra de Chaves constituye una mirada sencilla y libre sobre la realidad de la guerra. Sencilla, porque lo que quiere es “contar lo que ha visto y lo que ha vivido fielmente” (Nogales, 2010: 31) lejos de cualquier artificio retórico, y libre, porque no son relatos contra un bando y tampoco a favor de alguna ideología.

Hay otros críticos que han acercado Chaves al género del realismo testimonial, etiqueta que indicaría la manifestación de un nuevo desarrollo del género narrativo,

mezcla entre reportaje y ficción, que hizo evolucionar la novela hacia una temática de inmediateces. Se trata de un proceso que procede de la tendencia a valorar la importancia de la noticia, debido al desarrollo de la prensa que conoció España entre 1918 y 1936, con la exclusión de la primera dictadura (Soldevila, 1980). A este propósito, Ignacio Soldevila pone de relieve el hecho de que los renovadores del género narrativo en dirección del realismo testimonial, procedan del periodismo o compaginan ambas profesiones y destaca entre ellos precisamente la figura de Chaves.

Cualquiera sea la opinión de la crítica, es cierto que la mirada de Chaves sobre la realidad de la guerra no es una mirada fría ni tampoco objetiva. Está claro que su actitud, a diferencia de muchos otros autores que se pusieron al lado de uno u otro bando, está libre de los ideologismos, pero es la de un hombre que sufre por el drama de su época y no puede quedarse impassible frente a ésto.

Es suficiente pensar en su papel de narrador para darse cuenta de que le resulta muy difícil quedarse al margen de los hechos con la imparcialidad que debería mantener una narración objetiva. Chaves mismo lo declara en el prólogo:

Cuento lo que he visto y lo que he vivido más fielmente de lo que yo quisiera. A veces los personajes que intento manejar a mi albedrío, a fuerza de estar vivos, se alzan contra mí y, arrojando la máscara literaria que yo intento colocarles, se me van de entre las manos, diciendo lo que yo, por pudor, no quería que hiciesen ni dijese. Y luchando con ellos y conmigo mismo por permanecer distante, ajeno, imparcial, escribo estos relatos de la guerra y la revolución. (Nogales, 2010: 31)

En efecto, a lo largo de la obra trasluce la voz personal del autor que interviene en momentos decisivos, a veces para interpretar, comentar y juzgar los acontecimientos, otras para penetrar en los pensamientos de los personajes e incluso calificarlos (Peinado Elliot, 2009:137). Un ejemplo significativo lo podemos encontrar en las palabras con las cuales describe los jefes de las escuadrillas de retaguardia en *Masacre masacre*:

Cada una de ellas tenía su jefe, un aventurero, a veces un verdadero capitán de bandidos, por excepción un místico teorizante de cabeza estrecha y corazón endurecido que con la mayor unción revolucionaria, decretaba inexorablemente los crímenes que consideraba útiles a la causa. (40)

En el mismo relato que acabamos de mencionar impresiona también su interpretación de la barbarie, provocada por una guerra que ha obligado los hombres a

“padecer el miedo a morir ” y, en consecuencia, “a aprender a matar” llevando hasta puntos extremos la proliferación de esa lógica de la violencia (40). Otras veces, la voz del autor emerge para alabar el valor de los madrileños y de su ciudad que define como “la más insensata y heroica del mundo” (38). Hay que destacar también la ironía con la cual Chaves critica la falta de organización y las divisiones que se manifiestan en el interior del mismo bando Republicano:

En el seno del comité se entabló entonces un largo debate sobre lo que debía hacerse en aquel caso insólito. Los delegados republicanos eran partidarios de que el prisionero fuera conducido hasta Madrid y entregado al gobierno; los anarquistas creían que lo lógico era dejarlo en completa libertad, para que se redimiera de su pasada servidumbre y se convirtiese en un libre y digno ciudadano de la libre Iberia; los comunistas estimaban que lo más razonable era curarle primero y luego inscribirle en las milicias...(169)

Pero lo que ridiculiza de manera más patente es sobre todo el idealismo extremo de algunas facciones, que no lleva a nada más que a alimentar la espiral de la violencia; ese aspecto lo subraya sobre todo en *La Columna de Hierro*:

Aquellas expediciones de las bandas armadas (...) eran el azote del país. Con el pretexto de limpiar la retaguardia iban por pueblos y aldeas cometiendo toda clase de abusos y crímenes. Su disculpa era la de que las milicias y los comités locales no actuaban con verdadero sentido revolucionario (...) En los pueblos había demasiado espíritu burgués, demasiada condescendencia para con los contrarrevolucionarios” (124)

Por todas estas razones pecaríamos de simplismo al etiquetar la obra como “realista”, ya que todos los relatos están claramente vinculados con la interpretación que el autor hace de la realidad misma.

3.2 La lengua de la inmediatez

Dejemos de un lado ahora las consideraciones críticas sobre el género, para focalizarnos en las características estilísticas de la obra o, mejor dicho, en el tipo de lenguaje que la caracteriza, sobre todo a partir de las impresiones afloradas a lo largo del proceso de traducción.

El primer elemento que cabe destacar es el hecho de que, al leer estos relatos, nos introducimos en el ambiente crudo y violento de la guerra. A pesar del cambio de lugares en los cuales se insertan los relatos, el escenario militar de la violencia, de la muerte y de la destrucción emerge en todos ellos. Eso implica, por un lado, la presencia

de un lenguaje estrechamente relacionado con una precisa terminología militar y, por otro lado, la presencia de un lenguaje más bajo y directo, adecuado a la difícil situación en que se mueven los personajes.

En cuanto al punto que acabamos de mencionar, hay que considerar que la narración está intercalada con la presencia de muchos diálogos donde el autor da la palabra directamente a los personajes. Es precisamente a lo largo de esos diálogos donde el nivel lingüístico se hace más vulgar y se acerca a la lengua cotidiana.

A este propósito se pueden distinguir diferentes situaciones comunicativas en las cuales queda reflejada la inmediatez de la lengua hablada. Entre ellas cabe destacar el frecuente dar y tomar de los milicianos y de los miembros del ejército rebelde a la hora de discutir sobre la situación militar o sobre el fin de muchos prisioneros. Ya en el primer relato de la obra (*¡Masacre, Masacre!*) podemos encontrar un ejemplo en el diálogo entre el jefe de las milicias Arabel y el universitario Valero que discuten con un tono bastante animado sobre la suerte del padre de Valero, un viejo fascista que aparece en la lista de detenidos de la escuadrilla de la Venganza. Arabel quiere venderle al segundo de ellos la libertad de su padre en cambio de su complicidad en el tráfico de detenidos:

..yo estoy dispuesto a servirte y puedo suprimir su nombre de la lista de los detenidos antes de que se hagan más averiguaciones que pudieran ser fatales para él. Tu vas entonces a la cárcel y te lo llevas. Hoy por ti y mañana por mí. ¿Estamos? (49)

Pocas páginas después aparece otra intervención de Arabel que comunica a Valero su intención de asaltar la cárcel de los fascistas:

-Adónde manda a tu gente? – le preguntó Valero.

-Van a la cárcel de San Román. A cobrar lo que se nos debe. ¿Te enteras? ¡A cobrar! (58)

Aunque la traducción en estos casos ha sido bastante espontánea e intuitiva⁴³, cabe destacar como la presencia de esas colas interrogativas como “¿Estamos?” o “¿te enteras?”, que sirven para mantener una conversación y provocar una respuesta de consenso en el interlocutor, nos acerca a la situación en que se ven envueltos los

⁴³

- Dove mandì i tuoi uomini?

-Vanno alla carcere di San Román. A riprendere quel che ci è dovuto. Ti rendi conto? A riprenderlo!

personajes y hace que el lector perciba la inmediatez y la urgencia de la situación junto con la tensión que caracteriza las relaciones entre los dos milicianos.

En muchos diálogos aparecen también varios elementos lingüísticos que están verdaderamente extraídos del lenguaje de la oralidad, son utilizados muy a menudo como vocativos y a veces no tienen una traducción perfectamente equivalente en italiano. Normalmente se trata de pronombres o de nombres propios de persona, pero en el texto aparecen muchos sustantivos que desempeñan el mismo papel. Un ejemplo se puede encontrar en el diálogo entre Pedro, Jiménez y Carmiña, en el cuento *Y a lo lejos una lucecita*, cuando los dos milicianos al descubrir que la muchacha es la tercera espía, quieren llevársela para asesinarla más tarde. Después de que Pedro la declara responsable, Jiménez se vuelve a Carmiña y le dice:

“Vamos, niña.” (105)

Esta expresión española muy castiza, tendría una correspondencia directa, ya que el sustantivo “niña” se traduce perfectamente con “bambina” y se suele escuchar en contextos similares también en italiano, pero hay otros casos como el de “Qué feo eres, chato” (180), dicho por un miliciano a un moro, donde no hay una perfecta equivalencia y se plantea entonces el problema de cómo traducirlos. En estos casos he optado por utilizar palabras bastante neutras que puedan en cierta medida suplir la falta de una correspondencia directa, como “ragazzo” o “fratello”. En realidad, el apelativo “caro” es el que más puede acercarse al significado de “chato” en este contexto, ya que tiene un claro matiz sarcástico, pero he preferido utilizarlo más adelante en lugar del pronombre personal “tú” en la frase:

“Ya nos han dao chato, mala suerte tú!” (180)

En efecto la presencia de “tu” en italiano no quedaría bien, pero poniendo “caro” la expresión suena bastante familiar también en nuestra lengua.⁴⁴ Un caso un poco diferente es el de “hombre” que, más que como vocativo, se utiliza como interjección, razón por la cual se puede utilizar también para intercalar el discurso entre mujeres. En nuestro texto aparece cuando Jiménez regaña a Pedro por no haber matado a Carmiña:

-Y a qué has esperado?

-¡Hombre! ¡Como se trata de una mujer! (104)

⁴⁴

Ormai ci han battuti ragazzo! Che sfortuna, caro!

Este “ hombre”, que tiene tanto un matiz de sorpresa como de justificación ha sido traducido simplemente con “beh” ya que en italiano es entre las interjecciones más utilizadas en situaciones parecidas.

A lo largo de la obra aparecen también otros elementos típicos de la lengua hablada, que a veces tienen que ver con comportamientos lingüísticos característicos de determinadas regiones. En *La gesta de los caballistas*, el único relato de la obra que se desarrolla en Andalucía, destaca el uso de la palabra “padre” en su forma relajada y típicamente andaluza “pae”:

-¿Qué, *pae* Frasquito, no se atreve usted a ser de la partida? (...) Vamos, *pae* Frasquito, déjese de escrúpulos y véngase con nosotros. (...) (65)

Como no existe una forma exactamente correspondiente en italiano, en la traducción se ha preferido mantener simplemente la palabra “padre” en su forma regular. Hay otros casos lingüísticos similares que se reproducen a lo largo de la obra. En *La columna de hierro*, por ejemplo, el camarero del salón de variedades informa al jefe de la tropilla de milicianos sobre el inglés borracho que se encontraba en el palco diciendo:

Es un *chalo* que tiene la manía de dar vivas a Azaña en inglés (121)

Se trata de un vulgarismo bastante frecuente en la lengua hablada que consiste en la pérdida de la –d intervocálica de los participios pasados provocada por la relajación articulatoria. De echo, la –d consonante oclusiva sonora en posición intervocálica se fricativiza. Está claro que en nuestra traducción hemos mantenido el significado a partir de la palabra “chalado”, sin ninguna supresión en italiano. También en el cuento sobre los moros se refleja otro caso del mismo fenómeno lingüístico, esta vez a partir del verbo “dar” : “!Ya nos han dao, chato!”(180)

Merece una consideración a parte el relato de *Los guerreros marroquíes*, donde Nogales llega a reproducir hasta los errores gramaticales de los luchadores árabes al hablar en castellano:

No tirar-gritaba con voz angustiada- Yo *estar* rojo; yo *estar* república. (165)

La confusión en el uso de los verbos “ser” y “estar”, es uno de los fallos que suelen cometer con frecuencia los extranjeros al hablar español, un aspecto que nunca pasa desapercibido entre los hispanohablantes y que desencadena, a veces, sus bromas. Eso es lo que pasa también entre los milicianos que ridiculizan la lengua torpe de los moros:

Un miliciano de gesto duro y pelo entrecano se acercó al viejo caído, que permanecía impasible, y le preguntó:
-¿Tú no *estar* rojo también? (...) -No. Yo *estar* moro.(182)

Como en italiano no existe esa diferencia entre “ser y estar”, en la traducción se ha utilizado el verbo “essere” al infinitivo y nada más. El propósito ha sido buscar un comportamiento lingüístico italiano parecido al español, para mantener el efecto de la lengua viva y hablada también en nuestra lengua. Sin embargo, la eliminación de algunos de los usos lingüísticos propios del español en el texto italiano implica la pérdida de la frescura que desborda de la obra de Chaves, perjudicando, desafortunadamente, una de las características básicas de lengua utilizada por el autor.

Se pueden encontrar huellas de ese lenguaje directo e inmediato también en muchos diálogos relacionados de manera más directa con las acciones de guerra y de combate en que se enfrentan personajes pertenecientes a los diferentes bandos. Cabe destacar en este caso que al reflejar la violencia y el odio perpetuados por las dos facciones, las situaciones comunicativas no sólo se hacen más violentas, sino que se caracterizan por un lenguaje más bajo y vulgar, a veces plagado de insultos o palabrotas. Hay muchos ejemplos no sólo en los relatos considerados para la traducción, sino a lo largo de toda la obra. A veces aparecen juntos a verdaderas maldiciones como en el caso del fugitivo de la Cuesta de las Perdices que, en una de las escenas más violentas del relato *Y a lo lejos una lucecita*, en la agonía del muerte debida a las balas de los milicianos, tiene aún bastante fuerza para decir:

¡Que Dios os maldiga, hijos de perra! (108)

Como la traducción literal de esa maldición no se suele escuchar en italiano, se ha optado por mantener el elemento animal convirtiéndole en un nombre masculino y plural, es decir en la forma “Che Dio vi maledica, figli di cani!” que resulta menos vulgar y más común en nuestra lengua. También aparecen con bastante frecuencia expresiones que se rifieren a la vileza y a la cobardía de los enemigos; un ejemplo se

puede encontrar en *El tesoro de Briesca* que no aparece entre los relatos aquí traducidos, pero mantiene sin duda el mismo tipo de lenguaje:

-¡Canallas! ¡Cobardes! Os voy a fusilar a todos (...) Cobardes, hijos de perra! Atados codo con codo os voy a poner de parapeto en la primera fila. (147)

Estas expresiones recurren más de una vez y siguen reiterando el lenguaje de la violencia que acompaña toda la obra para marcar la pobreza comunicativa, debida a la degradación de las relaciones humanas en el ámbito de la guerra.

Sin embargo, no hay que asociar la presencia de estas características a una falta de cuidado por parte del autor a la hora de escribir, ya que la prosa de *A sangre y fuego* resulta, de todas formas, llena de esmero e intensidad.

3.3 La descripción entre instantáneas y esbozos de la realidad

Un aspecto de la obra que revela el cuidado del autor a la hora de escribir, es sin duda relacionado con las descripciones que ocupan buena parte de cada relato. Podemos resaltar aquí el hecho de que en ellas desbordan una serie de elementos y de detalles que dan mucha intensidad y concreción a la obra. Es como si Chaves supiera grabar en las páginas de su obra lo que sus mismos ojos podrían ver claramente con una simple mirada.

Esa intensidad de las descripciones se puede ver en diferentes contextos narrativos. Entre ellos destaca primero todo el escenario de los bombardeos y de las batallas que acompañan al lector desde el inicio hasta el final del libro. Hay que subrayar en este caso que Chaves no intenta esconder el horror de esos escenarios, sino que lo refleja en toda su crudeza. Una imagen bastante significativa aparece, por ejemplo, en el primer relato, donde hay una descripción muy dura de las masacres causadas por los bombardeos:

En el casco de la ciudad las bombas de los aviones hacen carne siempre. Cuando en una camilla llevan a una pobre muy despanzurrada o a un niño que ya no es más que un revoltijo de trapos y sangre, la muchedumbre de curiosos se siente estremecida por el horror (36).

La referencia a la carne, a la sangre, a la niña despanzurrada son todos elementos que tienen una gran plasticidad y que juntos contribuyen a dar una imagen muy concreta de ese horror. Su inmediatez es tal que casi parece un enfoque cinematográfico que se desplaza de una figura a otra, desvelando atisbos de realidad. Aquí surge entonces una de las cuestiones traductivas fundamentales con respecto a esta obra, puesto que la concreción de las imágenes descritas por el autor es una característica que no podemos desatender en nuestra versión italiana. Dentro de este párrafo destaca sobre todo la intensidad de la expresión “las bombas de los aviones hacen carne siempre” en la cual el elemento de la carne impresiona al lector por su eficacia visiva y su fuerza emotiva. Ha sido entonces necesario mantenerlo también en italiano, pero he debido apoyarme a una expresión un poco diferente en la cual aparece el verbo “macellare” en lugar de “fare”.⁴⁵ También en los combates cuerpo a cuerpo o en los tiroteos de las trincheras, afloran esas imágenes tan plásticas y corpóreas. En la descripción del ataque de los cabreros de la sierra al moro Mohamed, en *Los guerreros marroquíes*, se puede leer:

(...) El cabrero estiró el cuello corto y ancho, abrió las fauces y hundió los colmillos en la garganta del moro, que, torciéndose de dolor, logró incorporarse en un esfuerzo desesperado y lanzó violentamente al espacio aquel cuerpo recio que se aferraba a su carne con las tenazas de sus mandíbulas anchas de animal de presa.(...) (167)

La intensidad de sus palabras es tal que casi podríamos llegar a percibir el dolor del moro al ser mordido. Es interesante considerar como muchas veces la lucha, en la cual actúan los personajes de los relatos, asume para Chaves las dimensiones de una lucha entre fieras, cómo en el pasaje que acabamos de mencionar donde las mandíbulas del cabrero se comparan con las de un animal de presa y su boca a las fauces. El narrador, nos propone esta asociación más de una vez a lo largo de la obra. *En la gesta de los caballistas*, por ejemplo, se insiste en esa asociación entre los hombres y las alimañas:

(...) El ruido de un disparo cortó en seco la charla. Uno de los guardas jurados (...) espoleaba a su caballo para ir a cobrar la pieza. ¿Hombre o Alimaña? Un hombrecillo como una alimaña que se revolcaba y gemía entre los jarales (168)

⁴⁵

Nel centro della città le bombe degli aerei macellano sempre carne.

Esta insistencia es debida al hecho de que para Chaves la guerra es un acontecimiento extremadamente inhumano y cruel, que ha llegado a despojar al hombre de todo lo que de humano tenía, hasta llegar a convertirlo en un ser bestial.

La riqueza de las descripciones consigue darnos imágenes visuales muy concretas de lo que Chaves quiere trasponer en su obra, pero es precisamente en esos pasajes donde emerge la mayoría de los problemas traductivos, ya que el lenguaje se hace muy especializado. Uno de los pasajes más interesantes en este sentido es la descripción de la misa que se desarrolla en la finca del marqués, la misma que abre el relato *La gesta de los caballistas*. La descripción está plagada de detalles que sirven para crear un cuadro que parece casi costumbrista. Hay una minucia tal al describir las jacas jerezanas, la gañanía, los tres señoritos y el escenario de la misa, que tenemos la impresión de ser nosotros mismos los que asisten a la celebración. La traducción del pasaje ha sido bastante ardua, justamente por la riqueza y la especificidad de los términos utilizados. Un ejemplo podemos encontrarlo en el hecho de que a lo largo del relato aparecen palabras como “gañanía”, “finca”, “casa de campo” entre ellas, que a pesar de los matices que los diferencian indican simplemente las casas de las familias aristocráticas que se suelen encontrar en el campo andaluz. Eso significa que en español, con respecto a este campo semántico, hay una riqueza lexical muy amplia que no siempre se puede adaptar a la terminología que existe en italiano con respecto al mismo sector lingüístico. El origen de esa discrepancia se encuentra en el hecho de que la realidad y la organización de la campaña andaluza responden a unas características específicas, muy diferentes de las italianas y por lo tanto no hay una correspondencia perfecta entre los dos campos semánticos.

Volvemos ahora al análisis de las descripciones para considerar que su intensidad no sólo se encuentra al hablar de situaciones o ambientes concretos, sino también al presentar los personajes. Podemos destacar entre ellos una breve frase referida a Bergamín, que aparece en *Masacre, masacre*, acompañado por otros intelectuales antifascistas que vuelven del frente:

Comenzaban a llegar los clientes. Un grupo de intelectuales antifascistas en el que iban el poeta Alberti con un aire de divo cantador de tangos, Bergamín con su pelaje viejo y sucio de pajarraco sabio embalsamado. (51)

Lo que el autor hace, es un retrato verbal del intelectual que podría acercarse mucho a los dibujos que lo retraen realmente, pero lo esboza a través de una asociación de imágenes que asimila la figura del poeta español a la de un pajarraco viejo y sucio, con una técnica que casi parece impresionista. La traducción de este pasaje no ha sido tan inmediata, ya que no se trata de una descripción constituida por una simple lista de adjetivos y nombres que caracterizan el sujeto, sino de una reinterpretación muy singular del autor en cuanto a la apariencia del poeta.⁴⁶

Una de las descripciones de los personajes que más impresiona es, sobre todo, la de Bigornia, el obrero mecánico protagonista de uno de los últimos relatos de la obra. Chaves abre el relato justamente con su imagen:

Era un ogro jovial y arrabalero que balanceaba su corpachón envuelto en tela azul desteñida junto a las vallas de los solares y de los desmontes del suburbio donde tenía su vivienda (...) Un ogro municipal y suburbano escandalosamente prolífico(...) herrero, hijo de herrero y nieto de herrero (...) conservaba un fondo selvático de forjador primitivo, de hombre de bosque, fuerte y de gran resuello, que por primera vez junta el hierro, el fuego y el agua, sopla, golpea, temple e inventa el acero. (211-212)

Se trata de un fragmento a través del cual podemos por un lado visualizar la silueta grande y fuerte de este hombrón que es parangonado a un “ogro jovial”, por otro lado podemos tener una clara referencia a su condición social y también a su carácter selvático y un poco primitivo. Lo que me interesa subrayar es la habilidad del autor para trazar, a través de una simple pincelada de adjetivos y de nombres, un retrato muy preciso, no sólo de la fisicidad del personaje, sino también de su psicología y personalidad. En todo eso permanece esa huella tan personal de Chaves que sabe focalizar y elegir algunos elementos para que se desencadene una red de imágenes y de ideas, cuyo conjunto logra caracterizar con minucia al personaje y, además, enriquece y da belleza a la prosa.

3.4 El imaginario simbólico de los lugares

⁴⁶ Cominciavano ad arrivare i clienti. Un gruppo di intellettuali antifascisti in cui avanzavano il poeta Alberti, con la sua aria da divo cantante di tanghi, Bergamín con il suo pelame vecchio e sudicio di uccellaccio ammaestrato e imbalsamato e María Teresa León.

Está claro que el intento del autor, al describir lo que ve con esa atención por los particulares, va mucho más allá del simple objetivo de “contar lo que ha visto y vivido fielmente” (31), ya que a través de muchas descripciones llega a transmitir claramente su cosmovisión. Ya hemos mencionado la idea de la degradación moral del hombre “en guerra” que retrocede al nivel de los instintos bestiales, pero a lo largo de la obra hay muchos otros pasajes en los cuales el autor proyecta sus consideraciones acerca de la guerra. Este aspecto se puede notar sobre todo en la descripción física de algunos lugares y ambientes, que llegan a ser la proyección de verdaderos paisajes interiores. Por esta razón es muy difícil analizar el “estilo” del autor, prescindiendo de las temáticas de la obra. Nos limitamos aquí a evidenciar sólo unos cuantos ejemplos de este estrecho vínculo, para luego volver a analizar los temas en un capítulo aparte.

A este propósito cabe destacar la idea de la guerra como acto de destrucción total, después del cual no queda nada más que una cantidad inútil de escombros sin otra función que la de perpetuar una imagen de muerte y de desolación. Esa es la sensación que nos transmite el autor al describir la llegada de los caballistas al caserío de la Concepción, donde se paran después de un largo camino por el campo andaluz con el propósito de “dar una batida” a cada rojo que hubiesen encontrado aún vivo:

Frente al ayuntamiento humeaban aún los renegridos maderos de la techedumbre de la iglesia y las tablas de los altares hechas astillas y esparcidas entre el cascote de lo que fueron muros del atrio. El viento se entretenía en pasar las hojas de los libros parroquiales y los grandes misales, cuyos bordes habían mordisqueado las llamas. (71)⁴⁷

Lo que tenemos delante es otra vez una imagen muy concreta, llena de detalles que, juntos, nos dan un esbozo de la ruina provocada por la guerra. Las llamas, que habían quemado el edificio y los libros parroquiales, encarnan toda la violencia destructora del sectarismo ideológico y ese viento que sigue soplando y pasando las hojas, es un viento de muerte. No hay ni un elemento de vida ni de esperanza en todo el fragmento que describe el pueblo, tanto que parece que nos encontramos en un lugar fantasmal, casi

⁴⁷ Di fronte al municipio fumavano ancora le travi annerite della copertura della chiesa e le tavole degli altari ridotte in frantumi e sparse fra le macerie di quel che erano stati muri dell’atrio. Il vento si divertiva a sfogliare le pagine dei libri parrocchiali e dei grandi messali i cui bordi erano mordicchiati dalle fiamme.

infernol. Esta idea queda reiterada también por la insistencia en el hecho de que no hay nadie en aquel inquietante lugar:

El país entero parecía despoblado. Toda la mañana estuvo caminando la mesnada sin encontrar alma viviente que le saliese al paso.(70)

A la idea de la destrucción, se añade entonces la de la soledad, elemento que Chaves sabe subrayar con más fuerza al describir la falta de cualquier ruido en aquel entorno:

El paso de los caballeros por la ancha vía fue un desfile solemne y silencioso. Sólo sonaban en el gran silencio del pueblo los cascos ferrados de las caballerías al chocar contra los guijarros de la calzada.(71)

Volveremos a hablar del tema de la soledad más adelante, ya que aparece más de una vez a lo largo de la obra. Lo que cabe subrayar aquí es que Chaves sabe revestir y combinar los diferentes elementos que llenan sus esbozos de los lugares de la guerra con una pátina de símbolos que les da un significado más profundo y metafórico. Cabe señalar a este propósito la descripción con la cual Chaves abre el relato *Y a lo lejos una lucecita* donde, a partir de un espacio físico real, la ciudad de Madrid, se focaliza en algunos elementos a través de los cuales se transmite un imaginario alucinado de la ciudad. El paisaje físico denota entonces una interpretación interior y subjetiva del espacio. La ambientación del relato se construye a través de una serie de imágenes metafóricas que se refieren al campo semántico de la oscuridad:

La calle era una sima honda, larga y negra. Una hendedura en la corteza de un astro muerto. Por su fondo se arrastraba, como único indicio de vida, un gusanito de luz, un auto, que con los haces luminosos de sus faros barría los zócalos de las altas fachadas, moles difícilmente perceptibles, en las que pintaba al relumbrón fantásticas suntuosidades arquitectónicas insospechables en aquella negra cortadura. (89)

El autor le da a ese rincón madrileño unas connotaciones lúgubres e inquietantes. Lo primero que podemos destacar es la oscuridad persistente que caracteriza la noche madrileña y que se interrumpe sólo por el relumbrón pasajero de los faros del auto. Lejos de ser simplemente una falta de luz, esa oscuridad se eleva a un nivel más bien simbólico y encarna, quizás, el caos absoluto que se ha volcado sobre toda la ciudad con el estallido de la guerra. Se trata de un caos que lleva el hombre a perderse en el tejido urbano de la ciudad, que ya no es percibida como un lugar quieto y seguro, sino

como una alucinación monstruosa, una especie de epicentro sísmico de la guerra y de su inhumanidad:

Todo lo que hay de inhumano y monstruoso en la gran ciudad se veía ahora cuando no había luz, y la calle en sombras y sin vida era como una grieta de indiscutible naturaleza sísmica (89)

La explicación de la paradoja de la visibilidad en la oscuridad, puede encontrarse en el hecho de que el caos de la guerra, simbolizado por esa oscuridad, hace traslucir toda la inhumanidad y la brutalidad de la situación histórica.

Cabe destacar que también durante la traducción de estos párrafos se han planteado algunas dudas a la hora de elegir las palabras italianas, precisamente a causa de la carga simbólica que caracteriza las utilizadas por Chaves. Tal y como mencionado antes el autor atribuye a ese escenario de la ciudad unas connotaciones sísmicas que no ha sido fácil mantener en nuestra lengua. En el texto español hay tres palabras, es decir “sima”, “hendidura” y “grieta”, que el autor asocia a la apariencia de la calle, para indicar el mismo concepto de corte o de ruptura que se produce en una superficie. En italiano existirían muchas palabras para expresar este concepto, pero pocas consiguen conllevar también el matiz simbólico que se intuye en el fragmento español. Por eso he elegido palabras que aunque se alejan parcialmente de la traducción literal de cada una consiguen acercar el lector a la imagen del sisma. La palabra italiana “fessura”, por ejemplo, no tiene la misma fuerza semántica que se encuentra en “spaccatura”, “solco” o “crepa”, las cuales aparecen en mi última versión:

La via era una spaccatura profonda, lunga e buia. Un solco sulla crosta di un astro spento. (...) Tutto ciò che c'è di inumano e mostruoso nella grande città, si vedeva ora che non c'era luce e la via nelle tenebre e senza vita era come una crepa di indubbia natura sismica.

3.5 El lenguaje poético de las metáforas

A través de las consideraciones hechas hasta ahora ha emergido la idea de que, a pesar de la presencia de un lenguaje del horror y de la violencia debido a las circunstancias de la guerra, aflora también un lenguaje cargado de símbolos y de

asociaciones recónditas. Es pues este tipo de lenguaje lo que da a la obra su vena poética. Se trata de una característica que emerge sobre todo a través de las metáforas a las cuales recurre muy a menudo el autor. Cabe destacar aquí algunas de las más logradas figuras retóricas que aparecen en los relatos traducidos al italiano.

La primera se puede ya encontrar en *Masacre, Masacre*, el relato que abre toda la obra y en el cual el autor asocia el caso de los bombardeos aéreos al de la lotería nacional:

Ocurre también que para este pueblo de jugadores de lotería que es Madrid, el albur del aéreo en el cielo dejando caer sobre una pacífica familia su carga de metralla tan a ciegas como el bombo de la lotería nacional dispara la bolita de los quince millones de pesetas sobre un grupo de gente humilde y oscura, es un azar al que todos se someten sin gran repugnancia. (36)

Chaves hace un paralelismo entre el sorteo de la lotería y el de los bombardeos jugando con las consecuencias contrastantes a las cuales llevan las dos situaciones. La suerte de la lotería toca sólo a unos pocos afortunados que se ponen voluntariamente en las manos del destino, mientras que la de los bombardeos toca “con impresionante prodigalidad” y de su sorteo resultan premiados los a quienes no ha tocado la metralla. Poniendo el caso de los bombardeos en el plan de un juego, se produce una forma de ironía mácabra que, funcionando de manera opuesta, subraya toda la gravedad y la dramaticidad de los bombardeos:

El júbilo general de los que en este horrendo sorteo no han sido designados por el destino se advierte en las caras alegres de la gente que anda por las calles a raíz de cada bombardeo. ¡No nos ha tocado!, parece que dicen con alborozo. (36)

Cabe destacar que la expresión “no nos ha tocado” puede originar equívocos a la hora de traducir, ya que el autor reitera otra vez el paralelismo entre la bomba que al caer golpea a la muchedumbre y la suerte de la lotería que toca con poca frecuencia. En este contexto se percibe más el valor metafórico de la expresión y por lo tanto ha sido traducida al italiano con “Non ci è toccata” subrayando así la referencia a la suerte. Además el autor juega con los diferentes matices del verbo “tocar”, que en español significa también “ganar”:

Pero es tan remota la posibilidad de que le toque a uno la lotería(36)

El mismo juego no se puede reproducir de manera paralela al italiano, ya que el verbo “toccare” no tiene ese matiz y por lo tanto ha sido necesario utilizar “vincere”, perdiendo el juego de significados implícito en el texto en lengua original.⁴⁸

Otros fragmentos de la obra contienen un componente lírico mucho más evidente. La muerte de Carmiña en *Y a lo lejos una lucecita* llega casi a conmovernos por la imagen poética que el narrador consigue plasmar:

El chal de seda le revoloteaba en torno al cuerpo como una mariposa perdida en la noche. Volaba por el senderillo en busca de un refugio imposible cuando la traspasaron las balas de los máuseres. Se abatió en un remolino de sedas y gasas. Al caer, la falda leve se le arrolló a la cintura y sobre la grava del sendero quedó tirada una pierna fina y larga como esas piernas de cera que se exhiben en los escaparates (105)⁴⁹

La muchacha, al comprender que los milicianos que la seguían iban a matarla pronto, intenta una desesperada huida para salvar su vida, pero su destino de muerte ya está determinado. Paragonando la joven a una mariposa, el autor destaca la hermosura femenina pero también su fragilidad y pequeñez frente a la fuerza destructora de los milicianos que la acosan. La fuerza poética de ese fragmento se hace aún más intensa al compaginar elementos que se refieren a campos semánticos tan contrastantes: la mariposa, las sedas, las gasas y las piernas de cera pertenecen a un ámbito de belleza y riqueza y contrastan con las balas, los máuseres, la oscuridad de la noche y la grava del sendero que pertenecen al ámbito más bajo y violento del mundo militar.

Más adelante en el mismo relato que acabamos de mencionar hay otra metáfora de gran intensidad constituida por la asociación de elementos pertenecientes a ámbitos distintos. Me refiero al momento en que los milicianos llegan al sanatorio para buscar el otro eslabón de la cadena de espías:

⁴⁸ Il giubilo generale di coloro che in questo orrendo sorteggio non sono stati designati dal destino si nota nelle facce allegre della gente che cammina per la strada alla fine di ogni bombardamento. Non ci è toccata! Sembra che dicano con gaudio. E si mettono a vivere ansiosamente, sapendo che il giorno dopo ci sarà un nuovo sorteggio al quale dovranno prendere parte inesorabilmente. Eppure è tanto remota la possibilità che si vinca alla lotteria!

⁴⁹ Lo scialle di seta le svolazzava intorno al corpo come una farfalla persa nella notte. Volava lungo il viottolo in cerca di un rifugio impossibile, quando le pallottole del mauser la trafissero. Si abbatté fra un vortice di sete e di veli. Nel cadere, la gonna leggera le si avvolse alla cintura e sulla ghiaia del viottolo rimase distesa una gamba sottile e lunga come quelle gambe di cera che si espongono nelle vetrine.

Alguna noche, ante la furia del cañoneo y considerando inminente la llegada de los moros y del Tercio, más de un pobre tísico tachado de antifascista había huido horrorizado a campo traviesa hendiendo la noche con el desgarrón de su tos cavernosa y sembrando la nieve que pisaba con las amapolas de sus esputos sanguinolentos.(109)⁵⁰

En este fragmento hasta la sensación de repugnancia que provoca en nosotros la concreta referencia a elementos negativos como la tos, el desgarrón y la sangre es en cierta medida atenuada por la presencia contrastante de las amapolas. La sangre es asociada al color rojo de la flor, que destaca dentro del blanco de la nieve creando entonces una imagen muy viva y estimulando la imaginación del lector que es llevado a sobreponer los dos elementos al visualizar la secuencia narrativa.

Si en estas dos últimas metáforas se hacen comparaciones con entidades extraídas del mundo natural; hay que destacar también la presencia de otros objetos que suelen aparecer entre los términos de la comparación. Al describir los cadáveres de algunos personajes que acaban siendo asesinados a lo largo de las narraciones se insiste por ejemplo en su transformación en meros objetos sin vida:

Tirado en el campo lo dejaron. Largo, flaco y con las ropas en desorden, era un grotesco espantapájaros abatido por el viento. (46)

Entre lo poético y lo grotesco, esta metáfora nos acerca a la idea de que la muerte, en una situación tan destructiva como la de la guerra, se ha convertido en un hecho natural que reduce los hombres a meros cadáveres, transformándolos en mera materia, eliminando cualquier dimensión espiritual y cualquier sentimiento de piedad. Un espantapájaro no tiene un corazón, no tiene un alma, y este es el destino de cada hombre en guerra: ser despojado de cada elemento humano que lo anima y reducirse a ser un monigote en las manos del enemigo que nunca le perdonará la vida, porque la vida humana ha perdido en absoluto su valor. También en *Ya lo lejos una lucecita* vuelve a aparecer el mismo tema del cadáver como metáfora del hombre hecho títere:

⁵⁰ Qualche notte, innanzi alla furia del cannoneggiamento e considerando inminente l' arrivo dei mori e della legione, più di un povero tísico tacciato di antifascismo era fuggito terrorizzato attraverso i campi, fendendo la notte con il suono rotto della sua tosse cavernosa e cospargendo la neve che calpestava con i papaveri dei suoi sputi sanguinolenti.

Tenía la cabeza doblada y apoyada en el borde del lecho. Los brazos, enfundados en el amplio pijama de seda, le caían inertes hasta el suelo y le daban un aire grotesco y elegante de *pirot* de trapo. (100)

Esta vez la figura del hombre es comparada con una máscara teatral clásica que encarna la flema y la tristeza. Aquí también hay una mezcla de poesía y de horror, ya que unas líneas después se puede ver como el cadáver del segundo espía acaba en el montacargas, en una manera tan fría y descuidada que impresiona:

Y por el montacargas lo echó cogiéndolo a puñados como un muñeco de trapo con los resortes rotos, al que se tira a la basura. (101)

La imagen conturbante del muñeco aquí no queda simplemente abandonada en el suelo, sino echada directamente por el montacargas, del mismo modo en que se suprime un objeto inútil e impersonal.

Para volver a nuestro análisis lingüístico y estilístico de la obra podemos afirmar entonces que la prosa de Chaves, no obstante la monstruosidad de la guerra, o más bien gracias a ella, no carece de una vena poética que, por el contrario, aflora gracias a sus descripciones cargadas de símbolos y enriquecidas por metáforas y comparaciones capaces de darle gracia e intensidad.

Está claro que ese componente lírico es uno de los factores determinantes del cual procede la belleza de la prosa, de aquí surge la necesidad de reflejarlo totalmente también en la traducción. Eso implica por un lado un número considerable de dificultades, ya que siempre hay que mantenerse fieles a las intenciones del autor, y por el otro le permite al traductor de poner mucho más en juego su propia sensibilidad artística y lingüística y de explotar al máximo todas las posibilidades que presenta su lengua. Un ejemplo se puede encontrar en *¡Masacre, Masacre!* cuando, al final del relato, Chaves asocia el ruido de los motores de los camiones en la noche a el producido por los petardos, utilizando entonces el verbo “petardear”:

Petardearon la noche los motores de los camiones. (62)

Al traducir esa frase he considerado diferentes posibilidades. Primero he pensado de convertir la metáfora que aquí queda implícita en una similitud, poniendo por ejemplo algo como “i motori dei camion scoppiettarono la notte come petardi” pero luego he pensado que era mejor dejar la frase en un plan analógico ya que la intensidad del fragmento procede justamente del hecho de que hay una asociación recóndita, por

lo tanto he preferido al final traducirla con el verbo “silurare” que se acerca a la acción de petardear y permite de mantener la asociación analógica.

I motori dei camion silurarono la notte.

3.6 La sintaxis

Al analizar el estilo de la obra, merece una consideración también el tipo sintaxis que la caracteriza: aunque, en general, podemos considerarla bastante plana y fluida, no faltan fragmentos en los cuales aparecen períodos largos y llenos de incisos. Si dejamos de un lado los diálogos, las narraciones aparecen intercaladas muy a menudo con una alternancia entre frases cortas y secas, que suelen describir acciones rápidas y momentáneas, y períodos largos en los cuales aparecen descripciones de lugares o de situaciones más estáticas. Estas características contribuyen a crear un ritmo narrativo cuya evolución resulta quebrarse por la diferencia entre los dos tipos de frases:

El veterano sacó el cuchillo y se puso en guardia. Intervinieron los demás camaradas y los apaciguaron. A duras penas sacaron con vida de las primeras líneas al caído y a sus hombres. Fueron llevados al puesto de mando del sector, donde los interrogaron someramente. Se dispuso que los condujesen a Madrid en una camioneta. (183)

Este párrafo relata la conclusión del combate en las trincheras entre los moros y los milicianos en el relato *Los guerreros marroquíes*. Como podemos ver, cuenta con cinco frases muy breves que se suceden con rapidez, ya que el intento del narrador, aquí, es el de informar al lector sobre las decisiones tomadas por los milicianos acerca de la suerte de los prisioneros moros que acababan de capturar. La sucesión de estas cinco cláusulas simples se acerca mucho a la manera en que las crónicas periodísticas presentan su conjunto de noticias. De hecho, el objetivo de este género es contar los diferentes acontecimientos así como se suceden en la realidad para que el lector se entere con claridad de que han pasado, sin desviarse de ellos dentro de una sintaxis compleja y difícil de interpretar. En este fragmento Chaves utiliza esta técnica que, está claro, se puede reproducir sin muchas dificultades también en italiano.

Sin embargo, basta con leer algunos pasajes más descriptivos del texto, para darse cuenta de que el autor utiliza también una sintaxis más articulada y compleja. Cabe

destacar a este propósito el esbozo de la celebración de la misa que ya hemos mencionado por su riqueza descriptiva:

Repantigado en un sillón frailuno, cuando el pasaje de la misa se lo permitía, de pie o con una rodilla en tierra y la noble testa inclinada, cuando el misal lo mandaba, el señor marqués presidía el oficio divino teniendo a su derecha a la tía Conchita y detrás, tiosos como husos, a sus tres hijos varones, José Antonio, Juan Manuel y Rafaelito, tres hombres como tres castillos, con sus chaquetillas blancas, sus zahones de cuero, la calzona ceñida, las espuelas de plata, la fusta jugueteando entre las manos cuidadas. (63)

La cláusola principal en este pasaje se encuentra casi en el medio del fragmento, precedida por dos subordinadas modales en forma implícita, ambas seguidas por dos subordinadas temporales. La colocación de esas frases, separadas por una serie de comas, crea una sucesión de incisos que enredan la lectura del fragmento. Esta impresión se percibe aún más en la segunda parte del período, donde el autor utiliza otra subordinada implícita introducida por el gerundio “teniendo” para focalizarse en los otros participantes de la celebración. Primero aparece la figura de la tía Conchita y luego los tres hijos varones, cuya descripción es llevada a cabo a través de una serie de complementos que se suceden separados por cinco comas. La falta de muchos nexos junto con la yuxtaposición de las subordinadas implícitas, dan a la prosa un ritmo más lento, lo que determina la impresión de una lectura arrastrada de todo el período.

Sin embargo, se trata de una organización sintáctica funcional a la vehiculación de una imagen, ya que le permite al lector visualizar los personajes, que dependen y convergen todos en la figura del marqués. La disposición de esas frases entonces no es casual, sino que resulta ser la reproducción lingüística de una especie de escenografía.

El uso de los verbos en su forma implícita es bastante frecuente en la obra y es una de las maneras a través de las cuales el autor consigue construir sus descripciones como una serie de imágenes sucesivas que, combinadas, crean el esbozo preciso de un lugar o de una situación. El fragmento que acabamos de mencionar empieza con ese “repantigado” que pronto focaliza nuestra atención en un particular, o sea, nos hace visualizar el marqués en una situación muy concreta. Lo mismo pasa en el primer párrafo que abre el mismo relato y que atrae nuestra atención sobre las jacas jerezanas más que en el espolique que se ocupa de trajinarlas:

Cogidas del diestro por Currito, el espolique del marqués, piafaban y herían con la pezuña los guijarros del patio, las cuatro jacas jerezanas de los señoritos. (63)

Cabe destacar también el hecho de que Chaves suele invertir el orden de aparición de los componentes de la frase. Me refiero sobre todo a la inversión entre sujeto y predicado. En lugar de colocar el verbo después del sujeto, el autor hace precisamente lo contrario, invirtiendo por lo tanto el orden natural de formulación de las frases. Encontramos un ejemplo de esa actitud precisamente en el pasaje que acabamos de señalar donde “piafaban y herían” preceden “las cuatro jacas jerezanas de los señoritos”. Es interesante considerar que también el fragmento sucesivo presenta este tipo de inversión :

Volteaba alegre el esquilón en la espadaña del caserío (63)

En este caso estamos frente a una frase simple y breve que llama nuestra atención en el elemento del esquilón que volteaba, para anticipar el hecho de que se iba a celebrar una misa. En el período siguiente, tenemos la confirmación:

En la gañanía y sus aledaños, los mozos con el sombrero de ala ancha echado sobre el entrecejo sombrío y la escopeta entre las piernas, aguardaban sentados en los poyos de piedra (...) a que se dijese la misa de los señores (63)

Frente a estas características de la prosa, a la hora de traducir ha sido necesario elegir si mantener la misma estructura también en italiano o si, por el contrario, fuese mejor alejarse de la original. El problema está esencialmente relacionado con el hecho de que muchas construcciones sintácticas, así como aparecen en el texto en lengua española, no pueden reproducirse en italiano de una manera exactamente correspondiente. No obstante su transposición directa al italiano, en algunos casos, no llevaría a verdaderos errores sintácticos o gramaticales, hay algunas razones estilísticas propias de nuestra lengua que inducen el traductor a alejarse de ellas. Antes de elegir la forma apropiada del italiano es necesario entender hasta que punto uno puede alejarse del texto originario. Con eso quiero decir que si una determinada estructura lingüística o sintáctica tenía una relevancia particular por representar no sólo el estilo del autor, sino también una imagen cargada de símbolos, he intentado mantenerla lo más parecida posible. Si, por el contrario, no se trataba de una estructura tan representativa o simbólica y en italiano no sonaba tan fluida como yo quería he optado por traducirla

apartándome un poco de la lengua original. En el caso del esquilón que mencionábamos antes he mantenido la misma estructura⁵¹ con el verbo que precede el sujeto para que se pueda visualizar antes de todo el movimiento del esquilón que, como comentado antes, tiene un valor indicativo. En cambio, hay otros casos en los cuales ha sido necesario cambiar el orden de aparición de los elementos sintácticos:

A los camaradas malheridos los entregaron los milicianos al comité revolucionario de Navacerrada y acto seguido emprendió la patrulla la ascension de la montaña (108)

En este fragmento hay un complemento directo que abre la frase, luego aparece el predicado y por fin el sujeto. En italiano no se suelen formar con esta sucesión frases que puedan resultar claras, por lo tanto en la traducción el orden original aparece completamente invertido tanto en la cláusola principal como en la segunda proposición, donde “patrulla” y “ascención” aparecen enseguida porque podrían dejar lugar a equívocos si en italiano no se pusiese el verbo entre el sujeto y el complemento:

I miliziani consegnarono i due compagni gravemente feriti al comitato rivoluzionario di Navacerrada e, subito dopo, la pattuglia intraprese la scalata della montagna.

El problema de las discrepancias de las estructuras lingüísticas italianas con respecto a las españolas se ha manifestado también en la traducción de algunas perífrasis del gerundio. El constructo estar+ gerundio, por ejemplo, existe en ambas lenguas, pero precisamente en el uso de esta perífrasis hay importantes diferencias, ya que en español aparece con mucha más frecuencia para subrayar la duración y el alargamiento de la acción. La diferencia principal se relaciona con el hecho de que el gerundio es un modo imperfectivo: este aspecto se percibe con más fuerza en italiano y eso explicaría el hecho de que en nuestra lengua no puede aparecer en dependencia de un verbo al tiempo pasado, con la excepción del imperfecto (Carrera Díaz, 2010: 544). Por esta razón y, como en muchos pasajes de *A sangre y fuego* aparece muy a menudo en dependencia del verbo estar al pretérito indefinido, en la traducción no hemos mantenido la misma estructura:

⁵¹ Volteggiava allegra la grande squilla sul campanile del casolare.

Toda la mañana estuvo caminando la mesnada sin encontrar alma viviente que le saliese al paso. (70)

En este caso he traducido “estuvo caminando” simplemente con el pretérito indefinido “camminò” pero he añadido la preposición “per” al complemento de tiempo, para compensar, en lo posible, la pérdida de la focalización en el alargamiento de la acción debida a la eliminación de la perífrasis:

La masnada camminò per tutta la mattina senza incontrare un'anima viva che ...

Sin embargo, hay también casos en los cuales mantener las mismas perífrasis también en italiano ha sido necesario, porque con éstas el autor quería transmitir una precisa imagen. Al final del relato *Y a lo lejos una lucecita*, por ejemplo, el intento del autor es subrayar el elemento del sueño sobre el cual había reflexionado el miliciano Pedro al comienzo del relato, ya que para él el hecho de dormir era una necesidad brutalmente negada por la guerra. Para destacar que en una situación de guerra la única esperanza de descanso es la muerte Chaves dice:

Pedro, mientras se desangraba se iba quedando plácidamente dormido...En la guerra y la revolución era difícil dormir. Pero qué a gusto se dormía al final! (113)

La presencia de ese “se iba quedando plácidamente dormido” impresiona por su capacidad de evocar la idea de que el sujeto se deja abandonar completamente al descanso de la muerte. En efecto la perífrasis Ir+gerundio indica que la acción se desarrolla en manera lenta y progresiva y se focaliza en su inicio muy gradual. En italiano no existe un constructo equivalente y se suele utilizar, en su lugar, un verbo simple que en este caso podría aparecer a la forma del imperfecto. Sin embargo, aquí he intentado mantenerme fiel a la idea que quería transmitir el autor y por eso he reproducido la misma perífrasis también en italiano que en este caso resulta ser perfectamente compatible:

Pedro, mentre si dissanguava, si andava placidamente addormentando.

IV “Héroes, bestias y mártires de España”: personajes y temas de la obra

4.1 La estructura de la obra

Antes de abarcar el análisis de las temáticas examinadas por Nogales en *A sangre y fuego*, hay que hacer algunas consideraciones sobre la estructura de la obra, ya que ésta ayuda en cierta medida a vehicular los asuntos sobre los cuales quiere reflexionar el autor. En efecto, sus nueve relatos son independientes el uno del otro pero responden a una organización rigurosa de toda la obra que permite la creación de una red de paralelismos y de correspondencias a través de las cuales se da unidad al conjunto de las narraciones y de algunos temas.

Cada una de las partes que componen *A sangre y fuego* presenta siempre una historia principal alrededor de la cual aparecen pequeños episodios que rompen la unidad de acción y de lugar, pero siempre están relacionados con la trama fundamental del relato. La estructura de cada relato entonces resulta ser bastante simple y lineal. A veces se pueden hallar narraciones de pequeños acontecimientos que, introducidos al comienzo del relato, se concluyen precisamente al final, cerrando todo el texto de manera circular. El texto que de manera más clara representa esa circularidad es sin duda *Y a lo lejos una lucecita* donde una de las primeras imágenes, la del miliciano Pedro que lamenta el hecho de no poder dormir, se concluye precisamente al final del relato, cuando por fin consigue encontrar el sueño que buscaba en la muerte. Otras veces la presencia de diferentes momentos y episodios a lo largo del mismo relato sirve para subrayar la evolución de un personaje, me refiero en este caso al personaje de Rafael en *La gesta de los caballistas* que al comienzo de la narración dudaba en salvar la vida a un fugitivo del bando enemigo y, al final hace todo lo posible para encubrir a su viejo compañero de estudios, el Maestrito Julián, a pesar de la diferencia ideológica (Peinado Elliot, 2009: 139). La misma actitud humanitaria de Rafael aparece también en el personaje de Rosario, jovencita perteneciente al bando rojo que, en *Viva la muerte*, decide de ayudar al falangista Tirón en su huida.

Esa eficaz arquitectura de los relatos da intensidad al sentido de lo narrado y la reiteración de algunas acciones, junto con la oposición o la correspondencia de las

conductas de los diferentes personajes que se mueven a lo largo de toda la obra, le permite al autor vehicular con más fuerza sus consideraciones.

Cabe subrayar que lo que le da unidad a los diferentes relatos es la actitud misma del autor frente a la Guerra Civil. Liberal y demócrata, rechaza cualquier idealización del uno y del otro bando y hace que su obra sea antes de todo una lúcida denuncia de las atrocidades cometidas por las dos facciones que partieron su país. Al final de cada relato ni uno de los personajes sale vencedor de la fuerza destructora de la guerra. Quizás Chaves quiera traslucir a través de sus desoladores finales el hecho de que no hay ni una gota de esperanza para lo que él defendía con toda su fuerza, es decir la libertad.

4. 2 La ceguera del hombre ante el sectarismo de la contienda

A partir de su posición de ciudadano libre, incontaminado por la propaganda que el uno y el otro bando habían volcado sobre los contendientes, se puede entender con claridad la lucidez con que Chaves critica la retórica de ambos ideologismos. Éste es quizás el tema que más une todos los relatos ya que se pueden encontrar sus huellas a lo largo de toda la obra.

Sin embargo hay un relato que, más que los otros, representa de manera alegórica hasta que punto la ideología pueda llegar a apoderarse de las facultades intelectivas del hombre para someterlo completamente a sus principios. Se trata de *Y a lo lejos una lucecita* donde, en un Madrid con rasgos horrorosos, un grupo de milicianos persigue una cadena de espías fascistas que, situados en diferentes rincones de la ciudad, comunican con linternas a través del alfabeto morse. Esa persecución empieza cuando el miliciano Pedro descubre en la oscuridad de la noche una señal de luz manejada por alguien. Cuando también Jiménez, el camarada responsable, se entera de que estaban cercados de traidores, los dos empiezan una verdadera caza a los espías. Primero descubren un ingeniero militar en una terraza, luego otro hombre joven en la habitación de un hotel, a continuación hay el descubrimiento de una insospechable muchacha, el cuarto eslabón es un cura situado ya al pie de la Sierra, el último es un tuberculótico que se encuentra en un sanatorio.

El descubrimiento de cada eslabón de esa cadena constitutiva de lo que se llamó la “Quinta Columna” asume las características de un viaje simbólico que reitera de manera cíclica un movimiento ritual de búsqueda- encuentro-muerte (Peinado Elliot, 2009:160). De hecho, cada espía será asesinado brutalmente. Pedro y Jiménez están completamente enredados en el afán de la caza a los enemigos de la revolución y siguen reiterando ese movimiento ritual hasta cuando tropezan con una fuerza superior a ellos, en este caso, el ejército contrario que acaba con su vida cogiéndolos en un semicírculo de fogonazos.

Lo que Chaves quiere mostrarnos a través de ese relato tan alegórico es la pericolosidad del sectarismo que puede convertirse en una verdadera enfermedad, una ceguera que lleva el hombre a perder su capacidad para mirar las cosas de manera crítica. Al final del relato Jiménez, que representaba el comunista iluminado en el cual el miliciano Pedro había puesto su fe, se ha convertido en un fanático enloquecido y este último en un perro completamente sumiso con ciega obediencia a su camarada:

-Hay que ir por esos traidores-insistía el camarada responsable- aunque estén en las mismas narices de Franco (...) y se tiraba barranco abajo como un loco seguido por Pedro (...) Loco de furor, avanzaba a ciegas con los gruesos cristales de las gafas empañados y creyendo ver siempre una lucecita cada vez más distante. -Tú la ves? -preguntaba Pedro. -¡Allí! ¡Allí!- decía Jiménez extendiendo el brazo sin dejar de correr. (112)

La luz que los dos milicianos siguen aquí ya no es real, sino producida por su propia obsesión ideológica. Si extendemos aún más nuestra lectura de ese relato, podemos asociar la ceguera de Pedro a la del pueblo español que se había dejado llevar por dos corrientes ideológicas que lo habían arrastrado hacia una guerra en la cual ganará únicamente su propia destrucción.

Chaves sabe subrayar ese tema también de manera tragicómica, lo que implica por un lado nuestra risa y por otro la percepción de la actitud crítica del autor en toda su gravedad. *La Columna de hierro* es un relato emblemático justamente en este sentido. Aquí podemos encontrar la figura de Jorge, un aviador voluntario inglés, que con todo su idealismo se pone al lado del bando republicano y que se granjea la simpatía del lector, ya que aparece en el escenario de un music-hall dando vivas a la República completamente borracho y perdido por la muchacha bonita que lo acompaña con el intento de seducirlo:

-Three cheers for mister Azaña! Hip, hip, hip!...(...)- Antes de que terminase su teast, un zapato de mujer cruzó la sala como un proyectil buscando la cabeza del inglés. Éste lo

atrapó en el aire y se quedó considerándolo estupefacto. Hizo un ademán inexplicable y llevándose aquel zapato femenino a los labios lo besó (...) La muchacha bonita lo arrancó de la barandilla y lo atrajo hacia sí. El inglés se derrumbó en sus brazos (...) Contento y satisfecho de sí mismo, el inglés se quedó quieto y callado con una inefable expresión de felicidad en los ojos claros. (116)

Cuando algunos miembros de la Columna de Hierro hacen su irrupción en la sala, se desencadena una verdadera maraña, ya que ese grupo de desertores anarquistas dedicados al pillaje y a la destrucción, se había introducido con violencia en la sala para apoderarse de las mujeres y del dinero de las taquillas. Pero el inglés no se entera de la gravedad de la situación, sigue aclamando su República y frente a las balas que le descargan esos banditos, sigue sonriendo como si le tirasen confeti. Jorge reacciona con violencia sólo al ver el Negus molestando a una artista que bailaba desnuda en el escenario. Los milicianos, impresionados por la heroica actitud del inglés, lo animan a enrolarse en la Columna de Hierro y el inglés acepta muy ingenuamente, convencido de que iban a batirse contra los fascistas.

Tras la comicidad de esa primera escena, en la que se presenta la figura de Jorge en toda su ingenuidad pero también en su idealismo (se ofrece para enrolarse en una misión peligrosa, le da un puñetazo al Negus para proteger a una mujer indefensa sin algún miedo por las consecuencias), el autor hace traslucir otra vez todo lo trágico del aquel contexto. De echo, Chaves hace una verdadera parodia del heroísmo de ese soldado, que no es sino un muñeco incapaz de tener un conocimiento cierto de la realidad en que se mueve y que se hace llevar de un lado para otro según lo que los otros le dicen (Peinado Elliot, 2009: 161). Es como si su fervor contra los fascistas lo transformase en un autómatas que se vuelve ciego con respecto a lo que le rodea. Chaves sabe representar ese concepto con la imagen simbólica del inglés que se lanza a ciegas bajo el fuego del enemigo:

Los asaltantes iban corriendo y disparando simultáneamente. Jorge quiso imitarlos, (..) pero el tiro no salió. El inglés tiró el inútil fusil y, cerrando los ojos y encogiendo el cuerpo, se precipitó ciegamente hacia aquel boquete negro del portal que vomitaba fuego sobre ellos. (134)

En efecto el inglés que se había enrolado en la Columna de Hierro completamente borracho, se despierta de la borrachera solo, despistado e impotente, sale a la calle empujado por el sonido de los disparos de una batalla, y se pone él mismo al asalto de una cárcel para desalojar al enemigo antes de tener el tiempo de asesinar a los

prisioneros. Pero el inglés no sabe enterarse de lo que pasa realmente y los huertanos que se preparaban al asalto tampoco. Jorge se deja llevar porque uno de ellos le dice, sin saberlo a ciencia cierta, que iban a combatir los enemigos fascistas:

- Qué pasa?
- Que quieren asaltar la cárcel para apoderarse de los presos fascistas.
- ¿Pero quiénes son los asaltantes?
- Unos bandidos fascistas.
- Y cómo han llegado los fascistas hasta aquí?
- ¡Ah! ¿Yo que sé? (133)

Lo que aquí se subraya es, además de la ceguera de Jorge, la imposibilidad para tener un conocimiento real de la situación de la guerra, la confusión producida por las divisiones dentro del mismo bando y el automatismo de los ciudadanos. En efecto, esos mal afamados enemigos son, en realidad, los bandidos de la Columna de Hierro, en la que Jorge se había enrolado, que se enfrentaban a los comunistas del pueblo de Benacil. Jorge se entera de la situación sólo durante el mismo asalto, al encontrarse luchando contra los amigos de la noche anterior.

Ya dentro del zaguán, uno de los bandidos que le encañonaba con un fusil se fijó en él y bajó el arma sorprendido.

- ¡Pero si es nuestro inglés!-exclamó
- (...) Se lo llevaron al Chino
- ¿Qué hacías, idiota? -le preguntó este. (..)
- peleaba contra los fascistas
- Pero si los fascistas son esos de ahí fuera! (134)

Al verse comprometido en una situación donde se jugaba su misma vida sin saber por qué causa, el aviador inglés se pone dentro de la cárcel esperando el fin de aquella incomprensible batalla. En el mismo momento ve a Pepita facilitar la huida de un grupo de presos fascistas. Ilusionado, se convence de que es un sentimiento de piedad lo que empuja a la chica a salvar la vida a los enemigos y se hace enternecer por su actitud. En realidad, al final del relato Jorge se descubre igualmente engañado por la muchacha de quien estaba enamorado que, con desconcertante frialdad se revela realmente por lo que es, o sea, una espía fascista que se había incorporado a la expedición de la Columna con el intento de seducir y luego convertir a Jorge a su facción:

- Por grande que sea mi odio a los fascistas, yo hubiese procedido igual que tú (...)
- Ella le miró a los ojos y le dijo con voz agria:

- ¿Y quien te ha dicho a ti que yo odio a los fascistas? (...) Yo soy fascista! Te enteras? Eso que tu llamas el pueblo es una banda de asesinos (...) Yo los encuentro admirables: Pero no porque crea estúpidamente que van a redimir a la humanidad ni porque los considere capaces de otra cosa que de asesinar y robar, sino precisamente por eso, por su fuerza destructora, porque sé que ellos mismos son los que van a acabar con todos vosotros , vuestra República y vuestra democracia: Yo no creo en el pueblo ni en sus virtudes. Creo en los héroes, en los hombres que saben mandar y obedecer y morir si es preciso; creo en los jefes y en los fascistas y en los militares. (137)

Los dos se separan al fin, ambos empujados por su propia pertenencia a dos facciones opuestas. Después de tantos engaños, Jorge decide al fin irse con los suyos, las tropas gubernamentales, que deciden acabar con las columnas de desertores y se preparan a bombardearlas con el propósito de destruirlas implacablemente. En la escena final, de gran dramatismo, Jorge y Pepita se enfrentan: él vola casi a raz de tierra para bombardear a los grupos de fugitivos y ella, desafiante aparece erguida en la techumbre de uno de los camiones.

A través de ese final desolador, quizás el autor quiera evidenciar cómo los valores humanos más básicos quedan desterrados por el sectarismo dominante de la contienda. Jorge, que era el único personaje del relato capaz de sentir amor, ternura y comprensión, no tiene más remedio que conformarse con esta lógica cruel, en la cual no queda ni un pequeño espacio para la espontaneidad de esos sentimientos. Completamente desilusionado, reprime su auténtico afecto por Pepita y la ametralla con la indiferencia del soldado que ya no es un hombre sino un maniquí en el gran escenario de la guerra:

Era ella? De lo único que estaba seguro era de que la última ráfaga de su ametralladora la tiró a tierra. (140)

4.3 La retórica de los bandos entre mentira y farsa

Uno de los asuntos sobre los cuales vuelve a reflexionar el autor en los relatos es la falsificación de la realidad y de los acontecimientos históricos que ambos bandos parecen legitimar para llevar a cabo sus finalidades políticas. El relato *Viva la muerte* se ofrece aquí como el ejemplo más patente de lo que podríamos definir como la retórica de la mentira. En ello, en efecto, Chaves representa hábilmente la distancia existente entre la narración de la toma de Sanbrián según lo que trasluce de los discursos del falangista Tirón y la narración del mismo hecho por parte del único testigo

superviviente del pueblo, una pobre mujer que ha perdido toda su familia. El discurso de Tirón es el de un vencedor que, con gran elocuencia, relata a la muchedumbre congregada en la plaza Mayor de Valladolid, la heroica lucha del ejército nacional contra los así llamados “asesinos rojos” :

Erguido, bombeado el torso, las insignas de la Falange bordadas en el pecho, la pistola en cinto, el señor Tirón evoca con arrebatadora elocuencia una de las más gloriosas hazañas del fascismo vallisoletano: la muerte heroica del jefe territorial de la Falange, vilmente asesinado por las hordas marxistas en el pueblo de Sanbrián (199)

Lo que Tirón y los otros falangistas subrayan con impresionante patetismo es la muerte de ese Jefe Territorial que es pues utilizada para alimentar esa retórica del heroísmo nacional, cuyo propósito es el de hacerse fuertes a los ojos de la población española, evocando ese Jefe como si fuese la única víctima y como si el bando opuesto fuese el único en haber cometido atrocidades.

En el párrafo siguiente, en cambio, Chaves da la palabra directamente a la mujer supérstite, que relata su versión de los hechos revelando la verdad de la toma de Sanbrián y delatando la mentira escondida tras el discurso de Tirón. La caída de ese Jefe territorial de la Falange la han pagado muy cara, ya que en el pueblo no ha quedado un ser vivo excepto ella:

Así cayó ese jefe de ellos (...) pero ya recelábamos que aquella muerte habíamos de pagarla, aunque nunca creíamos que nos la cobrarían tan cara. Ocho o diez días después nos dijeron que venían tropas de Valladolid. Las máquinas que traían vomitaban fuego y plomo sobre el pueblo. Los hombres caían segados como mieses (...) En Sanbrián no quedó un solo hombre con vida. (201)

Chaves reflexiona entonces sobre cómo la retórica llega a transformar lo falso en verdadero y a ocultar la realidad de los hechos históricos bajo la pátina de la mentira.

Para subrayar aún más los engaños de la retórica ideológica, Chaves representa con fina ironía el escenario donde Tirón celebra su discurso. Con un tono que casi parece exaltador, nos describe un desfile espectacular, una muchedumbre trepidante, una organización perfecta, un conjunto de elementos que crean una verdadera escenografía para el discurso del excelentísimo Jefe provincial de la Falange:

Gran desfile fascista en la plaza Mayor de Valladolid (...) En las primeras filas, niñas que agitan banderitas con los colores de la monarquía y señoras entusiastas que se exaltan y vitorean. (...) Estallan los vivas a España y al ejército nacional. (...) Las centurias de la Falange española evolucionan con matemática precisión a la voz de mando de viejos sargentos del ejército (...) Unos toques de corneta (...) y el general avanza hasta el centro de

la plaza(...) Se va a rendir homenaje a la memoria de los héroes nacionales asesinados por los bandidos rojos.(198-199)

Con esa mirada detallada sobre la escenografía del comicio, el autor quiera, quizás, mostrarnos la gran farsa de la retórica utilizada por las dos facciones que se visten de un manto de símbolos y etiquetas bajo los cuales no hay alguna consistencia, ya que todos esconden al fin la misma voluntad de poder y reiteran la misma lógica de la violencia y del terror.

Esta idea de “gran farsa” la encontramos también en *Consejo obrero*, el relato que cierra toda la obra y que, describiendo el ambiente y las relaciones humanas que se mueven en torno a una fábrica madrileña, llega a representar la instauración de un verdadero régimen revolucionario. La fábrica de la que hablamos, recién liberada de la dominación burguesa, está completamente dirigida por un grupo de obreros revolucionarios que han logrado establecer un sistema de control basado en el terror. Ese sistema lleva a la expulsión y luego a la muerte de dos obreros, Daniel y Bartolo, con la acusación de ser unos contrarrevolucionarios, puesto que no estaban inscritos ni en el sindicato comunista ni en el socialista.

Con gran ironía el autor describe como la revolución no ha mutado en nada la estructura del poder dentro de la fábrica subrayando habilmente los absurdos ceremoniales y las costumbres que se habían introducido bajo la marca de la revolución:

En la secretaría, contigua a la gerencia teclaban como siempre las mecanógrafas inutilizando muchos plieguecillos porque, distraídas, en vez de encabezar las cartas poniendo «camarada», como se les había ordenado, seguían escribiendo «muy señor mío» y porque se obstinaban en estrechar las manos de los clientes, en vez de enviarles saludos proletarios. La revolución tenía también su etiqueta. (255)

A lo largo del relato aparecen otros personajes, entre los cuales hay el viejo Tudela en su papel de fiel ordenanza del director, el contramastre Valentín, el viejo administrador Don Jorgito, cuya presencia revela las huellas de una estructura gerárquica del poder y de la fábrica. Todos se encuentran sometidos a la lógica del control terrorífico llevada a cabo por el Consejo obrero. Al igual que antes, el poder sigue siendo opresivo y sigue despojando al hombre de su libertad individual. Han cambiado las etiquetas y los colores de los jefes, pero bajo ellos se esconde la misma lógica y se reitera la misma farsa.

Lo peor de toda esta farsa es que lleva a los ciudadanos a vivir de acuerdo con la misma lógica, a ponerse una máscara que no le pertenece realmente para conformarse con las ideas del grupo que rige. A éste propósito en *Consejo obrero* cabe destacar la figura de Bartolo, que representa claramente la asunción de la mentira como medio de supervivencia: de militante falangista durante la República, pasa a convertirse en anarquista frente a las amenazas de expulsión del consejo obrero, aunque al final acaba de todas formas trágicamente. En su cinismo y falta de valores, podemos ver los rastros de una especie de pícaro que hace lo posible para ganarse la vida de acuerdo con el ambiente en que está insertado (Peinado Eliot, 2009:159).

4.4 El triunfo de la violencia sobre los ideales

En la *Columna de Hierro* Chaves hace emerger la paradoja a la cual lleva la violencia arbitraria practicada por los beligerantes, incluso los que pertenecen al mismo bando. Ese aspecto se puede ver en la lucha que se desarrolla entre la Columna de Hierro, formada principalmente por anarquistas y el comité revolucionario de Benacil, que incluía sobre todo republicanos y socialistas. En la narración podemos ver que los miembros de la Columna de Hierro, al entrar en Benacil, quieren la sumisión de los presos fascistas, ya encerrados en la cárcel de la ciudad, junto con la entrega de cuantas armas hubiera a disposición. Los miembros del comité, que luchaban desde hacía tiempo para el triunfo de sus ideales revolucionarios, no querían aceptar que la lógica terrorista de las bandas de la Columna se sirviese de ellos y los controlase y, decidiendo al final dar batalla a ese grupo de asesinos, se ponen a preparar un asedio a la prisión que para ellos resultará ser una verdadera derrota.

Describiendo esa lucha entre las dos facciones Chaves quiere subrayar el fracaso de la revolución, la cual lleva siempre al enfrentamiento de un grupo radical a otro, menos violento y extremista, que es destinado a sucumbir. En efecto, los ideales revolucionarios acaban siendo víctimas de la espiral de terror producida por los grupos más extremistas (Peinado Elliot, 2009:158). Sin embargo, en ese relato los miembros del comité son representados de manera positiva, ya que mueren para defender la fe democrática contra un grupo de criminales y terroristas. Es en este contexto donde el

autor hace salir toda la falsedad y la mentira que se esconde detrás de algunas facciones revolucionarias que ocultan, tras el propósito de “ejercer la justicia revolucionaria”, su anhelo para lanzarse al saqueo y a la matanza:

-Para qué quieres a los presos? –preguntó Tomás.

-Para hacer la justicia revolucionaria que vosotros no habéis sabido hacer. –replicó el Chino. (...)

-Tú lo que quieres es asesinar a unos infelices y poner en libertad a los contrarrevolucionarios que te convenga. ¿Cómo te han pagado los fascistas, canalla? (130)

Lo que se esconde detrás de esa justicia revolucionaria es un instinto brutal de violencia y de voluntad de poder, que no tiene nada que ver con un ideal de justicia. Esa es la gran farsa de los extremismos que Chaves sigue condenando con fuerza en su obra también porque produce un resultado precisamente contrario a lo que profesan :

-Si dejamos las manos libres a los criminales de la Columna de hierro, la opinión se pondrá en contra nuestra. Ya los estamos viendo. Los pueblos por donde pasan esos bandoleros se tornan fascistas. Esos canallas son los mejores propagandistas de Franco. (128)

La violencia desencadenada por esos revolucionarios extremistas lleva al pueblo a apoyarse al bando opuesto. Si éstas son las consecuencias producidas por la ferocidad en el bando rojo, cabe subrayar que Chaves deja claro que en el otro bando pasa exactamente lo mismo, así se intuye de las palabras del socialista Tomás:

Es el horror de la guerra lo que provoca esas reacciones. ¿Crees tú que del otro lado no hay gente de bien, conservadoras y católicas, a las que están convirtiendo en revolucionarios los asesinatos de los falangistas? Seis meses más de guerra y verías la inmensa mayoría de los revolucionarios de hoy convertirse en reaccionarios, pero también dentro de medio año, si la guerra continúa, no le quedarán a Franco más que sus asesinos pagados. (128)

4.5 La libertad de elección humana

Si las consideraciones de Chaves lo llevan muy a menudo a representar personajes obsesionados, incapaces de ver de manera crítica la realidad y de vivirla en su dimensión humana, cabe destacar que el autor nos muestra también unos personajes que, por el contrario, no están completamente ciegos y aún dan muestra de tener una conciencia individual. Muchas veces los protagonistas de los relatos vienen presentados en momentos críticos donde aflora una personalidad que no es plana, sino llena de contradicciones. Ese aspecto revela la capacidad de Chaves para penetrar en la psicología de los personajes que, lejos de ser simplemente los prototipos de un determinado grupo social o de una determinada facción, tienen una gran profundidad interior.

Quizás el caso de Rafael en *La gesta de los caballistas* sea el que más representa la libertad individual del hombre que todavía puede imponerse en el contexto de la guerra. Este personaje vive un momento de crisis que lo hace vacilar frente al mundo en el que siempre había vivido y orientado sus acciones de manera sólida. Señorito, hijo de un cacique (en el relato el marqués) que tiene otros dos hijos (José Antonio y Juan Manuel), Rafael pertenece a la aristocracia andaluza, que se había puesto al lado del bando nacionalista con el intento de preservar su “status” frente a la revolución (Peinado Elliot, 2009:150). Frente a la crueldad y a la dureza de sus familiares que, incapaces para la guerra, se ocupaban de liberar la campiña andaluza de la presencia de cualquier rojo, reiterando de esta forma la espiral de terror difundida en la retaguardia, Rafael se niega a ser él mismo uno de los promotores de esa lógica de la violencia. En efecto, al llegar al pueblo de Villatoro el marqués y su tropa se preparan a fusilar a los pocos rojos que quedaban en el pueblo gracias a las informaciones que les había dado un hombre de derecha del pueblo mismo. Es aquí donde Rafael vive su crisis:

Rafael, que estaba en el corrillo de los que escuchaban al cuitado, tiró de la rienda a su caballo y se apartó entristecido. Miró la calle desierta con las puertas y las ventanas de las casas herméticamente cerradas. ¿Qué pasaría en aquel momento en el interior de aquellas humildes viviendas? ¿Qué pensarían y temerían de ellos? ¿De él mismo? ¿Sería verdad que tendrían que ahorcar a toda aquella gente como quería el viejecillo aterrorizado? (72)

Rafael se hace a sí mismo una serie de preguntas, que revelan su profunda comprensión humana y que lo acercan a las sensaciones que podría sentir la gente

aterrorizada del pueblo. De esta forma el protagonista sale de la dialéctica de los bandos: ya no piensa en “los otros” como en “los rojos” o en los “enemigos”, sino como otros hombres dotados de una interioridad y de unos sentimientos auténticos (Peinado Elliot, 2009: 153).

Mientras los otros miembros de la tropa de caballistas discuten sobre el quehacer con la centuria de la Falange española llegada en su ayuda, todos completamente ofuscados por una lógica de violencia y de dominio, Rafael sigue viviendo su crisis personal. El autor lo describe solo, apartado, entristecido, trazando de esta forma la situación de meditación que precede el momento del viraje interior. Éste se cumple cuando le perdona la vida a un fugitivo rojo que abandona su mujer y sus hijos para ponerse a salvo.

A sacudir su melancolía vino una escena que ante sus ojos se desarrollaba a lo lejos; una mujer abría cautelosamente la puerta trasera del corral de una casa, oteaba los alrededores y segundos después un hombre salía tras ella, la abrazaba rápidamente y echaba a correr (...) Rafael requirió el rifle, pero en aquel momento, dos, tres chiquillos salían a la puerta del corral y decían adiós al que corría. En aquel instante vio que tras la mujer y los chiquillos aparecían cinco o seis falangistas (...) Pudo ver cómo el falangista se desasía y mientras la mujer rodaba por el suelo se echaba el arma a la cara y disparaba. (75)

Para Rafael que ya estaba asqueado por la violencia gratuita y la bestialidad de los de su bando, esa escena funciona como una verdadera epifanía que le hace aflorar su profundo sentido de lo humano y le hace percibir aún más la absurdidad a que lleva la lógica de los ideologismos. En efecto, al ver al fugitivo acercándose a su posición lo deja escapar, lo que testimonia su transformación interior:

Hubo un momento en que pudo matarlo como a un conejo. Acaso su voluntad fue la de apretar el gatillo del rifle. Pero no la apretó. ¿Por qué? Él mismo no lo supo. (...) Rafael lo siguió en su huida contemplándole por el punto de mira de su rifle. Ya esta vez no le mató porque no quiso. Y pensando que era así, porque no quería, le perdió de vista. (75)

Perdonándole la vida al fugitivo, Rafael quiebra el mecanismo ciego del sectarismo que no permite de mirar al “otro” en su individualidad humana sino sólo como a un adversario. En cuanto a la red de paralelismos trazada por Chaves en su obra, cabe destacar como la actitud de ese personaje encuentra una oposición precisamente en los pensamientos de Pedro tras haber asesinado a uno de los espías en *Y a lo lejos una lucecita*:

Cuando ya salía le asaltó la curiosidad de saber quién era aquel hombre al que había matado. Cogió la linterna e iba a asestarla a la cara del muerto, pero se arrepintió. ¿Quién era? ¿Cómo sería su cara? ¡Bah! Uno, un enemigo menos. ¿Qué más le daba? (95)

A lo largo del relato Rafael seguirá dando pruebas de su humanidad, como demuestra el hecho de que al enfrentarse con su viejo amigo Julián, que se encuentra en el bando opuesto, se ponen de acuerdo para que el bando del uno no emplee a mujeres y niños como escudos humanos y para que el otro no dinamite el edificio, disintiendo ambos de la opinión de sus compañeros. También al final del relato, Rafael da prueba de su honda dignidad humana cuando, delante de los jefes falangistas no se preocupa por poner en riesgo su vida y sigue declarando su verdad, admitiendo de que había intentado encubrir a Julián. Llevados ambos a la prisión, Julián por ser rojo y Rafael por la sospecha de traición, los dos se abrazan antes de separarse, poniendo en ese ademán toda la reconciliación que, basándose en lo verdaderamente humano, late bajo las diferencias ideológicas (Peinado Elliot, 2009:154).

Se abrazaron silenciosos. Pecho contra pecho, sentían cómo latían a compás sus corazones. Fue un instante no más. Para ambos valió más que la propia vida entera (87)

A pesar de la crueldad y de la negatividad provocadas por la guerra, en la obra traslucen también unos rayos de positividad y de esperanza, a través de los cuales Chaves nos invita a reflexionar sobre nuestra verdadera esencia, recordándonos que existen unos valores que vienen antes de los principios de una facción o de un grupo y de que todos tendríamos que defender por el mero hecho de ser hombres. A la conciencia ideológica Chaves opone entonces la conciencia humana, la única que debería orientar nuestras acciones. Las correspondencias y las oposiciones entre las conductas de los personajes de *A sangre y fuego* le permiten vehicular ese mensaje, que resulta todavía muy actual.

En efecto, la solidaridad y la dignidad de Rafael en cuanto ser humano se oponen a la indiferencia de Pedro, pero encuentran una correspondencia en la actitud de Rosario en el relato *Viva la muerte*. La narración se desarrolla en la sierra castellana precisamente en los primeros días después de la sublevación militar. Pascual, Rosario, Adela y Carmen, inscritos al sindicato y pertenecientes a la casa del pueblo de Miradores, dirigen un pequeño hotelito en las afueras del pueblo, en el corazón de la sierra, donde suelen veranear unas familias acomodadas de la provincia de Madrid y de

Castilla. Cuando empiezan a llegar noticias de la sublevación y del asalto al cuartel de la Montaña las relaciones entre la clientela, toda reaccionaria, y los cuatro jóvenes empiezan a quebrarse, otra vez, por la diversidad ideológica. Mientras el pueblo triunfaba en Madrid Pascual y las muchachas prohibieron a los veraneantes que salieran del hotelito y los estimularon a conformarse con las costumbres igualitarias de la revolución. Cabe destacar aquí la ironía de Chaves al describirnos la absurdidad de la situación:

Rosario, Carmen y Adela, triunfantes se brindaron en darles de comer. Pero ellas, las señoras, tenían que ayudar, ¿eh? La revolución social triunfaba y todos tenían el deber de trabajar. ¿conformes? Pusieron la esposa del comandante a pelar patatas, la señora de Tirón ayudó a encender la lumbre, y el propio señor Tirón, bromeando condescendiente, estuvo poniendo la mesa bajo la dirección de Adelita, que se reía de su torpeza. (192)

Cuando llega al comité la noticia de que iba a estallar una batalla entre las tropas de milicianos procedentes de Madrid y las tropas rebeldes que avanzaban desde Ávila, los cuatro jóvenes se unen a la expedición de milicianos; lo cual resulta ser una verdadera derrota para ellos y provoca la muerte del mozo. Al volver al hotelito, las muchachas aterrorizadas velan el cadáver de Pascual, mientras Rosario, ciega de ira, se dirige al comité con el propósito de denunciar a Tirón y los otros reaccionarios que se encuentran en la pensión, de manera que quede vengada la muerte del mozo. Sin embargo a lo largo del camino tropieza con un grupo de milicianos que matan brutalmente a un fascista y frente a ese horror su sed de venganza se placa:

(..) oyó un grito espantado y casi simultáneamente una descarga cerrada. Se detuvo aturrida y vio cómo delante de la misma tapia por la que ella iba a pasar alzaba los brazos súbitamente un hombrecillo que acto seguido se desplomaba atravesado por los balazos de un pelotón de milicianos que estaban apostados en la esquina. -¡Uno menos! ¡Vamos por otro! -gritaban jubilosos los ejecutores. Rosario, espantada, los vio marchar y se quedó inmóvil al pie del cadáver. Le miró. Era un hombre pequeño y delgado, vestido con un traje negro decente. ¿Qué tenía en la mano crispada? ¿Un papel? Se acercó más y lo vio. Al hombrecillo aquel las balas le habían alcanzado cuando echaba la última mirada a un retratito descolorido que debió de sacar de su cartera en el que se veían dos niños vestidos de blanco. Rosario cerró los ojos y tuvo que apoyarse en la tapia para no caer. (197)

Estamos otra vez frente a una escena conmovedora que funciona, al igual que para Rafael, como una epifanía en la conciencia de Rosario. Al ver el hombrecillo mirando el retrato de sus pobres hijos, se da cuenta del lado humano cruelmente arrancado por la exasperación de la lucha y siente piedad por él y asco por los milicianos. Decide entonces volver al hotel y, al encontrar Tirón, le proporciona el carnet de socialista que

pertenecía a Pascual, para que pueda salir indemne de su huida por los caminos de la sierra:

-Tome esto. Es el carné socialista de Pascual. Póngase una blusa de obrero para que no le conozcan y huya si no quiere que le maten.

Tirón, con los ojos brillantes, tomó ansiosamente el carné y quiso besar las manos que lo tendían. Rosario lo rechazó. (...) y se puso a llorar como una chiquilla. (198)

Rosario, así como Rafael y Julián, se alzan del escenario de brutalidad en que están insertados, para convertirse en los ejemplos de la dignidad humana (Peinado Elliot, 2009:155). Los tres personajes, quizás los más positivos de toda la obra, acaban arruinados (Rafael tiene que exiliarse, Julián y Rosario mueren fusilados), pero su fin trágica funciona aún más como una advertencia que subraya el riesgo y la facilidad con que el sectarismo puede desterrar a esos valores y como una invitación a apartarse de la lógica de la violencia. Rosario y Rafael asumen las connotaciones de unos verdaderos mártires de la guerra, dispuestos a pagar por su elección con su propia vida. La imagen final de Rosario que llora como una chiquilla pero no protesta, no chilla y ni siquiera levanta el puño, la acercan a la figura de una víctima immolada por la guerra. Al igual que ella, también Rafael se eleva a ese nivel de mártir inocente que asume todo el peso de una culpa que no tiene.

Al cruzar el hall advirtió que le miraban; tuvo la sensación de que llevaba un estigma en la frente y de que el ser español pesaba como un agravio. Haciendo acopio de fuerzas soportó sin derrumbarse el peso terrible que sentía caer sobre sus hombros. Cargó con todo. Con todo! (87)

Además de la reivindicación de esos sentimientos humanos básicos y verdaderos dentro de la espiral de violencia de la guerra y de los extremismos, Chaves proyecta en las acciones de sus personajes también su profunda defensa de la independencia frente a cualquier tipo de sometimiento. La intervención del autor en cuanto a la expulsión de Daniel, en el último relato, resalta precisamente por la fuerza con que hace ese alegato a favor de lo que él considera como el bien extremo y la virtud fundamental del hombre, es decir, la libertad:

Le condenaron sin embargo. ¿Por qué? Por lo mismo que condenaba antes la burguesía, por miedo. Miedo a la libertad. El miedo odioso del sectario al hombre libre e independiente. La causa del pueblo se había perdido por este sencillo hecho. Porque el consejo obrero de una fábrica había tomado el acuerdo de expulsar a un obrero por el delito de haber defendido su libertad. (267)

Para el autor, la libertad es la causa principal que hay que defender, pero las lógicas extremistas que rigen en cada bando le tienen miedo, porque ésta impediría la realización del propósito de ejercer un control total sobre la sociedad. El balance final que se puede destacar dentro de los relatos que hemos analizado en éste párrafo es, de todas maneras, desolador. Daniel acaba sucumbiendo por hambre, Rafael tiene que irse al exilio, Julián y Rosario mueren. Es significativo el hecho de que toda la obra se concluya precisamente con el comentario de Chaves sobre el fin de Daniel que se convierte en miliciano de la revolución para poder obtener su pan:

Y murió batiéndose heroicamente por una causa que no era suya. Su causa, la de la libertad, no había en España quien la defendiese. (272)

4.6 Conciencia moral, cobardía y culpa

El profundo análisis psicológico que Chaves consigue ofrecernos con respecto a sus personajes permite destacar entre los temas tratados por el autor, también el de la lucha entre la conciencia moral y la cobardía. A este propósito cabe destacar otra vez el personaje de Tirón que es sin duda uno de los más logrados en cuanto a la complejidad de su personalidad. Se trata de otro personaje que vive una crisis interior, pero esta vez no desemboca en una actitud heroica o positiva, sino que acaba exactamente en el momento en que nace, lo que por un lado nos lleva a comprenderlo en su fragilidad humana y por otro suscita nuestro desprecio.

Después de que Rosario le había salvado la vida ayudándolo en su huida de los milicianos, lo encontramos afligido por un complejo de culpa debido a la conciencia de que le debe a ella su propia vida. Ésto estalla al escuchar unos miembros de la legión que relatan la toma de Miradores:

Tirón, cuando oyó este nombre, Miradores, bajó la cabeza y sintió un súbito malestar. Su tez amarillenta de hepático se oscureció y un mal sabor angustioso le subió a la boca pastosa. El oficial que relataba los pormenores de la operación aludía constantemente a personas y lugares que Tirón, en silencio y con los ojos cerrados, veía alzarse ante él con patética corporeidad. (205)

La manifestación de esa culpa es descrita por Chaves como si se tratase de una verdadera enfermedad que se desarrolla en diferentes estadios. Primero se advierte en el

malestar improviso que le agarra al protagonista, luego se hace más patente y llega al nivel de la conciencia:

Tres nombres martilleaban su conciencia. Tres figuras de mujer se alzaban acusadoras ante él. El oficial seguía entre burlas y horrores su relato. (...) Pero no surgieron aquellos tres nombres, aquellas tres figuras de mujer que lo atormentaban (206)

Aquí el complejo de culpabilidad se manifiesta totalmente ya que el malestar se asocia a tres mujeres en concreto que lo atormentan en su espíritu.

La conciencia moral de ese hombre emerge a través de ese complejo de culpabilidad, pero él no quiere escucharla y, en lugar de enfrentarla y cortarla por lo sano preguntando por la suerte de aquellas mujeres, prefiere callarla bajo la comodidad de la incertidumbre:

No se atrevió a preguntar. Prefirió la incertidumbre a la enojosa certeza. Su fondo nietscheano de fascista le decía que la duda es una buena almohada. (206)

Esa incertidumbre le resulta cómoda ya que en ella puede construir una serie de excusas con las cuales intenta disculparse a sí mismo y sustraerse a su responsabilidad que en este caso sería la de mostrar su gratitud impidiendo que sean matadas por los de su bando:

¿Habrían escapado a tiempo? ¡Bah! Su conciencia se aquietaba pensando que, aun en el peor supuesto, no había estado en su mano impedir que pudiesen...(206)

Pero sólo se trata de unas vanas formas de autodefensa y la voz de su conciencia moral sigue llamándolo para que haga algo, hasta cuando, empujado por su complejo de culpabilidad, se convence a ir a la cárcel para averiguar él mismo si las tres muchachas aparecen en la lista de los detenidos. Al ver los nombres temidos lucha consigo mismo, vacilando entre la impotencia que le impone su papel y la rabia de su propia conciencia:

Sintió que pasaba el tiempo, que dentro de sí mismo algo se rebelaba y pugnaba por salir, que sus insensibles compañeros seguían entre tanto charlando y fumando indiferentes y que él angustiosamente sacudido por aquella repulsión interior permanecía estúpidamente inmóvil con aquel papel que ya nada podía decirle ante los ojos (...) sintió que un movimiento generoso que arrancaba de su ser estaba a punto de irrumpir triunfalmente en aquel ambiente horrendo. Pero era poco hombre para tan gran empeño. (206)

En lugar de lanzarse a la lucha para salvar del fusilamiento aquellas mujeres que le habían perdonado su vida, Tirón acaba aniquilando implacablemente su impetu vital,

que representa la última posibilidad de actuar como un hombre. Su cobardía es más fuerte que su conciencia moral como demuestra el hecho de que sólo se limita a preguntar a los militares por la suerte de las tres chicas, sin ni siquiera insistir en salvarlas cuando ellos se muestran decididos a fusilarlas con los demás detenidos de la lista. Resignado, vuelve a su casa e intenta dormirse, pero lucha otra vez con su conciencia que sigue atormentándolo en el sueño. Cuando, por fin, decide volver a la cárcel, empujado por una fuerza que no sabe controlar y tampoco incanalar en una acción heroica de salvación, las muchachas ya han sido matadas.

En la figura de Tirón que al final del relato se mueve angustiado e incapaz de hacer realmente lo que quiere, no lucha para salvarlas y llega a concebir la idea de suicidarse sin traducir ese pensamiento en acción, Chaves representa una gran derrota humana. No cumplir el deber moral que tiene hacia las condenadas convierte a ese personaje en uno de los tantos autómatas prisioneros de su propia posición dentro de la contienda. De hecho, lo que hace es conformarse pasivamente a las órdenes de sus superiores, asumiendo sus decisiones como si fuesen una verdad absoluta, aunque él no lo crea personalmente. El hecho de que Chaves concluya la descripción de esa crisis diciendo que Tirón “era poco hombre para tan gran empeño” resalta la cobardía y la ineptitud del personaje. Si por un lado el autor mira esos aspectos con la piedad de su profunda comprensión humana, por otro lado los condena con fuerza precisamente porque de ellos procede la imposibilidad del hombre de oponerse a la lógica arrastradora y destructora de la guerra, contra la cual se podría hacer algo si sólo se decidiese escuchar la propia conciencia individual.

4.7 La lucha entre la conciencia individual y la conciencia revolucionaria

Otro caso de personaje complejo que a través de su experiencia personal sirve al autor para vehicular otras reflexiones es sin duda el de Arnal, que encontramos en *El tesoro de Briesca*. Este relato, que se desarrolla en la estepa castellana, entre Madrid y Burgos, presenta la figura de ese hombrecito perteneciente a una de las facciones revolucionarias del bando republicano que, bajo la disposición de la Junta de Madrid, tiene el encargo de esconder el tesoro artístico conservado en Briesca para evitar que

caiga en las manos de los fascistas que se encuentran a unos pocos kilómetros de allí, dispuestos a desencadenar una feroz batalla con los milicianos de la zona. Después de una discusión con el comité local, partidario de que todo aquel tesoro debía de conservarse en las manos del pueblo, ya que a ello pertenecía, se llega al final al acuerdo de conservar en las manos del comité mismo los objetos que tenían un indiscutible valor material de mercado y de esconder en secreto las obras de artes y las joyas arqueológicas. Lo demás, es decir, los ornamentos de culto y los objetos sagrados habían que ser quemados, en una especie de acto simbólico que expresase toda la conciencia antirreligiosa del pueblo revolucionario.

Es precisamente en esa circunstancia cuando podemos observar la crisis personal de Arnal, cuya alma de artista e intelectual choca con la ideología revolucionaria del comité. Su conciencia individual y libre de artista le hace reconocer cuántos valores de bien y de belleza hay en aquellos objetos sagrados. De hecho, su espíritu artístico lo empuja a salvar algunas de aquellas obras que deberían ser destruidas por las llamas de la hoguera, las cuales simbolizan quizás la fuerza destructora de la ideología.

Arnal se quedó allí expurgando entre las menudencias del despojo (..) A veces una tablita borrosa en la que se adivinaba una sencilla virgencita o un rosario de cuentas gordas amorosamente trabajado le hacían estarse un rato meditando. ¡Qué valor de afección, qué saturación de blanda humanidad había en aquellas pequeñas cosas! La enérgica reacción que le hacía tirar la evocadora nadería diciendo inexorable «Al fuego, al fuego» no le impidió apartar amorosamente un montoncito de objetos humildes. (145)

Pero la conciencia revolucionaria, que condena la incitativa espiritual o artística como un verdadero obstáculo para su total dominación en cada campo de la vida, se impone sobre su persona y le hace placar los impulsos de su libre conciencia:

Soy un cochino sentimental-pensaba-; un lamentable artista tan blando y tan incapaz para la revolución como todos los artistas y los intelectuales. Tendré que vigilarme. (145)

Bajo el fuego mortífero de la artillería enemiga que ya había llegado a las puertas del pueblo, el camarada Arnal, junto con dos representantes del comité, sigue haciendo el inventario del tesoro artístico de Briesca escondiendo bajo las callejuelas del pueblo los objetos que había salvado de la hoguera, satisfecho porque nunca podrían acabar en las manos del enemigo ya que nadie, excepto ellos conocían aquel escondite. Entre tanto, la agravación del curso de la guerra requería la presencia de más hombres al frente y seguía amplificando la espiral de crueldad y violencia también en la retaguardia

donde volvían los desertores del frente republicano cada vez más aterrorizados y enloquecidos por la brutalidad que experimentaban.

Frente a la espiral de crueldad y de violencia que le rodea, Arnal extingue cualquier impulso positivo que hasta entonces lo había empujado a salvar las obras, consideradas como el producto súblime del espíritu y de la inteligencia humana. La crisis de este personaje asume aquí una dimensión más profunda y universal hasta llegar a representar la incapacidad del arte, que en un sentido más amplio representa la civilización humana, para salvar el hombre de su regresión y degradación al incivismo. Arnal se pregunta por el sentido del arte, que es incapaz de ahorrarse un solo crimen y, despojados de cualquier ilusión, declara su inutilidad y decide que su tarea ya no tiene más sentido:

Cada día le parecía más absurda y sin sentido su tarea. Correr de un lado a otro afanosamente para salvar una tela pintada, una piedra esculpida o un cristal tallado a través de aquella vorágine de la guerra y la revolución se le antojaba insensato. ¿Para qué? Cuando la vida humana había perdido en absoluto su valor, cuando los hombres morían a millares diariamente, cuando una generación entera caía segada en flor, cuando veinte millones de seres pertenecientes a una raza vieja en la civilización se precipitaban a la barbarie de las edades primitivas, ¿Qué sentido podían tener ni el arte, ni los testimonios de un glorioso pasado, ni todos aquellos valores espirituales por cuya conservación se desvelaba? ¿Es que todo aquello que tan defendía había servido para ahorrarse un solo crimen? (157)

A los ojos de Arnal la guerra representa el regreso de la humanidad a un nivel primitivo frente al cual el arte y cualquier otra consecución del intelecto humano pierden en absoluto sus valores. Al ver tan inhumana indiferencia hacia la vida del hombre, piensa que la desaparición de las obras del espíritu sea una inevitable pequeñez y llega a considerar que lo mejor sea destruirlas todas implacablemente, hacer tabla rasa y no conservar ni una huella del pasado. Frente a la inutilidad de su encargo, se consagra completamente a la guerra, ofreciéndose voluntario para el frente y, seguro de que eso lo llevará a la muerte, se siente fuerte al pensar que los cuadros del Greco que había enterrado secretamente en las cercanías pudrirían en aquel lugar desconocido sin que nadie pudiese disfrutar de ellos.

En el personaje de Arnal, tal y como aparece al final del relato, podemos encontrar un fondo nihilista que se muestra en este caso en la forma de una lucha contra la civilización y la cultura (Peinado Elliot, 2009:146) y al cual el protagonista llega siendo asqueado por la brutalidad que le rodea. En efecto, el protagonista no sólo ahoga

su personal talante afectivo y estético para conformarse a la lógica del comité revolucionario de Benacil, sino que desarrolla y alimenta una verdadera tensión destructora que lo lleva a repudiar la cultura, a negar sus valores espirituales y a quedar completamente vacío.

4.8 La Guerra “Incivil” : el triunfo de la barbarie sobre la civilización

Vamos a dejar de un lado las consideraciones sobre la ideología totalitaria a las cuales el autor dedica buena parte de la obra para focalizarnos más estrechamente en su imaginario de la guerra, es decir, lo que para él significa e implica el acontecimiento bélico en sí.

Lo primero que podemos subrayar es el hecho de que la brutalidad de la guerra representa ante todo la caída en un estado de barbaridad en el cual se ha destruido cualquier rastro del progreso y de la civilización humana. En *¡Masacre, Masacre!*, el primer relato de *A sangre y fuego*, el autor nos acerca a ese tema proponiéndonos la significativa imagen del bombardeo de la ciudad de Madrid que pronto nos revela el contraste entre la rapidez, la técnica y la precisión de los ataques aéreos y sus efectos destructores sobre la población y la ciudad (Peinado Elliot, 2009:144). Lo que Chaves parece mostrarnos es la paradoja de la civilización que, si por un lado le ha consentido al hombre de alcanzar un nivel técnico y científico indiscutible, por el otro lo ha dotado de unos instrumentos que lo llevan a su propia autodestrucción. El caso de los bombardeos representa una gran novedad en cuanto a la técnica de la guerra, lo que da muestra de un avance indiscutible, pero sus efectos destructores revelan precisamente sus límites junto con la incapacidad humana para saber reconocer hasta que punto llega el progreso y cuando empieza la degradación:

Resultó que la bomba había caído del cielo(...) Una escuadrilla de aviones de caza volando a más de tres mil metros cuando ya oscurecía, había arrojado sobre el centro de Madrid una veintena de bombas pequeñas, de cinco o diez kilos a lo sumo, que habían hecho una mortandad espantosa (...) Aquel bombardeo a granel y por sorpresa era increíble. La mortandad fue terrible. En los zaguanes de las casas de socorro, muertos y heridos confundidos, en su mayor parte mujeres y niños, se alineaban en el suelo esperando inútilmente a que los médicos (..) pudieran al menos reconocerles. A las diez de la noche se calculaba que las víctimas del bombardeo, pasaban del medio millar. (56)

La intensidad de Chaves al describir de manera detallada las consecuencias de los bombardeos entre los civiles y su insistencia en transponer a través de imágenes muy crudas el horror provocado por las bombas subraya aún más la paradoja del progreso y representa toda la tragicidad del triunfo de la barbarie sobre la civilización (Peinado Elliot, 2009: 141).

Esa idea de que la humanidad ha retrocedido a un nivel de barbarie absoluto se reitera más de una vez a lo largo de la obra y emerge claramente en el discurso entre Carlos, el cabecilla del consejo obrero y el viejo Tudela, precisamente en el último relato. Los dos entablan una discusión sobre la barbaridad de la guerra ya que el primero le acusa al segundo de ser un fascista y de alimentar, como tal, la espiral de crueldad determinada por los de su bando. Tudela le responde que él había sido un carlista en su juventud y que entonces existían todavía unos valores para los cuales valía la pena luchar. Para él la verdadera causa del embrutecimiento de la humanidad se encuentra en la indiferencia con que se alimenta la espiral de la muerte y de la violencia que acaba por tocar a todos, sin piedad ni compasión alguna:

-Yo fui carlista en mi juventud, cuando la otra guerra hace sesenta años (...) entonces nos batíamos hombre contra hombre, lealmente. Entonces no había aviones como esos que han asesinado a mi nietecillo en su cuna...entonces (...) peleábamos por nuestro Dios, nuestra Patria y nuestro Rey, pero no matábamos por matar ni trajimos a España extranjeros que asesinaran a los españoles (..) Hoy se mata a los hombres como si fuesen ganado. (257)

Lo que subraya es la falta absoluta de unos valores para los cuales batirse, como si la guerra se fuese convertida en un hecho gratuito y natural y como si la lógica de la violencia fuese aceptada y compartida por todos sin alguna consideración y respeto por la vida humana. El nivel de barbarie tocado por el hombre durante la Guerra Civil ha llevado a la pérdida absoluta de la dignidad de la vida humana ⁵². La frase final de la intervención del viejo Tudela que considera el hecho de que se mataban los hombres como si fuesen ganado, expresa totalmente la idea de ese embrutecimiento y reitera uno de los *leit-motiv* de la obra: la asimilación del hombre a las fieras.

El paralelismo que Chaves traza entre los animales y los seres humanos es quizás el medio más logrado para vehicular la idea de ese regreso a la barbarie. Aparece en

⁵² Quizás la imagen que más representa esa pérdida absoluta de la dignidad humana se puede encontrar en el tablado del music-hall de *La Columna de Hierro* donde las mujeres eran obligadas a cantar completamente desnudas.

diferentes contextos narrativos pero es sobre todo en *Los guerreros marroquíes* donde emerge en toda su gravedad. En este relato podemos ver como el enfrentamiento de los milicianos madrileños contra los moros afiliados al Tercio asuma las connotaciones de una verdadera batalla entre la civilización y la barbarie, para desvelar al final toda la insensatez de la distinción entre las dos categorías en el contexto brutal de la guerra. Después de haberse batido valientemente en la Sierra castellana, los guerreros marroquíes que habían sobrevivido al fuego de las trincheras, acaban siendo prisioneros de un grupo de milicianos y vienen llevados a Madrid en una camioneta. Aquí asistimos a un verdadero desfile de los moros por las calles de la capital que se transforma en un triste espectáculo de feria.

Los moros, puestos de pie en la batea de la camioneta, eran un espectáculo inusitado y pronto corrieron tras ellos chicos y grandes (...) La camioneta cargada con las dos docenas de cabileños supervivientes anduvo de calle en calle durante toda la tarde, parándose en todas las esquinas y rodeada siempre de una masa enorme de madrileños que se regocijaban al ver a los moros haciendo incansables el saludo antifascista. (184)

Chaves muestra aquí como los madrileños miran a los “bérberos” guerreros marroquíes al igual que a unos seres inferiores, expresión de la degradación humana a un nivel primitivo. Ellos, los madrileños, encarnarían por el contrario el pueblo consciente, civilizado, expresión del nivel máximo de la evolución humana. Lo que cabe destacar aquí es que no los miran con el odio o la rabia con que se consideran a los “enemigos”, sino con la altiva superioridad de quien cree encarnar el ideal de la sociedad humana más avanzada y que desde su posición se toma la licencia de clasificar a “los otros” como pueblos menos civilizados. Penetrando en el imaginario de los ciudadanos de Madrid, Chaves asocia esos guerreros moros a unas bestias:

Desde su altiva superioridad de ciudadanos conscientes, los madrileños los miraban con más lástima que rencor, como a seres inferiores, pobres bestias azuzadas. Y al ver los prisioneros levantando grotescamente el puño, les daban cacahuetes, como hacían con las alimañas enjauladas en la casa de fieras del Retiro. (185)

Con esta imagen grotesca se expresa lo que es un verdadero despojo de la dignidad humana y se representa la falta total de respeto entre los seres humanos. En realidad es precisamente en ese punto de la obra donde el autor revela toda la insensatez del considerarse “pueblos civilizados”, si se tratan a unos seres humanos como

verdaderas bestias y si en nombre de la guerra se decretaba implacablemente la muerte de cualquier ser humano.

Había terminado la exhibición y llegaba la hora de deshacerse de aquella carga inútil de humanidad. (185)

Al final del relato, que se concluye con el cruel fusilamiento de los prisioneros moros, parece destacarse la figura de un caíd valiente, piadoso, reconociente y comprensivo. En efecto la narración se abre con la matanza de Mohamed, un soldado moro, a manos de un grupo de revolucionarios y cuya muerte quería vengar el caíd. Éste acaba él mismo entre los presos, pero a diferencia de los otros, que intentan salvarse rebajándose y diciendo que son unos rojos, él se niega y sigue afirmando ser un moro. Además Chaves trasluce su inmensa gratitud para un miliciano que no quería que él muriese, lo que evidencia la dignidad del guerrero marroquí:

-Te matarán moro, te matarán, no te hagas ilusiones.
-No importa. Moro estar agradecido a tí. (...)
-Yo quisiera que tu vivieses. Eres todo un hombre.
-Yo sabe, yo sabe. Moro sabe que tú estar amigo aunque mates. Moro también mataría.
Estar cosas de guerra y hombres. (184-185)

La profunda dignidad de ese caíd se contrapone aquí a la brutalidad de quien ha decretado su muerte, casi subrayando, por contraste, la idea de que la civilización no tiene algún sentido si no se funda en el respeto de los demás.

4.9 La incomunicación y la indiferencia como metáfora de la destrucción de las relaciones humanas

Otro aspecto relacionado con la deshumanización del hombre a la cual lleva la lógica destructora y violenta de la guerra se encuentra en el tipo de comunicación que se entabla entre los personajes, sobre todo entre los que pertenecen a bandos opuestos. Esa imposibilidad de comunicar, que es el síntoma de una más profunda ruptura de las relaciones humanas, aparece en formas diferentes a lo largo de la obra. A veces se trata de una verdadera falta de comunicación, otras se esconde tras la violencia del lenguaje y, además, emerge en la indiferencia de los personajes que destaca a partir de algunas desoladoras secuencias narrativas.

El primer ejemplo que podemos señalar, se encuentra en *¡Masacre, Masacre!*, en la escena que relata la visita de Valero a su padre, desde algún tiempo encerrado en la cárcel esperando a que lo fusilen. Frente al hijo, joven intelectual revolucionario, el padre es un militar fascista que rinde culto idiólatrico a la patria y al ejército. Su encuentro asume entonces las dimensiones de un enfrentamiento entre dos opuestas ideologías. Al describir la escena, Chaves no utiliza tonos melodramáticos pero a través de su prosa sobria y directa da muestra de una falta absoluta de comunicación entre los dos familiares:

- Hola padre.
- Hola.
- ¿Cómo estás?
- Ya lo ves.
- He venido por si querías algo.
- No. Nada.
- Estaré un rato contigo.
- Bueno; siéntate. (52)

Tal y como podemos ver a partir de este pasaje, el diálogo entre los dos personajes es breve y seco. Los dos sólo se dan un saludo rápido y nadie de ellos se atreve a hablar de lo absurdo que es la situación en que se ven envueltos. El padre sabe que será matado dentro de poco así como sabe que Valero podría salvarlo, pero no se lo pide. Valero, por su parte, sabe lo mismo pero no se ofrece para salvarlo y tampoco le pide perdón. Las diferentes causas por las cuales se batan han ahogado cualquier vínculo afectivo entre los dos, de modo que para ellos ya no hay nada que decir y nada que explicar. No saben hablarse de padre a hijo, porque su relación familiar ya no existe. Eso lleva a un silencio cargado de rabia, el mismo que divide dos adversarios en un momento intenso de desafío.

Como ni el padre ni el hijo eran capaces de decirse nada, sacaron unos cigarillos y se pusieron a fumar. El viejo dio unas chupadas voraces a su cigarillo y se quedó mirando de hito en hito a su adversario. El joven sostuvo imperturbable la mirada. Y como ni el padre ni el hijo eran capaces de decirse nada, se levantaron silenciosos del camastro cuando hubieron apurado la colilla. (54)

La incapacidad de llevar a cabo una verdadera conversación revela toda su gravedad cuando los dos se ponen a fumar, como si fuese un medio para compensar la imposibilidad de expresar palabras auténticas, lo que revela la imposibilidad de entenderse entre las dos facciones.

Tal y como mencionábamos antes, la dificultad de la comunicación se manifiesta también a través del uso de un lenguaje de la violencia, que parece ser casi el único medio de entendimiento aceptado y compartido por los contendientes. Ya en el precedente capítulo habíamos subrayado este aspecto en relación con la inmediatez de la lengua que caracteriza la obra; aquí cabe subrayar como ese mismo lenguaje sirva para vehicular una imagen degradada de las relaciones humanas. El ejemplo que más destaca es la conversación que se desarrolla entre el miliciano Pedro y uno de los espías fascistas en *Y a lo lejos una lucecita*. Pedro tenía que vigilar al militar mientras seguía haciendo señales con su linterna eléctrica para poder divisar la ubicación de otro eslabón de la cadena de espías. Los dos se encuentran en la terraza de un edificio y al describir la situación el autor utiliza una serie de elementos que conllevan una imagen muy clara del vacío que los separa, lo que asume una dimensión más universal, para indicar la ruptura de los enlaces humanos y la soledad absoluta en que está envuelto el hombre.

Pedro y el hombre aquel quedaron a solas y a oscuras en la estrecha terraza. Ante ellos, la noche y el silencio. Madrid, sin una luz, sin un ruido, se adivinaba apenas por los contornos imprecisos de sus edificios. Los dos hombres inmóviles se espiaban en la oscuridad. Pasó un rato. Pedro seguía con la pistola asestada a su pecho. Hacía frío. El prisionero se puso a toser. Hubo aún otra pausa. (97)

A subrayar ese vacío, que es sobretodo un vacío relacional, en esa imagen aparecen algunos elementos cargados de símbolos: frente a los dos personajes sólo existe la noche y el silencio, no hay luz y no hay ningún ruido, los dos se encuentran solos en una estrecha terraza pero parecen estar apartados cada uno por su lado, simbolizando la inmensa soledad en que están envueltos. Solamente tras haber superado un largo y completo momento de silencio, el militar toma la palabra para comprobar las intenciones del miliciano. Sin embargo, la conversación que entablan parece fundarse en lo absurdo y cargarse de violencia:

-Me vas a matar, ¿no es eso? (...)
-No lo sé (...) Haré lo que me parezca, ¡a callar!(...)
-Me dejas fumar?
-Fuma si quieres (...) No se fuma.
-Haberlo dicho antes. (...) A eso no hay derecho.
-Hay derecho a todo (...) incluso a matarte. (98)

Primero el militar le pregunta si le mataría y Pedro le contesta que no lo sabe, luego le pregunta si puede fumar un cigarillo y el miliciano se lo permite. De improviso se advierte una mayor tensión y podemos ver Pedro cambiar repentinamente de idea: le prohíbe al militar que fume y después de haber divisado las señales de luz, le mata brutalmente.

Si hasta ahora hemos podido destacar la soledad y la incomunicación considerando personajes que ya se apartan el uno del otro por pertenecer a unos bandos diferentes, no cabe duda de que Chaves da a esa degradación total de la comunicación y de las relaciones humanas un sentido más universal y existencial. En efecto, a lo largo de la obra se encuentran varias situaciones en las cuales hay personajes que pertenecen incluso al mismo bando o no pertenecen a ninguno de ellos. Lo que emerge entonces es una degradación que va mucho más allá de la simple dialéctica ideológica y que se caracteriza como un mal endémico que se vuelca sobre todos y que es producido inevitablemente por la espiral de violencia, terror y crueldad desbordada con la guerra. Un ejemplo lo encontramos precisamente en el relato que acabamos de mencionar cuando, después de haber descubierto el espía colocado en un hotel en Rosales, los milicianos le descargan encima unos golpes secos que le matan.

El hotel se estremeció con los estampidos de cuatro detonaciones a destiempo. No había miedo de que el estrépito de la descarga alborotase la vecindad. Ni una sola ventana se abrió; ni una voz alarmada pudo oírse. Ni un rumor, ni una sombra en los pasillos. Como si aquel hotel y aquel barrio estuviesen deshabitados. (100)

Tenemos delante otra vez una imagen de soledad y de vacío que subraya la falta total de las relaciones humanas. Más que la brutalidad de la matanza, aquí lo que impresiona es la indiferencia total de los inquilinos que se encuentran en el hotel, ya que nadie se acerca para comprobar lo que ha pasado realmente, con un completo disinterés hacia la identidad del muerto. Cada uno permanece en su cuarto quedándose completamente impasible frente a la muerte del vecino. La imagen que se encuentra poco después es aún más contundente ya que esa indiferencia en las relaciones humanas desemboca incluso en una actitud egoísta que hace que un inquilino se alegre al ver que los tiros no han matado a él, sino a algún otro hombre cualquiera.

En el cuarto inmediato el inquilino comprobó satisfecho que los tiros no le habían matado a él, se tapó la cabeza con la almohada y así se estuvo quieto, quieto hasta que fue día. (100)

El ademán que más revela la degradación y el vacío que envuelve los enlaces humanos y la proliferación de la indiferencia se encuentra en ese hombre que se tapa la cabeza con una almohada, como para expresar la voluntad de aislarse y apartarse del dolor de los otros seres humanos.

4.10 La primacía del instinto y de la necesidad frente a la guerra

La idea de la indiferencia humana frente al dolor y al sufrimiento del otro se debe esencialmente al hecho de que la guerra despoja al ser humano de todo lo que no sea puro instinto y necesidad. Ese es quizás el principal factor que para Chaves desencadena todo el inexorable proceso de degradación que lleva a la ruptura de las relaciones y al triunfo de la barbarie.

El autor nos acerca a ese tema describiendo y penetrando los pensamientos de algunos personajes con gran lucidez. A este propósito, en *Masacre, Masacre* impresiona la narración del bombardeo en la cola de racionamiento que produce el contento de una viejecilla al ver aumentar sus posibilidades de conseguir la comida:

Entre el amasijo de cuerpos ensangrentados que quedaron en la acera sólo permaneció enhiesta una viejecilla con un pañuelo negro por la cabeza y un capacho entre las manos que, ajena a todo lo que no fuese su anhelo de que le llegase el turno antes de que se acabasen los huevos, aprovechó el revuelo para correrse suavemente por la pared salpicada de sangre y de metralla hasta el portal de la tienda, dichosa de encontrarse con que había pasado a ser el número uno de la cola. (54)

El instinto de conservación personal emerge aquí en toda su fuerza ya que la vieja en la cola de racionamiento se muestra completamente indiferente al horror provocado por la masacre o al miedo de que podría producirse otro ataque. La visión de las otras mujeres que estaban agonizando no la empuja a acercarse para ayudar a los heridos y tampoco la lleva a escapar para ponerse en un lugar más seguro. Lo que hace es, en cambio, seguir indiferente en su búsqueda de la comida de acuerdo con un instintivo anhelo de prevaricar sobre los que estaban en la cola.

En *Consejo obrero* Chaves nos señala cómo este instinto de conservación que él condensa en el elemento simbólico de la comida, llega incluso a ahogar cualquier resto de idealismo y de valores en los seres humanos. El caso de Daniel nos dice mucho en cuanto a este aspecto ya que, si antes había luchado con fuerza por su libertad

individual, luego, impulsado por el hambre, traiciona sus ideales y se enrola para la guerra:

Yo soy un proletario dispuesto a luchar por el pan y por la libertad (...) Le pusieron en una mano un plato de comida y en la otra un fusil. (..) Y murió batiéndose heroicamente por una causa que no era suya (272)

A través de estos pasajes podemos ver cómo, para los que no están ofuscados por el enfrentamiento ideológico, la guerra se reduce a una mera lucha por la satisfacción de las necesidades y de los instintos humanos más básicos, todos proyectados hacia el fin de la supervivencia. La necesidad de comer es en efecto determinada por el instinto natural del hombre que quiere conservarse y asegurar su propia vida.

A partir de estas consideraciones, cabe destacar un ejemplo que muestra de manera patente la distancia existente entre las necesidades humanas y la lógica de la guerra. Me refiero otra vez al relato *Y a lo lejos una lucecita* donde, durante su turno de guardia en el portal del cuartelillo de milicianos, Pedro reflexiona sobre su sueño y su necesidad de dormir:

El miliciano Pedro volvió a su portal y a su somnolencia. De la guerra y de la revolución- pensaba- lo peor es el sueño que se tiene siempre. ¡ Si se pudiera dormir! La guerra y la revolución serían menos duras y crueles si los hombres que las hacen hubieran dormido bien, a gusto, en una cama blanda y grande en la que fuese posible estirar las piernas entre unas sábanas frescas. (90)

Lo que más le molesta en toda la situación de la guerra es la imposibilidad para poder dormir quieto y a gusto como podía hacer antes.

Frente a los grandes objetivos ideológicos de la guerra, Chaves opone aquí las necesidades más primarias de cada ser humano, subrayando de manera irónica la distancia que existe entre ellos, quizás para evidenciar toda la vacuidad de cualquier argumento bélico con respecto a la vida humana:

Había que ganar la guerra aunque no fuese más que para poder dormir. (90)

Estas consideraciones sobre el sueño y la necesidad de dormir se cierran precisamente al final del relato con la muerte de Pedro, lo que revela aún más la absurdidad de la guerra que no lleva a nada más que a la muerte.

4.11 La defensa de lo humano

Al final de ese recorrido sobre los diferentes episodios y los principales temas de *A sangre y fuego* cabe hacer una breve recapitulación general sobre la obra y sobre la posición del autor con respecto a la guerra.

El trasfondo bélico que cohesiona toda la obra es lo que, a una primera lectura, nos hace percibir el texto de Chaves como una concentración absoluta de negatividad y de pesimismo. En efecto, la idea es que, una vez desatada la violencia, ésta hace aflorar un conjunto de fuerzas destructoras irrefrenable que acaba arrastrándolo todo y recubriendo de mal la realidad. No sorprende, en este sentido, el hecho de que Chaves ponga el relato que más hace traslucir este aspecto precisamente al comienzo de las narraciones. ¡*Masacre, Masacre!* representa, en efecto, un nítido ejemplo de la espiral de violencia en que se vio sumida la nación al estallar la guerra (Peinado Elliot, 2009:144). Este texto parece reiterar una secuencia narrativa de acción y reacción dominada por la muerte y por la violencia. Al primer bombardeo sigue, en efecto, la reacción de la escuadrilla de represalia, cuyo objetivo es el de imponer un régimen de terror y de proyectar al mundo exterior el miedo que habían padecido los fracasos del frente que la componían junto con otros criminales y desertores y unos pocos

teorizantes. Como reacción al bombardeo detienen mediante engaño a más de quinientos militares. Frente al segundo bombardeo de los militares, reaccionan fusilando arbitrariamente a toda la gente que habían detenido. Esa secuencia de acción y reacción es el fundamento de la espiral de violencia que caracteriza el trasfondo bélico y que alimenta el pesimismo de la obra.

A pesar de ese trasfondo de negatividad al cual contribuyen no sólo el acontecimiento bélico con su espiral de violencia, sino también, como hemos destacado, la ofuscación ideológica, las mentiras de los totalitarismos, el egoísmo y la indiferencia de la gente, no podemos negar la honda defensa de lo humano que Chaves consigue hacer en su obra. Las pequeñas pero intensas huellas de solidaridad, heroísmo, fraternidad y respeto resaltan dentro de esa negatividad y se elevan para reivindicar el valor y la dignidad del ser humano. Estas gotas de humanidad, junto con su irrefrenable amor a la verdad y su lúcida ironía frente al poder, que son pues el fundamento del humanismo, representan quizás la verdadera esencia del ser español y de los valores que hasta entonces había encarnado su patria y que de improviso parecían haber perdido terreno frente a la crueldad y la estupidez. Esa idea Chaves la hace traslucir en el prólogo:

“ Pero la estupidez y la crueldad se enseñoreaban de España. ¿Por donde empezó el contagio? (...) Después de tres siglos de barbecho, la tierra feraz de España hizo pavorosamente prolífica la semilla de la estupidez y la crueldad ancestrales. Es vano el intento de señalar los focos de contagio de la vieja fiebre cainita en este o aquel sector social, en esta o aquella zona de la vida española (...) (26)

Al no reconocerse en una patria que renegaba sus valores, Chaves, que no quería conformarse con la nueva lógica absurda que dominaba en su país, lo abandona, prefiriendo “meterse las manos en los bolsillos y echar a andar por la parte habitable del mundo que aún quedaba” (26). Fortalecido por sus convicciones, se va a Francia y desde allí escribe esa obra tan cruel y al mismo tiempo tan humana. A *sangre y fuego*, denuncia las atrocidades que se volcaron sobre el suelo español pero sabe elevarse para reivindicar y recordar da verdadera esencia de un pueblo y de una nación, conservando entonces una carga de fuerza y positividad para los hombres que como Chaves se reconocían en esas virtudes y para los que aún hoy quieren defenderlas.

Bibliografía

Ediciones y traducciones de *A sangre y fuego* ⁵³

Chaves Nogales, Manuel (1937): *A sangre y fuego. Héroes, Bestias y Mártires de España. Nueve novelas cortas de la guerra civil y la revolución*, Santiago de Chile: Ercilla.

Chaves Nogales, Manuel(1937): *Heroes and beasts of Spain*, New York: Doubleday, Doran & Co, Garden City.

Chaves Nogales, Manuel (1938): *And in the distance a light*, traducción al inglés de Luis de Baeza y D.C.F., London-Toronto: Harding, Heineman.

Chaves Nogales, Manuel (1993): *Obra narrativa completa*, edición e introducción de María Isabel Cintas Guillén, Tomo II, Sevilla: Fundación Luis Cernuda, Diputación Provincial.

Chaves Nogales, Manuel (2001): *A sangre y fuego*, Madrid: Espasa-Calpe

⁵³ La sucesión de las diferentes ediciones de la obra ha sido extraída del trabajo de recuperación de la obra de Chaves, tal y como apareció en el ensayo contenido en *Andalucía guerra y exilio*, 2005, 124.

Chaves Nogales, Manuel (2010): *A sangre y fuego. Héroes, Bestias y mártires de España*, Madrid: Espasa Calpe, Colección Austral.

Obras narrativas y ensayísticas⁵⁴

Chaves Nogales, Manuel, *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos*, Madrid: Caro Raggio, 1920.

Chaves Nogales, Manuel, *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos*, Madrid: Clan, 1994.

Chaves Nogales, Manuel, *La ciudad*, Sevilla: Talleres de La Voz, 1921.*

Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, Madrid: Mundo Latino C.I.A.P, 1929. *

Chaves Nogales, Manuel, *La bolchevique enamorada. El amor en la Rusia roja*, Barcelona: Asther, Colección *La novela Asther*, 1930. *

Chaves Nogales, Manuel, *Lo que ha quedado del imperio de los zares*. Madrid: Estampa, 1931.

Chaves Nogales Manuel, *Lo que ha quedado del imperio de los zares*. Sevilla: Renacimiento, 2010.

Chaves Nogales, Manuel, *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Madrid: Estampa, 1934.

Chaves Nogales, Manuel, *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, Barcelona: Libros del Asteroide, 2009.

Chaves Nogales Manuel, *Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas*, Madrid: Estampa, 1935

Chaves Nogales, Manuel, *Juan Belmonte: matador de toros*, Barcelona: Libros del Asteroide, 2009.

Chaves Nogales, Manuel, *La agonía de Francia*, Montevideo, 1941.

Chaves Nogales, Manuel , *La agonía de Francia*, Barcelona: Libros del Asteroide, 2010.

Crítica

Bernal Rodríguez, Manuel (2009): “Presentación”, *El periodista comprometido: Manuel Chaves Nogales, una aproximación*, Sevilla: Fundación Centro de Estudios Andaluces .

⁵⁴ Sólo se indican aquí la primera y a la última edición de cada obra.

*Las últimas ediciones que cito de esas obras son las que aparecen en la *Obra narrativa completa* dirigida por María Isabel Cintas Guillén en 1993.

Cintas Guillén, María Isabel (ed.1993): edición e introducción a *Manuel Chaves Nogales. La obra narrativa completa*, vol. I-II, Diputación de Sevilla: Fundación Luis Cernuda.

Cintas Guillén, María Isabel (ed. 2001): edición e introducción a *Manuel Chaves Nogales. La obra periodística*, vol. I-II, Diputación de Sevilla: Fundación Luis Cernuda.

Cintas Guillén, María Isabel (2005a): “La gesta de los caballistas”, actas del curso *Andalucía: guerra y exilio* (Universidad Pablo de Olavide, Septiembre 2003), Sevilla : Juan Ortiz Villalba editor, Fundación El monte.

Cintas Guillén, María Isabel (2005b): “Una cadena de solidaridad en el exilio: Cernuda, Prieto y Chaves Nogales”, actas del curso *Andalucía : guerra y exilio* (Universidad Pablo de Olavide, septiembre 2003), Sevilla: Juan Ortiz Villalba editor, Fundación El monte

Cintas Guillén María Isabel (2007a): “Llamar a las cosas por su nombre: el periodista y escritor Chaves Nogales”, *Andalucía en la historia*, n. 17.

Cintas Guillén, María Isabel (2007b) : “Manuel Chaves Nogales, un periodista para la segunda República”, *Andalucía en la Historia*, n. 16.

Cintas Guillén, María Isabel (2009): “El exilio de Chaves Nogales” en *El periodista comprometido: Manuel Chaves Nogales, una aproximación*, Sevilla: Fundación Centro de Estudios Andaluces.

Maña Gema, García Rafael, Monferrer Luis, Esteve A. Luis: *La voz de los naufragos: la narrativa republicana entre 1936 y 1939*, Madrid: Ediciones de la Torre. (1997)

Martínez de Pisón, Ignacio: *Partes de Guerra*, Barcelona: RBA libros (2008)

Ortiz de Lanzagorta, José Luis: “Recordando a ... Manuel Chaves Nogales”, *ABC* de Sevilla, 15 de enero (1977)

Peinado Elliot, Carlos: “Una aproximación a *A sangre y fuego*”, *El periodista comprometido: Manuel Chaves Nogales, una aproximación*, Sevilla: Fundación Centro de Estudios Andaluces (2009)

Ruiz Mantilla, Jesús: “El genio escondido”, *Babelia El País*, 28 febrero. (2009)

Soldevila Durante, Ignacio: *La novela desde 1936*, Madrid: Alhambra. (1980)

Trapiello, Andrés: *Las armas y las letras*, Barcelona: Península. (2002)

Trapiello, Andrés: “ Le tre Spagne ”, in *I linguaggi della guerra civile spagnola*, a cura di Maria Camilla Bianchini, Padova: Unipress. (2000)

Instrumentos lingüísticos

Carrera Díaz, Manuel (2010): *Grammatica spagnola*, Bari: Laterza.

De Mauro, Tullio(2007): *Grande dizionario italiano dell'uso*, Torino: Paravia.

RAE: *Diccionario de la Real Academia Española*, disponible en www.rae.es

Giordano Anna, Calvo Rigual Cesáreo (2003): *Herder diccionarios. Italiano-español español italiano*, Barcelona: Herder.

Moliner, María (2004): *Diccionario de uso del español*, Madrid: RBA libros.

Pittano, Giuseppe (2009): *Dizionario fraseologico delle parole equivalenti, analoghe e contrarie*, Bologna: Zanichelli.

Seco, Manuel (2006): *Diccionario del español actual*, Madrid: Santillana.

Tam, Laura (2008): *Grande dizionario di spagnolo*, Milano: Hoepli.